

# El Pájaro de Paja

---

## Índice

Capítulo 1: El Mundo en Llamas

Capítulo 2: Escondite Macabro

Capítulo 3: El Silencio Tras la Tormenta

Capítulo 4: Los Espectros del Crepúsculo

Capítulo 5: El Pájaro de Paja

Capítulo 6: El Vuelo del Ave

Capítulo 7: La Tierra Más Allá de las Nubes

Capítulo 8: Reencuentros en Silencio

Capítulo 9: La Sonrisa del Sol

## Capítulo 1: Un Mundo en Llamas

El sol, redondo y amarillo como una mango madura, iluminaba el rostro de Kayo. Acostado de espaldas, con los pies descalzos cosquilleados por las hierbas silvestres, contemplaba el cielo azul, un lienzo inmenso donde las nubes perezosas se deslizaban lentamente. Su hermanita, Abeni, dos años menor, intentaba capturar mariposas multicolores con una red improvisada de ramitas y telaraña.

Su aldea, anidada en el corazón de un valle verdejante, rebosaba de una apacible tranquilidad. Las risas de los niños se entretejían con los cánticos melodiosos de las mujeres que machacaban el mijo, mientras los hombres, de regreso de las labores del campo, compartían historias bajo la sombra de los mangos centenarios.

A Kayo le encantaba observar a su padre, un gigante de sonrisa fácil y manos curtidas, mientras remendaba las redes de pesca a la orilla del río. A veces, le contaba historias de peces mágicos y cocodrilos traviesos, cuentos que llenaban la mente del pequeño de sueños y aventuras. Por la noche, acurrucado contra su madre, se quedaba dormido mecido por el sonido hipnótico del djembé y los cantos tradicionales que celebraban la vida, el amor y la tierra nutricia.

El mundo de Kayo era un capullo de dulzura y seguridad, un universo donde los colores vibrantes de la naturaleza se fundían armoniosamente con las risas y los cantos de su familia. Una mañana, sin embargo, ese frágil equilibrio se quebró. Un rugido sordo, proveniente de la distancia, recorrió el cielo apacible. Las aves, presa del pánico, se alzaron en vuelo, emitiendo chillidos agudos.

Kayo, intrigado por ese ruido inusual, se incorporó y miró el horizonte. A lo lejos, una columna de humo negro se elevaba en el cielo, serpenteando como una criatura maligna. 'Mamá, ¿qué es eso?' preguntó con voz vacilante. Su madre, con el rostro súbitamente tenso, lo abrazó. 'No te preocupes, pequeño, no es nada,' respondió, pero su voz temblaba ligeramente.

La inquietud, como una sombra amenazante, comenzó a cernirse sobre el pueblo. Las risas se volvieron más escasas, las canciones se apagaron, reemplazadas por susurros apagados y miradas angustiadas. Los ancianos, con el rostro curtido por el sol y la sabiduría, se reunieron en el centro del pueblo, hablando en voz baja, sus rostros serios reflejando una profunda preocupación.

Esa misma noche, el padre de Kayo regresó de los campos antes de lo acostumbrado. Su rostro, por lo general sereno, estaba tenso, sus ojos oscurecidos por un miedo indescriptible. "Tenemos que partir, ¡y rápido!", exclamó con voz áspera. La noticia cayó como un rayo, sumiendo al pueblo en un caos inimaginable.

Aterrados, los aldeanos reunieron apresuradamente sus escasas pertenencias: mantas desgastadas, calabazas astilladas, talismanes protectores. El sol, que horas antes iluminaba un mundo despreocupado, se ponía ahora sobre un escenario de caos y desesperación.

Kayo, aferrado a la mano temblorosa de su madre, observaba la escena con ojos grandes e inquietos. El estruendo ensordecedor de los gritos, los llantos y las llamadas desgarradoras resonaban en sus oídos, nublando sus pensamientos. No comprendía esta convulsión repentina, esta ruptura abrupta de su universo conocido. ¿Por qué las risas habían dado paso a los sollozos? ¿Por qué los rostros antes radiantes ahora estaban marcados por el terror?

El padre de Kayo, con el rostro inexpresivo, cargaba sobre sus delgados hombros a Abeni, dormida, ajena al drama que se desarrollaba a su alrededor. Abrió paso, acelerando el ritmo, seguido por una multitud compacta y silenciosa que se adentraba en la oscuridad que se cernía.

Dejando atrás la frágil seguridad de su aldea, se adentraron en un sendero de tierra sinuoso y desconocido. El terreno, salpicado de piedras y raíces retorcidas, frenaba su avance, cada paso pareciendo alejarlos un poco más de la vida que conocían.

A su alrededor, la selva, antes acogedora y familiar, se tornaba amenazante. Los árboles, sus siluetas negras recortadas contra el cielo estrellado, parecían inclinarse sobre ellos, como para sofocarlos. El susurro del viento en las hojas, que antes era una melodía apacible, ahora sonaba como un murmullo hostil, presagio de peligros invisibles.

Tras horas de una extenuante caminata, el grupo hizo un alto en la ribera de un río de aguas bravas. Los adultos, con el rostro marcado por el cansancio y la angustia, susurraban entre ellos, sus voces bajas delatando el miedo que los carcomía. Kayo, acurrucado contra su madre, temblaba de frío y de terror. Su estómago vacío rugía con dolor, pero el hambre era eclipsada por un sentimiento de abandono y de incompreensión.

¿Adónde se dirigían? ¿Por qué se habían visto obligados a abandonar su aldea? ¿Dónde habían quedado las risas, los cantos, la placidez que habían adornado su tierna existencia? Su mundo, antaño un capullo de seguridad y felicidad, se había convertido en una pesadilla de la que no encontraba salida.

El alba apenas asomaba en el horizonte, tiñendo el cielo con un tenue resplandor pálido e inseguro, cuando los primeros gritos de alarma desgarraron el precario silencio que envolvía a la pequeña tropa. Sombras amenazantes, surgidas del bosque circundante, se abalanzaron sobre ellos, vociferando palabras incomprensibles. El pánico, brutal y salvaje, se apoderó del grupo. Las mujeres abrazaron a sus hijos, lanzando gritos

desgarradores, mientras que los hombres, aferrando apresuradamente palos y machetes, intentaban formar un precario escudo ante el ataque repentino.

Kayo, arrancado de un sueño agitado por el terror que lo envolvía, se encontró catapultado al epicentro del caos. Cuerpos lo empujaban, manos lo golpeaban, gritos desgarradores le perforaban los tímpanos. Buscaba desesperadamente la mirada de sus padres, un faro de tranquilidad en ese torbellino de violencia y confusión. Vio a su padre, con el rostro deformado por la furia, repeler a un atacante con un violento golpe de machete. Su madre lo arrastraba de la mano, corriendo sin descanso a través de la multitud aterrorizada.

¡Hola!

El grito desgarrador de su padre rasgó el aire, congelando la sangre de Kayo. Giró la cabeza y vio a su hermanita, la muñeca de madera que ella apretaba contra su pecho, rodando por el suelo, abandonada en medio del tumulto. Antes de que pudiera reaccionar, la mano firme de su madre lo arrastró implacablemente hacia adelante, alejándolo de su hermana y sumergiéndolo en la oscuridad aterradora del bosque.

El terreno irregular, salpicado de raíces y piedras afiladas, desgarraba sus pies descalzos. Las ramas bajas lo azotaban en la cara, dejando marcas rojas sobre su piel tersa. Pero él seguía corriendo, impulsado por el miedo, aferrado a la mano de su madre que lo arrastraba sin descanso. A su alrededor, un torbellino de figuras sombrías y aterradoras se extendía como una pesadilla despierta, cuyo origen y propósito le eran incomprensibles.

El ruido de los perseguidores se desvanecía en la distancia, fundiéndose gradualmente con el coro de cantos de aves y el zumbido de insectos que llenaban la selva. Extenuada, sin fuerzas, la madre de Kayo se desplomó a los pies de un árbol imponente, abrazándolo como para resguardarlo de una amenaza invisible.

"Mamá, ¿dónde está papá? ¿Dónde está Abeni?", preguntó Kayo con una voz tenue, carcomida por el miedo y la sed.

Su madre no respondió. Lo abrazó con fuerza contra su pecho, el rostro bañado en lágrimas silenciosas. Sus ojos, habitualmente tan cálidos y reconfortantes, reflejaban un terror indescriptible, un dolor abismal que escapaba a la comprensión del pequeño.

Kayo, acurrucado contra ella, sentía su corazón latir con una intensidad frenética, como un pájaro enjaulado. Un pájaro que, a pesar del terror que lo oprimía, aún albergaba la esperanza de recuperar la libertad, de volver a encontrar la luz y el calor de su nido. Pero la selva, sombría y amenazante, parecía cerrarse sobre ellos, aprisionándolos en un silencio cargado de presagios funestos. Un silencio que olía a miedo y a muerte.

El silencio del bosque era engañoso, una tregua precaria en una tormenta de violencia. Con el aliento entrecortado, la madre de Kayo escudriñaba las sombras movedizas entre los árboles, cada crujido de rama reavivaba el terror en sus ojos. Mantenía a Kayo firmemente, su pequeño cuerpo tembloroso acurrucado contra ella. Su piel, usualmente suave y cálida como el sol de la mañana, se había vuelto fría y húmeda, su aroma familiar mezclado con el sudor y el miedo.

"Mamá, tengo hambre", susurró Kayo, su voz apenas perceptible en el silencio abrumador. Su madre, arrancada de su trance de angustia, lo miró con una tristeza infinita. Extrajo de su mochila un puñado de granos de mijo, últimos vestigios de su vida pasada, y los depositó en la palma de Kayo.

"Come despacio, mi tesoro", susurró, acariciando su enmarañado cabello. Kayo, hambriento, llevó los granos a su boca, masticándolos lentamente, saboreando cada bocado como un preciado tesoro. Satisfecho su apetito, se acurrucó de nuevo contra su madre, buscando un consuelo ilusorio en su calor.

El sol, filtrándose a través del denso follaje, proyectaba manchas de luz vacilantes sobre el suelo cubierto de hojas secas. El canto melodioso de los pájaros, lejos de ser apaciguador, sonaba burlón en ese escenario de desolación. Kayo cerró los ojos, intentando borrar las imágenes aterradoras que atormentaban su mente: las caras deformadas por el miedo, los gritos desgarradores, la mirada perdida de su hermanita desapareciendo en la confusión.

"¿Mamá, ¿Abeni está jugando a las escondidas?", preguntó de pronto, una chispa de esperanza iluminando su carita de niño. Su madre contuvo un sollozo, su corazón se desgarraba con cada pregunta inocente de su hijo. ¿Cómo explicarle el horror de su situación, la violencia sin sentido que había arrasado con su vida tranquila?

"Sí, mi amor, Abeni está jugando a las escondidas. Nos espera cerca del río, donde íbamos a pescar con papá." Su voz, áspera por el cansancio y la pena, era un susurro débil en el silencio del bosque.

Kayo, reconfortado por esas palabras engañosas, se incorporó, sus ojos brillando con picardía. "La encontraré, mamá. Soy muy bueno en las escondidas."

Antes de que su madre pudiera detenerlo, se levantó y se aventuró con un paso vacilante hacia la espesura de la vegetación. Su pequeña figura, casi engullida por las altas hierbas, se desvanecía y reaparecía con sus movimientos, como una mariposa frágil en un mar verde y hostil.

El bosque, bañado en una luz verdosa y dorada, parecía ondear alrededor de Kayo. Cada árbol tomaba formas extrañas, rostros grotescos o animales fantásticos. Las lianas,

parecidas a serpientes dormidas, bloqueaban su camino. Avanzaba con cautela, sus pequeños pies hundidos en el humus húmedo, llamando con suavidad a su hermana: "Abeni, ¿dónde estás? ¡Soy Kayo! Ven, ¡vamos a encontrar a mamá!".

Su llamado, tímido al principio, se intensificó, resonando entre los imponentes troncos como un grito desesperado a un mundo que parecía ignorarlo. Se deslizó entre raíces retorcidas, cruzó un arroyo de aguas cristalinas, cada paso lo alejaba de su madre, adentrándolo más en el laberíntico verdor. El recuerdo de su hermana, corriendo descalza por la hierba alta, con el rostro iluminado por una risa radiante, lo guiaba, alimentando una ilusión de cercanía.

En ocasiones, un sonido sospechoso – el crujido de una rama, el chillido agudo de un pájaro – lo hacía sobresaltar. Se quedaba petrificado, con el corazón latiéndole en el pecho, escudriñando el entorno con ojos ensanchados por el miedo. Pero no había nada, solo el silencio denso del bosque y el susurro del viento entre las hojas.

El cansancio comenzaba a apoderarse de él. Sus piernas, delgadas como juncos, temblaban bajo su peso. Se sentó al pie de un árbol colosal, cuya corteza áspera recordaba la piel de un viejo cocodrilo. La soledad, inmensa y gélida, lo envolvió en su abrazo invisible.

"¿Papá?" susurró, la voz quebrada por un sollozo. Su padre, su héroe de sonrisa fácil, que imitaba con maestría el graznido del cálao y le construía juguetes con cañas de bambú, ¿se había perdido también en ese océano verde y hostil?

De pronto, un destello de color captó su atención. Una mariposa, con alas de un azul iridiscente, revoloteaba cerca de él, posándose delicadamente sobre una flor rojo intenso. Kayo la observó con asombro, olvidando por un instante su miedo y su soledad. Era una mariposa mágica, pensó, un mensajero del cielo que lo guiaba hacia su familia.

Se incorporó de un salto, el corazón latiéndole con una esperanza tenue. Con un movimiento vacilante, extendió la mano hacia la mariposa que, tras un momento de indecisión, se posó sobre ella, desplegando sus alas iridiscentes como una invitación a seguirla.

"¡Abeni, mira!" exclamó Kayo entre risas, seguro de que su hermana, escondida en alguna parte de la exuberante vegetación, sería testigo de tan extraordinario espectáculo.

La mariposa se elevó con un aleteo suave, trazando una estela brillante en la penumbra del bosque. Kayo, con la mirada fija en esa guía inesperada, la siguió sin vacilar, adentrándose cada vez más en lo desconocido.

La esperanza, tan frágil como una telaraña bajo el rocío matutino, aún se aferraba al corazón de Kayo. Corría ahora, sus pequeñas piernas ardían en un esfuerzo sobrehumano,

los ojos fijos en la mariposa azul que danzaba frente a él, mensajera silenciosa en ese laberinto verde y dorado.

De pronto, el bosque se abrió ante ellos, revelando una pradera inundada por una luz dorada. En su centro, un árbol majestuoso, con un tronco ancho como una cabaña, extendía sus ramas nudosas hacia el cielo, como brazos suplicantes buscando la protección de los dioses. Y allí, apoyada contra sus raíces masivas, Kayo creyó reconocer una silueta familiar.

¡Papá!

El grito, brotando desde lo más profundo de su ser, rasgó el silencio de la arboleda. Se abalanzó, con el corazón latiendo a mil por hora, olvidando el cansancio, el miedo, el hambre que carcomía su vacío estómago. Pero a medida que se acercaba, un terror glacial, aprisionando su corazón en un invisible tornillo de presión, lo petrificó en su sitio.

No era su padre.

Un hombre, con el rostro oculto por un pañuelo polvoriento, yacía desplomado contra el árbol, sus miembros retorcidos en una posición antinatural. Sus ropas, desgarradas y manchadas con oscuros patrones que Kayo no podía descifrar, le parecían ajenas. El azul de la mariposa, como aterrorizada por esa imagen de horror, se elevó hacia el cielo, perdiéndose en la inmensidad verde.

Kayo permaneció inmóvil, paralizado por un terror instintivo. Deseaba gritar, llamar a su madre, pero ningún sonido salió de sus labios. El mundo, a su alrededor, parecía oscilar, los árboles majestuosos se convertían en espectros amenazantes, el canto melodioso de las aves en lamentos fúnebres.

De pronto, un gemido gutural, proveniente del fondo de la garganta del hombre, quebró el silencio. Kayo se sobresaltó, su mirada titubeando entre la huida y la fascinación macabra que lo mantenía clavado en su sitio. El hombre se movió levemente, su mano se alzó en un gesto lento y espasmódico, como para atrapar algo invisible.

Kayo, impulsado por una fuerza inexplicable, se acercó con un paso vacilante. El hombre, con los ojos desorbitados en sus cuencas inyectadas de sangre, lo observó con una mirada vacía de toda expresión. Sus labios, agrietados y sanguinolentos, se separaron en una mueca dolorosa, dejando escapar un aliento áspero que olía a polvo y miedo.

Agua...

La palabra, apenas perceptible, flotaba en el aire inmóvil del claro. Kayo, con el corazón latiendo con fuerza en su pecho de ave,

Aterrorizado, comprendió. Ese hombre, ese desconocido agonizante, tenía sed.

Cerca de allí, un riachuelo de cristalino murmullo serpenteaba entre las rocas cubiertas de musgo. Kayo, como guiado por una fuerza invisible, tomó la calabaza que colgaba de su cinturón – la misma que su madre utilizaba para extraer agua fresca del río – y la sumergió en la corriente.

El agua, pura y fría, centelleaba como un diamante bajo los rayos del sol que se filtraban a través de las hojas. Kayo se la llevó al hombre, sus brazos delgados temblaban bajo el peso de la calabaza. El hombre, con un último esfuerzo sobrehumano, tomó la calabaza de las manos temblorosas del niño y bebió a grandes tragos, el líquido precioso recorriendo su barba hirsuta y se filtrando por las rasgaduras de su túnica polvorienta.

Un suspiro de alivio, como el último estertor de un animal acorralado, escapó de sus labios resecos. Dejó caer la calabaza vacía al suelo, su mirada vacía se posó en Kayo con un destello de gratitud.

"Gracias... pequeño..." susurró con voz ronca, apenas perceptible. Luego, como un títere al que se le cortaron los hilos, se desplomó de lado, su cuerpo sacudido por un último espasmo.

El silencio, denso y sofocante, volvió a cubrir el claro. Kayo permaneció inmóvil, con la respiración entrecortada, la mirada fija en el hombre inerte. No podía comprender lo que acababa de suceder. Ese hombre, ese desconocido que le había infundido tanto miedo, había muerto ante sus ojos, después de beber el agua que él le había ofrecido.

Un torrente de náuseas lo inundó. Dejó caer la calabaza, que rodó por el suelo, golpeando las raíces del árbol con un sonido sordo y inquietantemente trivial. El miedo, frío y viscoso, le invadió el ser, paralizándolo con más seguridad que las ataduras de una enredadera salvaje.

Se incorporó de un salto, el corazón latiéndole en el pecho con fuerza desmedida. Tenía que irse, escapar de aquel lugar maldito, reencontrarse con su madre, su padre, Abeni...

¿Pero dónde estaban? ¿Adónde correr en ese laberinto verde y adverso donde el sol mismo parecía temer penetrar?

Cegado por el terror, se lanzó a correr a través del claro, sin importarle las ramas que lo arañaban, las piedras que rodaban bajo sus pies. Corría, corría, como si intentara escapar de la sombra de la muerte que se extendía sobre él, amenazando con engullirlo para siempre.

El eco de sus propios pasos resonaba extrañamente en sus oídos, mezclándose con los latidos frenéticos de su corazón. La floresta, refugio reconfortante hacía tan solo unas



horas, se había transformado en un laberinto amenazante, cada árbol le parecía hostil, cada susurro de las hojas anunciaba un peligro invisible. La sed lo carcomía, desecando su garganta ya apretada por el miedo. Sus labios, agrietados y abrasadores, buscaban en vano una gota de rocío en las hojas cubiertas de polvo.

¿Cuánto tiempo había corrido así, sin un objetivo definido, más que el de escapar de la imagen obsesiva del hombre con la túnica manchada? El tiempo, una noción abstracta para su mente infantil, se había extendido, distorsionado, hasta confundirse con el caos que lo rodeaba.

De pronto, al doblar un bosquecillo de palmeras escuálidas, un clamor lejano llegó a sus oídos. Una mezcla confusa de gritos, llantos y llamados guturales que le heló la sangre. Instintivamente, se acurrucó en la concavidad de un árbol de pan, su tronco nudoso ofreciéndole una protección irrisoria. Su respiración corta y entrecortada resonaba en sus oídos, amplificando el alboroto que se acercaba inexorablemente.

A través del denso follaje, logró distinguir figuras sombrías moviéndose en el límite del bosque. Hombres, con el rostro marcado por las líneas de pintura guerrera, armados con machetes y fusiles rudimentarios, avanzaban a pasos rápidos, escudriñando los alrededores con una atención feroz.

El miedo, gélido y visceral, le oprimió las entrañas a Kayo. Reconocía a esos hombres. Ya los había visto merodeando por el pueblo, sus miradas severas y sus armas relucientes infundiendo temor en los adultos. Eran ellos, los forasteros venidos del norte, aquellos de quienes los ancianos contaban que sembraban el terror y la desolación a su paso.

Se encogió, diminuto e insignificante como una liebre aterrorizada en medio de la hierba alta. Su corazón latía con fuerza, amenazando con delatar su presencia en cualquier momento. Cerró los ojos con fuerza, apretando los párpados hasta que vio estrellas danzar detrás de sus pestañas.

"Que los espíritus del bosque me protejan", susurró, repitiendo las palabras que su abuela decía cuando el trueno retumbaba en el cielo oscuro de la época de lluvias.

Un silencio denso, casi tangible, se apoderó de la floresta. Los guerreros, petrificados en su avance impetuoso, parecían escrutar cada sombra, cada movimiento de las hojas, en busca de una presa invisible. Kayo, con el cuerpo rígido por el terror, ya no se atrevía a respirar. Sentía la sangre palpar en sus sienes, cada latido de su corazón resonando como un tambor de guerra en el silencio irreal que lo envolvía.

De pronto, un objeto captó su atención. Una muñeca de madera, toscamente tallada, yacía abandonada sobre el suelo polvoriento, a escasos pasos de su improvisado refugio. Era la muñeca de Abeni, la misma que su pequeña hermana no se despegaba jamás. Un grito

silencioso se atascó en su garganta, su pecho se alzó en un hipo de desesperación contenida. Abeni estaba allí, muy cerca, tal vez escondida también, aterrorizada, incapaz de gritar, de moverse, de huir...

Una rabia repentina e irracional abrumó a Kayo. Esos hombres, esos monstruos despiadados, habían tomado su hogar, su familia, su mundo familiar. Habían transformado su mundo en una pesadilla de la que no podía escapar. Quería gritar, aullar su rabia, su miedo, su dolor. Quería lanzarse sobre ellos, golpearlos con sus pequeños puños impotentes, hacerles pagar por el daño que le habían hecho.

Pero otro sentimiento, más poderoso que la furia, lo mantuvo cautivo en su escondite: el instinto de supervivencia. Sabía, con la sabiduría innata de las presas perseguidas, que el más mínimo movimiento, el más leve ruido, lo condenaría para siempre. Así que permaneció allí, inmóvil, petrificado, el cuerpo rígido por un terror que superaba la razón.

Los guerreros, después de unos instantes de una espera interminable, reanudaron su avance, adentrándose en la espesura del bosque, llevándose consigo el silencio opresivo que había inundado el alma de Kayo. El pequeño, desprovisto de fuerzas, se desplomó en el fondo de su escondite, mientras las lágrimas resbalaban en silencio por sus mejillas cubiertas de polvo.

No sabía cuánto tiempo permaneció así, encogido sobre sí mismo, como para protegerse de un mundo que se había vuelto hostil y amenazante. El sol, filtrándose a través del denso follaje, dibujaba manchas de luz movedizas sobre el suelo del bosque, como para recordarle el implacable paso del tiempo. Debía partir, encontrar un refugio, un lugar seguro donde esconderse de aquellos hombres despiadados.

Con lentitud, con dolor, se incorporó, sus piernas temblorosas amenazando con ceder de nuevo. Lanzó una última mirada a la muñeca de Abeni, símbolo punzante de una inocencia destrozada, antes de adentrarse en la espesura, buscando un camino que solo él conocía. Un camino que, con todo su ser, esperaba que lo condujera lejos, muy lejos, de ese infierno verde.

## Capítulo 2: Escondite Macabro

El sol, antaño fuente de vida y alegría, se había convertido en un ojo incandescente que escrutó un mundo en ruinas. La tierra, abrasada por la carrera desenfrenada de pies descalzos, exhalaba un olor acre a polvo y miedo. Kayo, una silueta diminuta zarandeada por la marea humana, aferraba la mano callosa de su madre como si su vida dependiera de ella. A su alrededor, el caos se había desatado con la furia de una bestia salvaje. Gritos desgarradores rasgaban el aire, mezclados con los latidos sordos de los tambores de guerra en la distancia. La tranquilidad del pueblo, acunada por el canto de los pájaros y las risas de los niños, no era más que un lejano recuerdo.

"¿Mamá, dónde está papá?", susurró Kayo, su vocecita apenas perceptible entre el bullicio, delatando el miedo que apretaba su pequeño corazón. Su madre, con el rostro surcado por la angustia, solo pudo responder con una caricia reconfortante en su mano. No tenía tiempo, ni palabras, para explicar lo inexplicable.

El sendero que antes conducía a la espesura, un camino conocido y reconfortante, se había transformado en un tortuoso laberinto hacia lo desconocido. Ramas esqueléticas arañaban los brazos de Kayo, zarzas espinosas se aferraban a sus ropas raídas. Tropezaba con frecuencia, sus pequeñas piernas luchando por seguir el frenético ritmo de la huida.

« ¡Abeni! » El grito de su hermana, agudo y desgarrador, le heló la sangre a Kayo. Se giró, buscando con la mirada la figura esbelta de Abeni, su compañera de juegos, su pequeño rayo de sol en un mundo que de pronto se había oscurecido.

« ¡No te detengas, Kayo! » La voz de su madre, áspera e insistente, lo sacó de su letargo. No podía detenerse, lo sabía. No ahora. La selva, refugio ancestral, los engullía en sus profundidades verdes, prometiendo seguridad y penumbra.

El aire fresco del bosque los envolvió en un abrazo húmedo y denso, como para separarlos de la pesadilla que se desarrollaba a sus espaldas. Kayo, con el aliento entrecortado y las piernas temblorosas, se aferraba a la mano de su madre, buscando en su contacto una protección ilusoria contra la amenaza invisible que los perseguía. A su alrededor, el caos de la huida se había transformado en un silencio aplastante, solo interrumpido por el susurro del viento entre las hojas y el martilleo sordo de la sangre en las sienes de Kayo.

Caminaron así durante lo que pareció una eternidad, el tiempo perdiendo toda noción en esa carrera desenfrenada. La selva, antaño familiar y reconfortante, se había metamorfoseado en un laberinto hostil donde cada sombra parecía encerrar un peligro, cada ruido sospechoso anunciaba su perdición. Kayo, con la mirada perseguida por el

rostro abatido de su madre y el recuerdo del grito de Abeni, se dejaba guiar por un instinto de supervivencia que se imponía a la temor.

Una mariposa azul brillante, como un toque de alegría irreal en este mundo que se había vuelto sombrío de repente, vino a revolotear alrededor de Kayo. Él la siguió con la mirada, una sonrisa fugaz en sus labios. La mariposa parecía bailar al compás del viento, una promesa de libertad y despreocupación en un océano de angustia. Se la imaginó llegando a Abeni, llevándole un mensaje de esperanza, diciéndole que él estaba allí, muy cerca, y que pronto la encontraría.

"Mamá, ¡mira! ¡El mariposa, va a encontrar a Abeni!", exclamó con una voz tenue, tratando de convencerse a sí mismo de la veracidad de sus propias palabras.

Su madre se inclinó hacia él, con una sonrisa melancólica en los labios. "Sí, Kayo, la mariposa irá a buscar a tu hermana. Sólo están jugando a las escondidas en el bosque."

Kayo se aferró a esas palabras como un náufrago a un salvavidas. Si su madre lo decía, entonces tenía que ser cierto. Abeni estaba viva, en algún lugar de la selva, y pronto la encontrarían. La mariposa azul, tras un último vuelo caprichoso a su alrededor, se alejó hacia la densa vegetación, llevándose consigo un poco de la angustia que oprimía el corazón de Kayo.

De pronto, emergieron en un claro bañado por una luz irreal. En el centro, como una sombra amenazante en el corazón de un cuadro idílico, yacía un hombre en el suelo. Su cuerpo delgado, desgarrado por heridas abiertas, parecía entregado a las moscas voraces. Kayo, petrificado por el miedo, jamás había visto la muerte tan de cerca. Reconoció a uno de los cazadores del pueblo, un hombre fuerte y valiente que le había enseñado a distinguir las huellas de los animales en el polvo. Hoy, no era más que un cascarón roto, un testimonio mudo de la violencia que había azotado su mundo.

"Mamá..." susurró Kayo, la garganta apretada por el terror.

Su madre, con el rostro contraído por el dolor, lo jaló hacia ella con brusquedad. "No mires, Kayo. ¡Vamos, tenemos que irnos!"

Pero Kayo, impulsado por una fuerza invisible, se liberó del abrazo de su madre y se acercó al cuerpo inerte del cazador. Tenía sed, una sed abrasadora que le reseca la garganta. Entonces recordó la cantimplora de piel de cabra que su madre le había llenado apresuradamente antes de su huida.

"Tiene sed, Mamá...", susurró, con la mirada fija en los labios agrietados del cazador.

Su madre, comprendiendo el gesto de su hijo, se mantuvo en silencio. Sabía que era inútil luchar contra la pureza de su corazón, contra esa empatía innata que lo impulsaba a aliviar el sufrimiento, incluso ante la muerte.

Kayo, con una delicadeza impensable para su corta edad, se acercó al cazador y llevó la calabaza a sus labios. Dejó caer unas gotas de agua fresca sobre su lengua reseca, esperando un milagro imposible. El cazador dio un ligero sobresalto, un ronco jadeo escapó de su pecho martirizado. Abrió los ojos, dos pozos de dolor e incompreensión en un rostro demacrado. Fijó la mirada en Kayo, una mirada que parecía atravesar al pequeño niño para perderse en un más allá inaccesible. Luego, tan repentinamente como los había abierto, sus ojos se nublaron de nuevo, la mirada fija en un horizonte invisible. El cazador ya no estaba.

La sombra de la muerte parecía empapar cada hoja, cada brizna de hierba del claro. Kayo, petrificado por un terror indecible, sintió que el mundo se tambaleaba a su alrededor. La mano de su madre, refugio familiar en la tormenta, se había agarrado a su brazo, sus dedos temblando como hojas al viento. Un sollozo ahogado escapó de sus labios, un sonido áspero que rasgó el silencio opresivo del bosque.

Kayo no comprendía del todo lo que había sucedido, pero sentía el peso de la tristeza envolver a su madre como una losa de plomo. Nunca antes la había visto llorar con tanta intensidad, sus lágrimas abrasadoras dejando marcas oscuras en sus mejillas curtidas por el sol. Era como si una parte de ella misma se hubiera apagado junto al cazador, llevándose consigo un poco de la luz que iluminaba su mundo.

"Ven, Kayo." La voz de su madre, quebrada por la emoción, lo sacó de su letargo. Ella se levantó con dificultad, su cuerpo frágil pareciendo ceder ante el peso de la desesperación. Kayo la siguió, con las piernas temblorosas, aferrándose a la tenue promesa de su mano callosa.

Se adentraron de nuevo en la espesura, dejando atrás la silenciosa explanada y la sombra amenazante de la muerte. Kayo, con la mirada fija en los polvorientos talones de su madre, no podía evitar echar miradas temerosas por encima de su hombro. Esperaba a cada instante ver al cazador levantarse, escuchar su voz ronca llamándolos desde las profundidades del bosque.

El bosque, otrora protector y familiar, se había transformado en un lugar hostil, habitado por sombras amenazantes y ruidos inquietantes. El viento, silbando a través de los árboles centenarios, parecía susurrar amenazas a sus oídos. El sol, filtrándose a través del denso follaje, dibujaba patrones cambiantes en el suelo cubierto de hojas secas, como para recordarles la fragilidad de su existencia.

El sol se hundía en el horizonte, tiñendo el cielo con tonalidades anaranjadas y violetas. Las sombras se estiraban en el bosque, adquiriendo formas extrañas y amenazadoras. El aire, saturado de humedad y del aroma penetrante de la vegetación en descomposición, se cargaba de una tensión palpable. Kayo, exhausto por la caminata y el miedo, tropezaba a cada paso. La mano de su madre, otrora fuente de consuelo, le parecía ahora distante, como si un abismo invisible se hubiera abierto entre ellos.

El hambre le carcomía, un dolor punzante que le retorció las entrañas. También tenía sed, su garganta reseca por el polvo y las lágrimas contenidas. Pero sobre todo, tenía miedo. Miedo de ese bosque amenazador, miedo de esos hombres despiadados que habían destrozado su mundo, miedo de no volver a ver nunca más a su padre y a su pequeña hermana.

"Mamá, tengo hambre...", susurró con voz ronca, casi imperceptible.

Su madre se detuvo bruscamente, tirándolo con ella detrás de un cúmulo de raíces nudosas. Se inclinó hacia él, su rostro demacrado a pocos centímetros del suyo. Sus ojos, habitualmente dulces y brillantes, parecían apagados, como vacíos de toda luz.

"Shh, Kayo", le susurró, su voz temblorosa delatando su propio miedo. "No hagas ruido. Están cerca."

Kayo no comprendía realmente quiénes eran "ellos", pero sentía que eran una amenaza, una presencia hostil que acechaba en las sombras. Se acurrucó contra su madre, buscando en vano la protección de sus frágiles brazos. El ruido del viento en las hojas le llegaba como un susurro amenazante, y le parecía discernir, en la distancia, fragmentos de voces guturales que le helaron la sangre.

La tierra tembló bajo sus pies. Un rugido sordo, proveniente de las profundidades de la selva, se intensificó, acercándose a una velocidad aterradora. Con los ojos desorbitados de terror, Kayo distinguió figuras sombrías deslizándose entre los árboles, como depredadores acechando a su presa en la penumbra. Sus cuerpos musculosos, esculpidos para la guerra, estaban adornados con cicatrices y pinturas tribales que les conferían un aspecto salvaje, casi demoníaco. Empuñaban armas rudimentarias, pero mortales: lanzas afiladas, arcos tensos y largos cuchillos cuyas hojas brillaban bajo los escasos rayos de sol que atravesaban el denso follaje.

Kayo nunca había visto hombres como esos. No se parecían en nada a los cazadores de su aldea, con sus rostros curtidos por el sol y sus manos callosas pero reconfortantes. Estos emanaban un aura de violencia fría, una sed de sangre que lo petrificó de horror. Comprendió, con la sabiduría instintiva de los niños enfrentados a lo indecible, que esos hombres no habían venido a hablar, sino a matar.

Su madre, como para protegerlo de aquella visión insoportable, lo apretó contra ella, su mano sobre su boca para sofocar cualquier grito, cualquier suspiro, cualquier indicio de vida que pudiera delatarlos. Kayo se abandonó a su abrazo, su pequeño cuerpo temblaba de miedo contra la frágil coraza de su madre. Cerró los ojos, tapándose las orejas con sus pequeñas manos húmedas, como para aislarse del mundo exterior, crearse un refugio ilusorio contra el terror que los rodeaba.

La frágil barrera de ramas se quebró bajo el peso de un pie corpulento. Kayo contuvo el aliento, su corazón martilleando contra sus costillas como un pájaro enjaulado. El acre olor a sudor y humo de leña se coló hasta él, confirmando sus peores presagios. Estaban allí, muy cerca, sus voces roncadas resonando como piedras sepulcrales en un pozo sin fondo.

Su madre, con el rostro contorsionado por el terror, apretó su abrazo. Sus ojos, dos charcos oscuros en la penumbra, lo miraron con una intensidad inusual. "No tengas miedo, Kayo", susurró, su voz apenas audible. "Mamá está aquí."

Pero sus palabras, lejos de tranquilizarlo, solo intensificaron su angustia. Sentía el miedo vibrar en ella como una cuerda al borde del quiebre, a punto de ceder ante la más leve brisa. Nunca la había visto tan frágil, tan humana. La serenidad que la caracterizaba, la que lo resguardaba de los peligros del mundo, parecía haberse disipado, dejando tras de sí una vulnerabilidad que lo aterraba.

Las voces se acercaron, acompañadas por el ominoso crujido de ramas quebradas bajo pasos pesados. Kayo cerró los ojos, acurrucándose contra su madre como si su sola presencia pudiera hacerlo invisible. Anhelaba con todas sus fuerzas fundirse con la tierra húmeda, convertirse en una piedra, una raíz, cualquier cosa menos el pequeño niño aterrorizado, impotente ante la amenaza que se acercaba.

Un silencio denso, interminable, se apoderó del bosque, amplificando cada sonido, cada respiración. Kayo sentía la sangre latir en sus sienes, el crujido de las hojas secas bajo los pasos de los hombres que se acercaban. Imaginaba sus rostros curtidos por el sol y la guerra, sus ojos fríos y despiadados escaneando cada rincón de la selva, buscando presas fáciles.

De pronto, un grito rasgó el aire, un sonido agudo y desgarrador que heló la sangre de Kayo. Reconoció al instante la voz de Abeni, su pequeña hermana, gritando su terror en la inmensidad hostil de la selva. El mundo dejó de girar. Un dolor fulgurante, como un rayo surcando un cielo estival, le atravesó el corazón. ¡Abeni!

Intentó zafarse del abrazo de su madre, impulsado por un instinto más fuerte que el miedo, la necesidad visceral de proteger a su hermanita. Pero la mano de su madre,

convertida en un puño de acero, lo mantuvo cautivo. "No, Kayo!", le siseó al oído, su rostro desfigurado por la angustia. "No te muevas, ¡te lo suplico!"

Kayo forcejea en silencio, las lágrimas fluyendo a borbotones por sus mejillas cubiertas de polvo. No comprendía por qué su madre le impedía ayudar a Abeni, por qué lo obligaba a permanecer oculto mientras su hermana corría peligro. Era injusto, cruel, ¡insoportable! Odiaba esa selva, esos hombres, ese mundo que se había precipitado en la locura y la violencia, separándolo de quienes amaba.

Otro grito, más breve, más áspero, resonó, seguido de un silencio sepulcral. Kayo se congeló, su cuerpo delgado sacudido por espasmos. Sabía, con una certeza espantosa, que ese grito, el último grito de su hermana pequeña, se había apagado para siempre en el silencio indiferente de la selva.

Un velo de oscuridad se cernió sobre el mundo de Kayo. Los gritos, el bosque, la mano temblorosa de su madre, todo se confundía en un remolino de dolor indescriptible. Una parte de él, la parte inocente que se maravillaba con las mariposas azules y tejía historias con las nubes, acababa de morir con el grito de Abeni. No lloró siquiera. El dolor era demasiado profundo, demasiado brutal para las lágrimas.

Su madre, con el rostro marcado por un dolor que él ni siquiera podía imaginar, lo arrastró bruscamente, obligándolo a seguirla por los sinuosos senderos del bosque. Corrieron entonces, a ciegas, chocando contra los árboles, adentrándose en la maleza espinosa, la sangre mezclándose con las lágrimas y el sudor en su piel desgarrada.

"Mamá..." La palabra, apenas un susurro ronco, se extinguió en su garganta reseca. Quería preguntarle dónde estaba Abeni, por qué ya no gritaba, por qué la dejaban atrás. Pero las palabras se negaban a salir, bloqueadas por un nudo de terror y desesperación que lo sofocaba. Ella corría, con la mirada fija en el sendero invisible que los guiaba a través del infierno verde. Corría como una mujer poseída, como si su propia vida dependiera de cada zancada, de cada respiración. Y tal vez era así. Quizás la parte de ella que aún se aferraba a la vida, a la esperanza, solo tenía un objetivo: salvar a su hijo, el último vestigio de un mundo destrozado.

Llegaron al borde de un barranco profundo, una cicatriz abierta en el corazón verde del bosque. El sol, bajo en el horizonte, incendiaba las paredes rocosas con un resplandor rojo sangre. Abajo, muy abajo, un torrente de agua fangosa rugía su furia, un dragón enfurecido cautivo en su prisión de piedra.

Kayo retrocedió, aturdido por el vértigo. El olor acre de la humedad y la vegetación en descomposición le subía a la nariz, provocándole náuseas. Sintió la mano de su madre apretarse en la suya, un contacto abrasador que lo devolvió a la realidad inmediata del peligro.



"Tienes que cruzar, Kayo." Su voz, áspera y débil, se redujo a un susurro que el viento se encargó de llevar.

Kayo levantó la mirada hacia ella, la incomprensión y el terror se reflejaban en sus ojos. "Pero... mamá... está demasiado alto... no puedo..."

Una sonrisa dolorida estiró los labios agrietados de su madre. "Eres más fuerte de lo que crees, Kayo. Puedes hacerlo. Por mí. Por... por Abeni."

El nombre de su hermana, pronunciado con una tristeza infinita, produjo un efecto de descarga eléctrica en el cuerpo de Kayo. Abeni... Volvía a ver su rostro risueño, sus pequeñas manos regordetas que se aferraban a las suyas, el sonido cristalino de su voz cantando las melodías ancestrales de su pueblo. Abeni... partida para siempre, engullida por la selva hostil, dejada atrás como un juguete roto.

Un fervor irracional, repentino, ahogó su miedo. No quería morir. No deseaba terminar como Abeni, olvidado en la sombra amenazante del bosque. Quería vivir, por ella, para honrar su recuerdo, para no permitir que las bestias triunfaran.

Tomó una profunda bocanada de aire, sintiendo la fresca brisa nocturna quemarle los pulmones. "Dime, ¿cómo se hace?", preguntó con voz ronca y resuelta.

Su madre lo miró, un atisbo de esperanza renaciendo en sus apagados ojos. "Ven conmigo, Kayo, y no mires hacia abajo."

Se aferraron el uno al otro, dos seres diminutos frente a la inmensidad amenazante del vacío. La tierra, desmenuzable e inestable, se desmoronaba bajo sus pies, cada paso los acercaba un poco más al abismo. Kayo, con el corazón latiéndole a mil por hora, fijaba la mirada en las manos callosas de su madre, agarradas a las rocas resbaladizas como garras de ave. No se atrevía a respirar, aterrorizado por la idea de romper el equilibrio precario de su descenso peligroso.

El sol, declinando hacia el horizonte lejano, incendiaba el cielo con matices anaranjados y violáceos, transformando el torrente impetuoso en una cinta de obsidiana líquida que serpenteaba en lo profundo del abismo. El rugido ensordecedor del agua, amplificado por la acústica singular del barranco, resonaba en el pecho de Kayo como un redoble de tambores anunciando un destino funesto.

"Resiste, Kayo", susurró su madre, su voz tensa por el esfuerzo. "Ya casi llegamos."

Kayo apretó con más fuerza la mano de su madre, sus pequeños dedos se crisparon hasta blanquearse. No comprendía cómo podrían salir de allí, cómo esa escarpada pared podía conducir a algo más que a una muerte segura. Pero se aferraba a la frágil esperanza de

que su madre, fuente inagotable de valor y consuelo, encontrara un camino hacia la seguridad, como siempre lo había hecho.

Con el aliento entrecortado, los músculos adoloridos por un esfuerzo que jamás creyó posible, Kayo sintió la tierra firme bajo sus pies. Levantó la mirada, los ojos entrecerrados ante la luz crepuscular que se filtraba a través de los árboles. Lo habían logrado. Habían cruzado el abismo.

Un sollozo áspero escapó de los labios de su madre. Ella se derrumbó sobre el suelo húmedo, arrastrando a Kayo en su caída. Él la sintió temblar contra él, su cuerpo sacudido por espasmos incontrolables. No era el temblor del miedo, esta vez, sino el del alivio, del agotamiento, de una tensión que finalmente se relajaba después de haber sido mantenida en su punto álgido durante lo que le había parecido una eternidad.

Kayo, al borde del colapso, se acurrucó contra ella, absorbiendo en el frágil calor de su cuerpo un atisbo de consuelo en este mundo que se había convertido en una pesadilla. A su alrededor, el bosque exhalaba un silencio denso, casi amenazante, como si la propia naturaleza contuviera la respiración, observando a estos dos seres diminutos que se habían atrevido a desafiar sus implacables leyes.

« Mamá... », susurró Kayo, su voz áspera se desvaneció en el susurro del viento entre las hojas. «¿Dónde está papá? ¿Dónde está Abeni?». ».

La pregunta, que había retenido en lo más profundo de su garganta desde el inicio de su frenética huida, finalmente irrumpió, quebrando el frágil equilibrio de su silencio cómplice. Kayo sabía, con la sabiduría instintiva de los niños enfrentados a lo indecible, que la respuesta a su pregunta no sería la que anhelaba escuchar. Pero necesitaba saber, necesitaba perforar el muro de silencio y de cosas no dichas que se había erigido entre él y su madre.

Su madre se incorporó lentamente, como si cada movimiento le exigiera un esfuerzo sobrehumano. Sus ojos, normalmente tan brillantes y risueños, estaban apagados, velados por una tristeza insondable. Se llevó la mano a los labios, vacilando un instante, como buscando las palabras precisas, aquellas que pudieran suavizar lo inimaginable, hacer soportable lo insoportable.

"Se... se fueron, Kayo, susurró finalmente, su voz quebrada por la emoción. Se fueron lejos, muy lejos, a un lugar donde ya no hay peligro."

Kayo la miró fijamente, con los ojos desorbitados, incapaz de asimilar, de comprender. ¿Partieron? ¿Qué significaba "partieron"? ¿Adónde se habían marchado su padre, su hermana, sin ella, sin una mirada, sin una despedida?

« Pero... ¿a dónde se fueron? ¿Cuándo regresarán? » balbuceó, aferrándose al mínimo atisbo de esperanza de un regreso, de un encuentro improbable.

Su madre se inclinó hacia él, atrayéndolo a sus brazos. Sintió sus lágrimas calientes correr por su piel ardiente, un diluvio silencioso que expresaba un dolor mucho más elocuente que las palabras.

"No volverán, Kayo," susurró, su voz quebrada por el llanto. "Se han... ido para siempre."

El mundo de Kayo se derrumbó. No un ruido, ni un temblor de tierra, solo un colapso interior, un vacío abismal que la succionaba, arrastrándola hacia una noche sin estrellas. Su padre, su héroe, aquel que sabía ahuyentar las pesadillas y contarle historias de guerreros invencibles, ya no estaba. Abeni, su pequeña hermana, su rayo de sol, la que olía a vainilla y a frutos maduros, se había ido para siempre.

No lloró, no gritó. Se quedó allí, petrificado en el abrazo de su madre, el cuerpo rígido por un dolor demasiado grande, demasiado profundo para las lágrimas. Estaba solo, ahora, una diminuta barca a la deriva en un océano de silencio y desesperación.

### Capítulo 3: El silencio que sigue a la tormenta

El silencio, denso y opresivo como una lápida, había silenciado los gritos y las detonaciones. La selva, antes familiar y acogedora, se había transformado en un laberinto hostil, perseguido por las sombras del pasado. Kayo, aferrado a su madre, avanzaba con paso inseguro, tropezando con las raíces nudosas que obstruían el sendero. Su pequeño cuerpo se encorvaba por la fatiga, sus párpados se cerraban por el sueño, pero no se atrevía a quejarse.

Sentía el peso de la tristeza de su madre como una losa sobre sus hombros. Ya no cantaba mientras caminaba, ni le señalaba los traviesos monos que se balanceaban de rama en rama. Su rostro estaba sombrío, marcado por un dolor silencioso que le oprimía el corazón.

Caminaron así durante horas, días tal vez, Kayo había perdido la noción del tiempo. El sol, disco de fuego a través de las hojas, ascendía y descendía en un cielo indiferente a su angustia. El hambre le carcomía el estómago, convirtiendo cada paso en un esfuerzo sobrehumano. Solo había probado algunas bayas apresuradas, recogidas a la carrera por su madre, su jugo áspero apenas suficiente para aliviar la sequedad de su garganta.

Una tarde, mientras el crepúsculo teñía el cielo con tonalidades violetas y anaranjadas, emergieron en una extensa pradera. En el centro, se erigía un conjunto de chozas improvisadas, construidas apresuradamente con ramas y pieles de animales. Un humo azulado se elevaba de los hogares improvisados, transportando consigo un aroma extraño, una mezcla acre de madera quemada y comida desconocida.

Niños con estómagos vacíos y miradas esquivas jugaban cerca de un pozo a medio secar, sus risas amortiguadas, como si temieran llamar la atención. Mujeres enflaquecidas, con el rostro marcado por la fatiga y la preocupación, se afanaban alrededor de las hogueras, sus movimientos lentos y mecánicos. Ancianos se sentaban en silencio, con la mirada perdida en el vacío, como si ya hubieran atravesado el océano del sufrimiento y alcanzado las orillas de la resignación.

Kayo se detuvo en seco, apretando con más fuerza la mano de su madre. No reconocía nada de ese lugar desconocido, de esos rostros ajenos que los observaban con una curiosidad mezclada con desconfianza. El bullicio de la selva, con sus cantos de pájaros y sus susurros tranquilos, le parecía preferible al silencio denso que reinaba allí, un silencio roto a veces por un grito, un sollozo ahogado, como si el dolor mismo no se atreviera a expresarse con demasiada intensidad.

Una mujer, con el rostro surcado de arrugas profundas como ríos en un mapa antiguo, se acercó a ellos. Llevaba un vestido de tela áspera, descolorido por el sol y el tiempo, y un

pañuelo colorido ocultaba su cabello canoso. Sus ojos negros, penetrantes como los de un águila, escudriñaban a Kayo y a su madre con una intensidad inquietante.

"¿Ha venido usted de lejos?", preguntó con una voz áspera, desgastada por la pena.

La madre de Kayo asintió con la cabeza, incapaz de articular una sola palabra. La anciana pareció comprender. Con un gesto cansado, señaló un espacio vacío junto a una fogata donde unas ollas ennegrecidas reposaban sobre piedras incandescentes.

Siéntese, recupere energías. Aquí, compartimos lo poco que tenemos.

Kayo y su madre se acomodaron con cautela sobre una estera de junco trenzado, conscientes de las miradas que se posaban sobre ellos. Una joven, apenas mayor que Kayo, les tendió dos cuencos de madera rebosantes de una humeante sopa. El aroma, una extraña mezcla de especias y verduras desconocidas, hizo que el estómago de Kayo rugiera. Él llevó el cuenco a sus labios y bebió a pequeños sorbos, saboreando el calor del líquido que se extendía por su cuerpo debilitado.

Alrededor del fuego, las conversaciones se reanudaron gradualmente, como un arroyo que recupera su curso después de una tormenta. Kayo escuchaba sin realmente oír, perdido en sus pensamientos sombríos. ¿Dónde estaban su padre y Abeni? ¿Estarían a salvo? ¿Tendrían frío y hambre como él?

La noche cayó sobre el campamento, rápida e implacable como una pantera lanzándose sobre su presa. Incontables estrellas brillaban en el cielo de tinta, como diamantes esparcidos sobre terciopelo negro. Kayo se apretaba contra su madre, buscando en vano su habitual calor. Ella estaba lejos, muy lejos, prisionera de un silencio de piedra, con los ojos fijos en las llamas danzantes que parecían devorar sus últimos recuerdos de felicidad.

Un leve susurro en los arbustos hizo que Kayo se sobresaltara. Se giró abruptamente, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Una mariposa azul brillante se posó con delicadeza en el borde de su tazón, sus alas delicadas vibrando ligeramente. Kayo la observó con asombro, olvidando por un momento su miedo. La mariposa parecía sonreírle, como para decirle que la belleza y la magia podían existir incluso en los lugares más sombríos.

Y entonces, con un aleteo veloz, se elevó en la noche estrellada, dejando atrás solo un fugaz recuerdo de color y ligereza.

Al día siguiente, Kayo despertó con una sensación extraña, una mezcla de esperanza y temor. Había soñado con la mariposa azul. La había visto volar sobre el bosque, guiando a su padre y a Abeni hacia una aldea donde reinaban la paz y la abundancia. ¿Sería una señal? ¿Un presagio?

Su madre aún dormía, el rostro demacrado y pálido bajo la luz gris del amanecer. Kayo se levantó sin hacer ruido y se acercó al pozo. Se inclinó sobre la abertura abismal y escrutó las profundidades oscuras donde se reflejaba el cielo aún pálido. Una mano se posó sobre su hombro. Él sobresaltó y se giró. Era la anciana de ojos de águila.

"No te desanimes por la tristeza, pequeño," le dijo con una voz suave esta vez. "La desesperación es una trampa más peligrosa que el bosque más oscuro. Conserva la esperanza. Es la única arma que tenemos contra la oscuridad."

Kayo la miraba con los ojos bien abiertos. No entendía todo lo que ella decía, pero sentía en ella una fuerza inmensa, una voluntad inquebrantable que lo fascinaba.

"¿A dónde se fueron mi padre y mi hermana?", preguntó finalmente, su voz apenas un susurro.

La anciana vaciló por un momento, y luego exhaló un suspiro.

"Se fueron a buscar ayuda," le respondió acariciándole el cabello. "Volverán pronto, no te preocupes."

Kayo quería creerle, realmente lo deseaba. Pero en el fondo de su ser, una vocecita le decía que la anciana le ocultaba la verdad. Sentía que algo terrible había sucedido, algo que había destrozado su familia para siempre.

El día se extendía con lentitud, marcado por las tareas del campamento y el susurro de las conversaciones en una lengua que Kayo no entendía. Él permanecía acurrucado contra su madre, observando a los otros niños jugar con trozos de madera y piedras, sus rostros manchados de tierra y ceniza. Su despreocupación lo dejaba desconcertado, un enigma tan profundo como el silencio de su madre.

Un grupo de hombres, con los rostros surcados por la fatiga y el polvo, llegaron al campamento al final de la tarde. Sus armas eran toscas, sus miradas sombrías, y su llegada congeló la atmósfera alegre que, con timidez, se había instalado. Kayo sintió cómo su madre se tensaba a su lado, su respiración corta y entrecortada, como después de una carrera extenuante.

Uno de los hombres, más corpulento que los demás, se acercó a su pequeño grupo. Una cicatriz profunda le cruzaba el rostro, desde la frente hasta el mentón, dándole el aspecto de una estatua de madera toscamente tallada. Dirigió unas palabras a la anciana, su voz grave y gutural como el rugido de un animal. Kayo no entendía lo que decían, pero percibía la tensión en cada sílaba, en cada mirada. Apretó la mano de su madre, buscando en vano consuelo en su contacto.

La anciana respondió al hombre, su voz temblorosa pero firme. Con un gesto de su barbilla, señaló a algunas familias reunidas alrededor de una fogata, y luego a Kayo y su madre. El hombre escudriñó cada rostro, su mirada fría y penetrante como una hoja afilada. Cuando se volvió hacia Kayo, este sintió que su corazón se apretaba en su pecho. El hombre lo fijaba con una extraña intensidad, una mezcla de curiosidad y desprecio que lo obligó a bajar la vista.

De pronto, un grito agudo rasgó la quietud de la tarde. Abeni, su hermana menor, salió disparada de detrás de una choza, sus pequeñas piernas recorriendo la distancia con la velocidad de un relámpago. Su rostro estaba contorsionado por el terror, sus ojos dilatados como los de una presa perseguida.

« ¡Mamá! », gritó, su voz fina y aguda como el silbido de un pájaro herido.

Kayo saltó de pie, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Nunca había visto a su hermana en tal estado, ella que siempre era tan alegre y llena de vida. Su madre se levantó de un salto, un grito de alarma ahogándose en su garganta. Pero antes de que pudiera dar un paso, dos hombres se abalanzaron sobre Abeni, sus manos poderosas la sujetaron como si fuera una muñeca de trapo.

Abeni luchaba con todas sus fuerzas, sus gritos desgarradores resonaban en el crepúsculo. Kayo quiso lanzarse a defenderla, protegerla de sus atacantes, pero su madre lo sujetó con un agarre de hierro.

"¡No, Kayo!", siseó, la angustia deformando sus facciones. "¡Tenemos que irnos, rápido!"

Ella lo jaló de la mano, arrastrándolo a través del campamento en una carrera desenfadada. Tras ellos, los gritos de Abeni se entremezclaban con las risas crueles de los hombres, creando una cacofonía infernal que atormentaba cada rincón de su ser.

Corrieron hasta que los pulmones ardían y las piernas flaquearon, adentrándose en la espesura oscura del bosque, un refugio precario e incierto. El sendero, apenas perceptible bajo el follaje denso, serpenteaba entre los árboles gigantes, sus troncos masivos erguidos como muros inexpugnables.

La mano de su madre, húmeda y temblorosa, apretaba la suya con una fuerza desesperada. Kayo, con el aliento corto y entrecortado, luchaba contra el miedo que amenazaba con engullirlo. Percibía el caos a través de los latidos sordos de su corazón, el crujido de las ramas bajo los pasos apresurados, los gritos ásperos en la lejanía que rasgaban la creciente oscuridad.

"Más rápido, Kayo", jadeó su madre, su rostro pálido iluminado por un rayo de luna que se filtraba entre las ramas. "¡Tenemos que escondernos, ¡rápido!"

Llegaron a un acantilado escarpado, la roca negra se precipitaba en un vacío insondable. El rugido sordo de un río bramaba en el fondo del abismo, una melodía amenazante que heló la sangre de Kayo.

"No hay vuelta atrás", susurró su madre, sus ojos escaneando los alrededores con una febril urgencia.

Una grieta estrecha, casi imperceptible bajo una cascada de lianas y raíces retorcidas, ofrecía un atisbo de refugio. Su madre se abalanzó hacia ella primero, arrastrando a Kayo tras de sí. Él se encontró presionado contra ella, su cuerpo delgado envuelto por su calor febril, su aroma familiar a humo de leña y tierra húmeda.

El sonido de ramas quebradas y voces guturales se acercaba, una amenaza tangible que apretaba la garganta de Kayo. Su madre, con los ojos cerrados, murmuraba palabras ininteligibles, una mezcla de plegarias y súplicas dirigidas a espíritus invisibles.

El tiempo se congeló, cada segundo se estiró hasta la eternidad. Kayo, acurrucado contra su madre, escuchaba el silencio de la selva, acechando el más mínimo ruido, su corazón latiendo con fuerza, a punto de reventar. Nunca antes había experimentado con tanta intensidad la fragilidad de su propia existencia, la presencia invisible de la muerte que rondaba a su alrededor, al acecho, paciente y cruel.

Un silencio denso siguió el paso de los hombres. Un silencio aún más opresivo que el de la selva, pues se encontraba impregnado de terror y amenazas. Kayo, acurrucado contra su madre, sentía su cuerpo temblar, no por el frío, sino por un miedo que le congelaba hasta los huesos.

Esperaron por un tiempo interminable, una eternidad para un niño de cinco años, antes de que su madre finalmente se decidiera a moverse. Con la cautela de un animal perseguido, se deslizó de su escondite, seguida de Kayo, vacilante, con las piernas temblorosas.

El cielo se había nublado, ocultando la luna tras un velo opaco de nubes amenazantes. El aire era denso, cargado de una humedad pegajosa que se adhería a la ropa y a la piel. Kayo, con el rostro manchado de lágrimas y tierra, seguía a su madre como una sombra, aferrándose a su falda empapada.

Caminaron durante largo tiempo, en silencio, sorteando los inmensos árboles que se erguían ante ellos como gigantes amenazantes. El sendero, apenas perceptible bajo las hojas secas y las ramas quebradas, serpenteaba a través de la espesura, conduciéndolos cada vez más lejos de su aldea, de su vida anterior.

De pronto, Kayo tropezó con un obstáculo blando e informe. Levantó la vista, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Un hombre yacía en el suelo, su cuerpo inerte



y desgarrado, sus ojos abiertos y vacíos de vida. Un charco de sangre se extendía a su alrededor, tiñendo la tierra con un color oscuro e irreal.

Kayo nunca había visto la muerte tan de cerca. Se quedó petrificado, paralizado por el miedo, incapaz de apartar la mirada de esa escena macabra. Su padre le había contado muchas veces sobre los peligros de la selva, sobre las bestias salvajes y los espíritus malignos que la habitaban. Pero nunca lo había preparado para esto, para la visión cruda y brutal de la muerte que se abatía sobre un ser humano.

Su madre, con el rostro pálido y tenso, lo tiró bruscamente de la mano.

"No mires, Kayo", susurró con voz áspera. "Vamos, debemos irnos de aquí."

Ella lo arrastró lejos del cuerpo sin vida, acelerando el paso, como si temiera que la muerte los alcanzara. Kayo, con el corazón aún latiendo con fuerza, echaba miradas furtivas hacia atrás, convencido de que el hombre iba a levantarse, a perseguirlos en la oscura noche.

La imagen del hombre muerto, grabada en lo más profundo de su ser, Kayo continuó caminando, cada paso un suplicio, su pequeño cuerpo frágil sacudido por escalofríos que no tenían nada que ver con la frescura de la noche. La selva, antaño un patio de juegos familiar, se había transformado en un laberinto amenazante, cada sombra adquiriendo la forma de una bestia acechante, cada susurro de las hojas anunciando un peligro inminente.

Su madre, una figura frágil recortada contra la penumbra, avanzaba con paso cansado, la cabeza gacha, como si soportara el peso del mundo sobre sus encorvados hombros. Ya no cantaba, ni susurraba palabras reconfortantes. Su silencio, más denso que las tinieblas que los envolvían, era el reflejo de un dolor inenarrable, una herida abierta que sangraba en silencio.

En un recodo del sendero sinuoso, flanqueado por árboles con troncos nudosos como miembros esqueléticos, una luz vacilante captó su atención. Una llama titubeante, similar a una mariposa de luz perdida en la oscuridad, danzaba en la distancia, señal inequívoca de una presencia humana.

La esperanza, frágil como un hilo de paja en la tempestad, renació en el corazón de Kayo. Un hogar significaba calor, protección, tal vez incluso alimento. Y sobre todo, la posibilidad de reencontrarse con su padre y su hermana, cuya ausencia era un vacío punzante en su pecho.

Su madre, percibiendo el cambio en la pisada de su hijo, se irguió ligeramente, un atisbo de esperanza iluminando sus rasgos demacrados. Sin decir nada, tomó la mano de Kayo y se dirigió con cautela hacia la luz.

A medida que avanzaban, el crepitar del fuego se hizo más perceptible, acompañado de un susurro de voces, graves y amortiguadas, como para no perturbar el silencio de la floresta. Kayo creyó reconocer el timbre grave de su padre, narrando una de sus cautivadoras historias en torno al fuego, y su corazón se aceleró, inundado por una mezcla de esperanza y aprensión.

Finalmente, desembocaron en un pequeño claro bañado por una luz anaranjada. Un fuego alegre crepitaba en el centro, proyectando sombras danzantes sobre los troncos de los árboles circundantes. Sentado junto a las llamas, con la espalda apoyada en una roca inmensa, un hombre sostenía en sus brazos una silueta menuda envuelta en una gruesa manta.

Kayo se detuvo en seco, con el aliento suspendido. No era su padre. El hombre, con el rostro curtido y sombrío, tenía la mirada dura y distante, como la de un guerrero. Fijaba su atención en los recién llegados con una curiosidad mezclada con desconfianza.

La decepción golpeó a Kayo con la fuerza de un latigazo, fría y amarga como una calabaza vacía. Su padre no estaba allí. Ni Abeni. El vacío en su pecho se expandió, amenazando con engullirla por completo.

La esperanza, esa llama vacilante que había renacido en el corazón de Kayo al contemplar el fuego de la fogata, se apagó tan rápido como había surgido. El rostro desconocido del hombre, la figura delgada en sus brazos que no era la de su hermana, todo contribuyó a reavivar el dolor punzante de su ausencia. El mundo, a su alrededor, perdió sus colores, reduciéndose a un lienzo opaco y hostil.

Su madre, con el rostro surcado por una fatiga que parecía devorarla desde adentro, se aproximó al fuego con paso vacilante. El hombre levantó la cabeza, su mirada escudriñando cada detalle de su aspecto: sus ropas desgarradas y cubiertas de tierra, sus rostros marcados por el miedo y el agotamiento. No dijo nada, limitándose a observar con una intensidad que incomodaba a Kayo.

Un movimiento en sus brazos atrajo la mirada de Kayo. La silueta se agitaba, liberándose lentamente de la gruesa manta que la envolvía. Un rostro delgado y pálido emergió, los ojos hundidos por la fatiga, los labios entreabiertos en un jadeo áspero. No era Abeni. Era una joven, apenas mayor que él, cuyos rasgos finos y delicados delataban un sufrimiento silencioso.

La madre de Kayo, como atraída por una fuerza invisible, se dejó caer de rodillas frente a la joven. Sus dedos temblorosos acariciaron las mejillas hundidas, el cabello enmarañado. Un sonido ahogado escapó de sus labios, un murmullo que era a la vez pregunta y súplica. Kayo no entendía las palabras, pero percibía la urgencia desesperada en la voz de su madre, como si se aferrara a una esperanza loca, imposible.

La joven, con los ojos desmesurados y llenos de pavor, se dejó llevar, su cuerpo delgado sacudido por temblores incontrolables. El hombre, impasible como una estatua de piedra, los observaba con una mirada indescifrable.

El silencio descendió, denso y sofocante. Kayo, de pie e inmóvil como una estatua de sal, se sentía fuera de lugar en esa escena extraña y dolorosa. No comprendía lo que estaba sucediendo, pero percibía que algo grave acababa de ocurrir, algo que le afectaba directamente, aunque aún no alcanzaba a comprender su magnitud.

De pronto, la madre de Kayo se giró hacia él, su rostro desgarrado por un dolor que trascendía las lágrimas. Sus labios se abrieron y se cerraron varias veces, como si las palabras se negaran a salir, bloqueadas por una especie de dique invisible. Entonces, con una voz ronca y lejana, como proveniente del fondo de un pozo, pronunció una frase que resonó en el silencio del claro como un cuchillo que se rompe:

Kayo... tu padre... se ha ido.

Un escalofrío gélido recorrió a Kayo, mucho más penetrante que la brisa nocturna que silbaba entre los árboles esqueléticos. Las palabras de la mujer resonaban en su mente, frías y cortantes como fragmentos de vidrio. Su padre se había ido.

¿A dónde se fue? La pregunta golpeaba las paredes de su cráneo, cada latido de su corazón la repitiendo como un tambor fúnebre. Buscó una mirada, un gesto, una explicación en los ojos de su madre. Pero ella permanecía muda, su rostro congelado en una máscara de dolor silencioso.

El hombre, que hasta ese momento los observaba con la distancia de un espectador frente a una obra de teatro incomprensible, se levantó lentamente. Su imponente figura parecía crecer aún más bajo la luz vacilante del fuego, transformándolo en un gigante esculpido en la sombra y el humo. Con un gesto lento, señaló a la joven que se acurrucaba a su lado.

"Ella...", comenzó con una voz grave y profunda como el retumbar de un trueno lejano. Su lengua, que Kayo no entendía, rodaba las palabras como piedras en su boca. "...Vio. Hombres malvados. Aldea. Fuego. Gritos."

Hizo una pausa, dejando que las palabras se precipitaran en el silencio como gotas de plomo fundido. Kayo, incapaz de descifrar el significado preciso del relato, intuía su horror a través de los gestos espasmódicos del hombre, el tono grave de su voz, las lágrimas silenciosas que resbalaban por las mejillas demacradas de la joven.

El hombre tomó una profunda bocanada de aire, como si se diera ánimos, y continuó con su relato, cada palabra una nueva piedra que se añadía al muro de angustia que se erigía alrededor de Kayo.

Padre... Intentar proteger. Madre... Hermana... Llevadas. Lejos.

Un sollozo escapó de los labios de la madre de Kayo. Se desplomó hacia adelante, con el rostro enterrado en sus manos, su cuerpo entero sacudido por espasmos incontrolables. Un gemido sordo subió desde su pecho, como si su corazón se hubiera roto en mil pedazos.

Kayo permaneció allí, petrificado, incapaz de moverse, de hablar, de comprender el significado de la tragedia que se desarrollaba ante sus ojos. Las piezas del rompecabezas se ensamblaban lentamente en su mente infantil, formando una imagen borrosa y aterradora que no se atrevía a enfrentar.

La noche había caído, oscura y espesa como la tinta, envolviendo el claro en un manto de silencio y misterio. El fuego de campamento, antes vibrante y reconfortante, se había reducido a un montón de brasas incandescentes, proyectando sombras vacilantes sobre los rostros marcados por el dolor y la fatiga.

Kayo, acurrucado contra su madre, temblaba de frío y miedo. Las palabras del hombre resonaban aún en su cabeza, martilleando su mente como golpes de tam-tam en la noche. No entendía todo, pero había captado lo esencial, la cruda verdad que acababa de abatirse sobre él como un huracán, devastando su mundo infantil.

Su padre, su hermana... llevados... lejos.

Las imágenes de aquel día fatídico, fragmentos de pesadilla, desfilaban ante sus ojos cerrados: las llamas que consumían las chozas de su aldea, los gritos de terror que rasgaban la noche, la mano áspera de su madre que la arrastraba a través de la selva hostil.

Y luego, el vacío. Un abismo insondable donde se habían tragado a su padre y a su hermana, dejándolo solo con su madre, náufragos en una isla de dolor en medio de un océano de silencio.

Sentía a su madre temblar contra él, con lágrimas cálidas corriendo en silencio por su piel ardiente. Quiso abrazarla con fuerza, consolarla como ella lo hacía cuando las pesadillas lo atormentaban. Pero sus brazos parecían pesados como el plomo, paralizados por una impotencia nueva y aterradora.

A su alrededor, el campamento se había sumido en un sueño frágil, mecido por el crepitar de las brasas y el susurro del viento entre los árboles. Solo el hombre de rostro curtido permanecía sentado junto al fuego, inmóvil como una estatua de piedra, su mirada perdida en las llamas que parecían reflejar sus propios demonios internos.

Kayo lo observaba de reojo, inseguro de lo que sentía por ese extraño que ahora compartía su destino. ¿Era un enemigo? ¿Un aliado? ¿Un protector? No lo sabía. Lo único que sabía era que el mundo tal como lo conocía se había hecho añicos, dejándolo solo y aterrorizado ante un futuro incierto.

Con lentitud, como para no quebrar el frágil equilibrio de la noche, se incorporó y se acercó al pozo semi-seco que se erigía en el centro del claro. Se inclinó sobre la abertura que se abría ante él, escudriñando las profundidades sombrías donde se reflejaban las estrellas distantes.

El agua, en el fondo del pozo, era negra e inmóvil como un espejo roto. Kayo creyó ver su reflejo, la cara demacrada y curtida por el sol, los ojos inmensos y llenos de espanto. Pero no era él. Era el rostro de otro niño, un niño que no reconocía, marcado por el miedo y el sufrimiento.

Se incorporó de golpe, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. No quería convertirse en ese niño, en ese desconocido que lo miraba desde el fondo del pozo. Deseaba reencontrar a su padre, a su hermana, su hogar, su vida de antes.

Sin embargo, en lo profundo de su ser, una voz sorda e insistente le susurraba que nada volvería a ser como antes. La guerra lo había arrasado todo, destrozando su familia, su inocencia, su mundo.

Ya no era más que un niño perdido en un mundo en guerra, una pequeña embarcación a la deriva en un océano de violencia y desesperación. Y lo más terrible era que lo sabía.

## Capítulo 4: Los Espectros del Anochecer

El silencio. Un silencio denso, opresivo, que se había abatido sobre Kayo como una losa de plomo. El silencio de la ausencia, de la incertidumbre, del miedo. Un silencio que gritaba con más fuerza que las explosiones y los gritos que atormentaban sus noches.

Aferraba con fuerza el muñeco de paja que la anciana le había hecho. Un guerrero, había dicho ella. Un protector. Pero Kayo no se sentía protegido. Se sentía solo. Más solo de lo que jamás se había sentido.

Su madre había fallecido unos días antes, abatida por la fiebre que diezmaba a los más débiles del campamento. Una tos seca y áspera había sacudido primero su cuerpo frágil, transformándose después en un estertor doloroso que helaba la sangre de Kayo. Él permaneció a su lado, impotente, sujetando su mano abrasadora en la suya, murmurando plegarias silenciosas a los espíritus que no comprendía.

El día en que cerró los ojos por última vez, un sol rojizo se hundió en el horizonte del campamento, como apagando cualquier destello de esperanza. Kayo lloró en silencio, lágrimas calientes y saladas que surcaban sus mejillas demacradas. Ya no tenía a nadie.

Las demás mujeres del campamento se habían encargado del entierro, envolviendo el cuerpo de su madre en un sudario de tela tosca antes de enterrarla en el borde del bosque. Kayo había depositado una flor silvestre sobre la tumba improvisada, una ofrenda frágil y efímera a la que le había dado la vida.

Ahora, vagaba por el campamento, una pequeña figura frágil y perdida entre las almas errantes. Observaba a los otros niños, aquellos que aún tenían familia, jugando en el polvo y riendo a carcajadas. Sus risas le llegaban amortiguadas, irreales, como si vinieran de otro mundo. Un mundo que ya no conocía.

A veces, se sentaba junto al pozo, contemplando el agua salada que centelleaba en su fondo. Allí veía rostros, figuras movedizas que danzaban y se distorsionaban ante sus ojos. El rostro de su padre, sonriente y bondadoso, se convertía de pronto en una máscara grotesca y amenazante. Los rasgos finos y delicados de su hermana se desdibujaban, dando paso a una silueta fantasmal que extendía sus brazos hacia él, como para arrastrarlo a las profundidades oscuras.

Entonces cerraba los ojos, apretando con fuerza su muñeco de paja contra su pecho, buscando en vano consuelo en la textura áspera de la paja trenzada.

En la noche, las pesadillas lo atormentaban. Revivía una y otra vez la huida del pueblo, las llamas danzando en la oscuridad, los gritos de pánico que rasgaban el silencio. Volaba

ante sus ojos la imagen aterrada de su hermana, su diminuta mano que se deslizó de la suya en la confusión.

Despertaba sobresaltado, con el corazón latiéndole con fuerza, el cuerpo empapado en un sudor frío. A veces gritaba, pero nadie venía a consolarlo. Estaba solo, entregado a sus miedos, cautivo de una pesadilla de la que no podía escapar.

Un día, mientras vagaba sin rumbo cerca del borde del bosque, un resplandor vibrante cautivó su atención. Un caleidoscopio de colores irisados centelleaba entre los árboles, como fragmentos de arcoíris caídos del cielo. Intrigado, Kayo se acercó, sus pies descalzos hundidos en la tierra húmeda y cubierta de hojas secas.

Entonces, descubrió a un anciano sentado sobre un tronco de árbol, con la espalda encorvada por el peso de los años. Su rostro, curtido por el sol y surcado por innumerables arrugas, parecía reflejar la sabiduría ancestral del bosque. A su alrededor, decenas de pájaros multicolores, elaborados con plumas, perlas y retazos de telas brillantes, parecían cobrar vida bajo sus ágiles dedos.

El hombre alzó la mirada hacia Kayo, sus penetrantes ojos contrastando con la amabilidad de su sonrisa desdentada.

"¿Te gustan mis pájaros, pequeño?", preguntó con una voz áspera, desgastada por el paso del tiempo.

Kayo asintió con la cabeza, incapaz de apartar la mirada de esas criaturas fantásticas que parecían palpitir con una vida propia. Nunca había visto nada tan bello y extraño a la vez.

"Acércate, no temas", lo invitó el anciano, indicándole que se sentara a su lado. "No te harán daño. Son solo espíritus del bosque, que han venido a hacerme compañía."

Con timidez, Kayo se acercó y se sentó en el suelo, a una distancia respetuosa del anciano. Observaba cada movimiento de sus manos nudosas, cada brizna de paja que cobraba vida bajo sus dedos, transformándose en alas delicadas, en picos puntiagudos, en plumas iridiscentes.

"¿Cómo se llaman?", preguntó Kayo, con un hilo de voz.

El anciano volvió a sonreír, sus ojos arrugados brillando con una luz cálida y acogedora.

No tienen nombre, pequeño. O mejor dicho, llevan todos los nombres que se les quiera dar. Son mensajeros, viajeros que llevan nuestros sueños y esperanzas hacia el cielo.

Kayo fijó su mirada en uno de los pájaros, un ejemplar magnífico con plumas rojas y azules que brillaban bajo los rayos del sol. Parecía un ave de fuego, una criatura mágica capaz de desafiar las leyes de la naturaleza.

"¿Y ese?", preguntó, señalando al pájaro brillante con el dedo. "¿Adónde irá?"

El anciano siguió su mirada, un destello de melancolía cruzando sus ojos.

"Ese", dijo con voz suave, "vuela hacia una tierra lejana, un lugar donde no hay guerras ni dolor. Un lugar donde las familias están reunidas eternamente."

Kayo sintió un nudo de dolor en la garganta. Un país donde las familias están reunidas... Si existiera un lugar así, daría cualquier cosa por estar ahí. Por reencontrarse con su padre, con su hermana, por sentir de nuevo el calor de sus brazos a su alrededor.

De pronto, una idea floreció en su mente. Una idea descabellada, irreal, pero que le infundía un ápice de esperanza en ese mundo sumido en el caos.

"¿Podrías... podrías hacerme uno?", preguntó, su voz temblaba de inquietud. "¿Un pájaro que vuele... que vuele hacia mi familia?"

El anciano se volvió hacia él, con el rostro grave. Sus ojos negros, penetrantes como los de un águila, parecían escudriñar el alma de Kayo, leyéndolo como en un libro abierto.

"Un pájaro que vuela hacia tu familia..." susurró, más para sí mismo que para el niño. "Es un viaje largo, pequeño. Un viaje peligroso. ¿Estás seguro de que es lo que quieres?"

Kayo vaciló por un segundo, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. El miedo, acechando en lo profundo de su ser como una bestia salvaje, amenazaba con abrumarlo. Sin embargo, el anhelo de volver a ver a su familia, de sentir de nuevo la calidez de sus brazos rodeándolo, era más poderoso que cualquier otra cosa.

"Sí", dijo con una voz apenas perceptible, pero firme. "Estoy seguro."

El anciano asintió lentamente, un destello de compasión cruzando sus ojos. Se inclinó y recogió unos mechones de paja dorada, haciéndolos rodar entre sus dedos curtidos.

« Muy bien », dijo. « Lo haremos juntos. Este pájaro será especial. Llevará todo tu amor, toda tu esperanza. »

Kayo sintió un atisbo de esperanza renacer en su interior, tímido pero persistente. Observó con fascinación las ágiles manos del anciano en acción, trenzando la paja con una destreza sorprendente. Cada movimiento parecía preciso, ritualizado, como si no se tratara simplemente de elaborar un juguete, sino de llevar a cabo un acto sagrado.

Con lentitud, bajo los dedos expertos del anciano, el pájaro cobró forma. Un cuerpo delgado y delicado, alas largas y gráciles, un pico afilado como una flecha. Kayo participaba como podía, entregando los tallos de paja, recogiendo las plumas que caían al suelo.



“Hay que darle color”, dijo el anciano, extendiéndole a Kayo un pequeño tarro con una pasta roja brillante. “El color de la esperanza. El color del amanecer.”

Kayo tomó el tarro con cautela, sus dedos temblaban levemente. Sumergió un dedo en la pasta y dibujó un corazón en el pecho del ave. Un corazón rojo, símbolo de su amor por su familia, de su anhelo ferviente por reunirse con ellos.

"Muy bien", dijo el anciano con una sonrisa. "Esto está perfecto."

Tomó el pájaro en sus manos y sopló sobre él con suavidad, como si intentara insuflarle vida. Kayo contuvo el aliento, el corazón latíéndole con fuerza en el pecho. Casi esperaba ver al pájaro abrir los ojos, batir sus alas y elevarse hacia el cielo.

Pero el pájaro permaneció inmóvil, sin vida. Era solo un frágil conjunto de paja y plumas, después de todo. Un símbolo. Una esperanza.

El anciano le tendió el pájaro a Kayo, su mirada cargada de una seriedad solemne.

"Toma", dijo él. "Guárdalo con cuidado. Te guiará. Pero recuerda, pequeño: el camino es largo, y los peligros abundan. Nunca pierdas la esperanza."

Kayo tomó al pájaro con cuidado, acunándolo contra su pecho como si fuera un tesoro invaluable. Sintió la textura áspera de la paja bajo sus dedos, la suavidad de las plumas contra su piel. Cerró los ojos por un instante, respirando el aroma del bosque, de la tierra húmeda y de la hierba recién cortada.

"Gracias", susurró, con la garganta apretada por la emoción. "Gracias".

Se levantó y, sin mirar atrás, se adentró en el bosque, el pájaro de paja apretado contra su pecho. No sabía a dónde iba, ni qué le esperaba. Pero ahora tenía un propósito. Una razón para seguir adelante. Un destello de esperanza en un mundo sumido en el caos.

El sol declinaba hacia el horizonte, incendiando el cielo con tonalidades anaranjadas y violetas. Las sombras se extendían por la espesura del bosque, convirtiendo los árboles familiares en siluetas amenazantes. Kayo caminaba con paso vacilante, el corazón oprimiéndole el pecho. No sabía cuánto tiempo llevaba vagando así, guiado por el instinto y por la esperanza tenaz que ardía en él como una llama frágil.

El pájaro de paja, apretado contra su pecho, se había convertido en su único compañero, su confidente silencioso. A veces le hablaba en voz baja, confiándole sus miedos, sus esperanzas, sus sueños confusos de niño perdido en un mundo hostil. Imaginaba al pájaro cobrar vida, desplegar sus alas multicolores y remontar el vuelo hacia el cielo, llevando consigo sus silenciosas plegarias a su familia desaparecida.

El hambre lo carcomía, un dolor sordo que le roía las entrañas. No había probado bocado en horas, salvo algunas bayas silvestres recogidas al azar durante su camino. La sed le abrasaba la garganta, pero no se atrevía a acercarse a los cursos de agua, por miedo a encontrarse con bestias salvajes o, peor aún, con hombres armados.

El bosque era denso, implacable. Los árboles, con sus troncos nudosos e imponentes, parecían cerrarse sobre él, aprisionándolo en un laberinto verde y oscuro. El silencio, roto únicamente por el chillido estridente de las aves nocturnas y el crujido de las ramas bajo sus pies, le pesaba sobre los hombros como una carga.

Se sentía terriblemente solo. Más solo de lo que jamás había estado. Incluso en el apogeo del caos del campamento, siempre había habido una presencia humana a su alrededor, un murmullo de voces, una carcajada, una simple mirada que le recordaba que no estaba solo en el mundo. Pero aquí, en el corazón de la hostil selva, estaba entregado a sí mismo, enfrentado a sus miedos más profundos, a sus demonios interiores.

De pronto, en un recodo del sendero sinuoso, divisó un resplandor entre los árboles. Un fulgor vacilante, irreal, como una estrella caída del cielo. Se detuvo en seco, con el corazón latiéndole con fuerza, inseguro de lo que contemplaba. ¿Sería una trampa? ¿Una alucinación? ¿O acaso... una señal?

Apretó el pájaro de paja contra su pecho, como buscando fortaleza en él, y se acercó con cautela hacia la luz. A medida que avanzaba, el resplandor se intensificaba, revelando un claro bañado en una suave luz dorada.

En el centro del claro, un fuego de campamento ardía con alegría, proyectando sombras danzantes sobre los troncos de los árboles circundantes. Alrededor del fuego, sentados en círculo, se encontraban varios niños. Niños de todas las edades, niños y niñas, algunos apenas mayores que un bebé, otros ya adolescentes. Cantaban suavemente, una melodía dulce y melancólica que parecía flotar en el aire como una oración.

Kayo se quedó inmóvil, petrificado en su lugar, incapaz de apartar la vista de aquella escena surrealista. ¿Quiénes eran esos niños? ¿Qué hacían allí, solos, en el corazón de la selva? ¿Estaban perdidos, como él? O quizá... ¿algo más?

Un miedo ancestral lo paralizó en seco. Retrocedió instintivamente, hundiéndose más en la penumbra protectora de los árboles. Su garganta se contrajo, estrangulando el grito que amenazaba con delatarlo. La escena ante él, aunque aparentemente apacible, resonaba con una inquietante extrañeza que lo heló hasta los huesos.

Nunca, en su corta vida en el pueblo ni durante su frenética huida, había visto tantos niños reunidos sin la presencia reconfortante de un adulto. Sus cantos, aunque

melodiosos, estaban impregnados de una tristeza profunda, de una melancolía que parecía empapar el aire mismo de la explanada.

Escudriñó el entorno, buscando desesperadamente una señal, una presencia adulta que pudiera explicar ese inusual congregación. Pero el bosque permaneció silencioso, como si contuviera la respiración, testigo mudo de ese espectáculo extraño.

El viento, acariciando su rostro abrasado con sus fríos dedos, le susurró un mensaje indescifrable. Él se estremeció, apretando con más fuerza el pájaro de paja contra su pecho. Su corazón, tamborileando con fuerza en su torax, parecía querer escapar de su jaula.

¿Escondarse? ¿Huir? ¿O acaso... acercarse?

La sola idea de adentrarse en el claro, de mostrarse a esos niños de los que no sabía nada, lo llenaba de un terror indescriptible. Y sin embargo... una chispa de esperanza, por tenue que fuera, brillaba en lo profundo de su ser. Ellos también estaban solos, como él. Perdidos, quizás. En peligro, sin duda.

¿Y si...? ¿Y si pudieran ayudarse mutuamente?

Con lentitud y cautela, dio un paso fuera de su escondite, y luego otro. Sus pies descalzos se hundieron en la húmeda musgo, produciendo un leve crujido que rompió el silencio de la selva como un trueno en la noche.

Los cánticos cesaron de golpe. Los niños se volvieron hacia él, sus rostros apenas iluminados por el débil resplandor de la fogata. Sus ojos, inmensos y oscuros como pozos sin fondo, lo clavaron con una intensidad perturbadora.

Kayo se quedó petrificado, la respiración entrecortada, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Se sentía como un animal acorralado, atrapado en la implacable luz de los reflectores.

"No... no tengas miedo", murmuró con voz apenas perceptible. "Yo... yo estoy solo. Como tú."

Un silencio sepulcral recibió sus palabras. Los niños permanecieron inmóviles, clavando su mirada en él, sus ojos oscuros y brillantes como perlas de obsidiana en la penumbra. Kayo sintió un escalofrío gélido recorrer su espalda. El instinto le gritaba que diera media vuelta, que huyera y no volviera la vista atrás.

Entonces, lentamente, como impulsados por una fuerza invisible, los niños abandonaron su inmovilidad. Se levantaron, uno a uno, sus movimientos fluidos y silenciosos como los de felinos en la noche. Se acercaron, formando un círculo a su alrededor, manteniéndolo cautivo en la mirada silenciosa de sus ojos.

Kayo retrocedió un paso, luego otro, hasta que su espalda chocó contra el tronco rugoso de un árbol centenario. Se sentía atrapado, rodeado por una jauría de animales salvajes cuyas intenciones le eran desconocidas.

Una niña, apenas mayor que él, se separó del grupo. Su cabello, negro como el ébano, enmarcaba un rostro fino y delicado, marcado por una tristeza que desmentía su corta edad. Se acercó a Kayo con paso vacilante, extendiendo la mano hacia él como para tocarlo.

Kayo permaneció inmóvil, con la respiración entrecortada, incapaz de hacer el menor movimiento. La mano de la niña se detuvo a pocos centímetros de la suya, suspendida en el aire como una promesa frágil.

"¿Estás solo?", preguntó con una voz suave y melodiosa que contrastaba con el silencio denso del bosque.

Kayo vaciló por un segundo, dividido entre el miedo y la necesidad visceral de romper su soledad. Desvió la mirada hacia sus pies descalzos, incapaz de soportar la intensa mirada de la niña.

"Sí", murmuró, la garganta apretada por la emoción. "Ya no tengo a nadie."

Un murmullo recorrió el grupo de niños. Un murmullo tejido con tristeza, con compasión, pero también con una extraña familiaridad, como si esas palabras, "ya no tengo a nadie", resonaran en lo más profundo de su ser.

La niña dio un paso más hacia él, su rostro a escasos centímetros del suyo. Sus miradas se encontraron por fin, y Kayo se sintió atrapado por la insondable profundidad de sus ojos. Unos ojos que habían presenciado demasiado para su corta edad. Ojos que habían contemplado el horror, la violencia, la muerte.

Y sin embargo, en esos ojos, él no leía ninguna malicia, ninguna amenaza. Sólo una inmensa tristeza, y una especie de comprensión silenciosa, como si ella también supiera lo que era perderlo todo.

"Yo tampoco", susurró, su voz apenas perceptible. "Estamos todos solos, ahora."

La niña hizo un gesto con la mano, invitando a Kayo a acercarse al fuego. Dudando aún, él lanzó una última mirada al bosque oscuro que lo rodeaba, como para asegurarse de que ningún peligro lo acechaba. Pero la selva permaneció en silencio, indiferente a su destino.

Con un profundo suspiro de determinación, Kayo se adentró en el claro. Aferró el pájaro de paja contra su pecho, como un amuleto protector, y se aproximó al círculo de niños. El calor del fuego le abrasó la cara, disipando la húmeda frescura de la noche. Se sentó con

cautela, alejado del grupo, observando a sus nuevos compañeros con una mezcla de desconfianza y curiosidad.

Los niños no hicieron ningún comentario sobre su llegada. Se limitaron a observarlo un instante, con sus rostros serios e impasibles, y luego reanudaron sus cánticos como si nada hubiera sucedido. Sus voces, armoniosas y melancólicas, parecían tejer una tela invisible a su alrededor, envolviéndolo en una calidez extraña, a la vez familiar y inquietante.

Kayo cerró los ojos, dejando que la música lo meciera, lo transportara lejos de sus miedos y de su soledad. No entendía las palabras de su canto, pero sentía su fuerza bruta, su belleza trágica. Era un canto de esperanza y desesperación, de vida y muerte, un canto que parecía emanar desde lo más profundo de sus almas heridas.

Pasado un tiempo, la pequeña niña que lo había recibido se acercó a él y le ofreció un pedazo de fruta seca. Kayo vaciló por un instante, luego tomó la fruta con cautela y la llevó a sus labios. No había comido en horas, y el hambre le carcomía las entrañas, pero comió lentamente, saboreando cada bocado como si fuera un banquete real.

"¿Cómo te llamas?", le preguntó al pequeño ser después de terminar de comer.

"Nia", respondió ella con una sonrisa tenue. "¿Y tú?"

"Kayo", susurró, con la mirada baja.

"¿De dónde eres, Kayo?", preguntó un chico mayor, con la cara demacrada y la mirada seria.

Kayo vaciló por un momento, inseguro de qué debía responder. ¿Debía contarles sobre su aldea, su huida, la pérdida de su familia? ¿O debía guardar silencio, proteger sus recuerdos como un tesoro frágil?

Decidió confesarles la verdad. Ya no tenía la energía para seguir mintiendo, para seguir ocultándose.

"Vengo de un pueblo remoto", comenzó con voz vacilante. "Un pueblo que ya no existe."

Entonces les contó su historia, con palabras simples, frases cortas, como si hablara a niños más pequeños que él. Les habló de los hombres armados, de las llamas que devastaron su casa, de la huida frenética a través del bosque. Les habló de su hermana, Abeni, de sus grandes ojos negros y su risa cristalina. Les habló de su padre, de su fuerza tranquila y sus manos callosas que sabían hacer de todo. Les habló de su madre, de su ternura y su amor incondicional.

Les habló de su desaparición, de la ausencia que lo carcomía por dentro como una bestia abominable. Les habló de su soledad, de su miedo, de su desesperación.

Les habló del pájaro de paja, de la esperanza loca que lo animaba, de ese viaje imposible hacia un país donde las familias se reúnen para siempre.

Al terminar de hablar, un silencio denso se apoderó de la explanada. Los niños permanecieron en silencio, sus miradas perdidas en las llamas del fuego, como si sus propios demonios se hubieran presentado en ese instante.

Una niña sentada frente a él, con las mejillas surcadas por lágrimas secas, tomó la palabra, su voz tenue y vacilante como el canto de un ave herida. "Mi hermanito... se fue con los hombres de uniforme. Dijeron que era fuerte, que sería un soldado. Pero solo tiene seis años..." Un sollozo la interrumpió, sacudiendo su cuerpo frágil como una hoja al viento.

Un joven, con una cicatriz que le surcaba la mejilla derecha, la tomó por los hombros y la atrajo hacia él. "Se llevaron a mi madre", dijo con una voz áspera, cortada por la emoción. "Dijeron que era un peligro, que escondía enemigos. Pero mi madre... ella solo curaba a los heridos, ayudaba a todos".

Uno tras otro, como para expulsar sus demonios internos, los niños narraron sus historias. Historias tejidas con violencia, pérdida y terror. Historias que se entrelazaban, como variaciones sobre un mismo tema trágico: la guerra.

Kayo los escuchaba, con el corazón apesadumbrado, comprendiendo por fin el significado de su tristeza, de su profunda melancolía. Estos niños no estaban perdidos, al menos no en el sentido estricto de la palabra. Habían sido encontrados, reunidos por la fuerza de las circunstancias, por la crueldad del mundo adulto. La guerra los había despojado de todo: sus hogares, sus familias, su inocencia.

Comprendió también que el pájaro de paja que apretaba contra su pecho, esa esperanza frágil y tenaz, no era solo suya. Era también de ellos. La esperanza de reencontrar algún día a los que habían perdido, de reconstruir un mundo destrozado, de sanar sus profundas heridas.

Mientras la noche se adensaba y las llamas del fuego de campamento se extinguían paulatinamente, Kayo se tendió sobre el suelo áspero, rodeado por sus nuevos compañeros de infortunio. Cerró los ojos, mecido por el calor residual del fuego y el ritmo acompasado de la respiración de los demás niños. Por primera vez desde el inicio de su pesadilla, dejó de sentirse solo. Había encontrado una nueva familia, unida por el dolor, la pérdida y la tenaz esperanza de un futuro mejor.

Al amanecer del siguiente día, los niños abandonaron la pradera y se adentraron en la espesura del bosque, caminando hacia un destino desconocido. No llevaban mapa ni brújula, solo su instinto de supervivencia y la esperanza tenaz que ardía en ellos como una llama inextinguible. Su travesía sería larga y peligrosa, llena de obstáculos y amenazas. Pero estaban juntos, y eso era lo único que importaba.

## Capítulo 5: El Ave de Paja

El sol apenas asomaba por el horizonte, tiñendo la sabana con matices anaranjados y dorados, cuando Kayo despertó de un sueño inquieto. Las gotas de rocío matutino adornaban las hojas de los árboles, brillando como una miríada de diamantes efímeros. El aire fresco picaba sus fosas nasales, cargado con los aromas acres de la tierra húmeda y las flores silvestres en plena floración.

A su alrededor, la vida se despertaba en un concierto de sonidos familiares: el canto melodioso de las aves posadas en las ramas, el zumbido constante de los insectos invisibles, el susurro de las hojas bajo los pasos ligeros de un animal invisible. La selva, esa entidad viva e impredecible, reclamaba su dominio tras una noche de relativo silencio.

Kayo se sentó lentamente, sus miembros rígidos y adoloridos por el frío y la humedad del suelo. Se frotó los ojos, desterrando los últimos vestigios de sueño, e instintivamente llevó la mano a su cuello, aferrando el pájaro de paja contra su cuerpo.

El objeto, elaborado con cariño por el anciano, lucía un poco más desgastado que la noche anterior, con algunos hilos de paja desprendidos durante su sueño inquieto. Pero para Kayo, nunca había parecido tan hermoso, tan valioso.

Era mucho más que un simple juguete. Representaba un símbolo de esperanza, un frágil vínculo con un pasado perdido, un talismán que lo resguardaba del desaliento que lo acechaba.

El rostro de su madre, sus ojos llenos de amor y preocupación, flotó un instante frente a él. Recordaba su sonrisa, su voz suave cantándole nanas en la oscuridad. Lágrimas ardientes llenaron sus ojos, pero las contuvo.

No debía llorar. Su madre no lo querría. "Sé fuerte, Kayo," le susurraba en un aliento, su voz etérea se fundía con el susurro del viento entre las hojas. "Sé fuerte, mi pequeño."

Kayo apretó los dientes, tragándose la tristeza que lo ahogaba. Tenía que ser fuerte. Por su madre. Por su padre. Por Awa, su hermana pequeña de la risa cristalina.

Se levantó, sus músculos protestando por el movimiento repentino, y escaneó el entorno. Los demás niños aún dormían, acurrucados unos contra otros como polluelos en un nido. Sus rostros, marcados por la fatiga y el hambre, estaban relajados, apaciguados por el sueño.

Kayo sintió una extraña mezcla de melancolía y agradecimiento invadirlo. Ya no estaba solo.



Estos niños, destrozados por la guerra al igual que él, se habían convertido en su nueva familia. Compartían el mismo dolor, el mismo miedo, la misma y frágil esperanza de un porvenir más promisorio.

Se inclinó y recogió unas cuantas ramas secas, añadiéndolas a las brasas rojizas de la fogata. Las llamas se elevaron con un alegre crepitar, lamiendo la madera con avidez, esparciendo un suave calor en el fresco aire matutino.

Pronto, los demás niños comenzaron a despertar, emergiendo de su sueño como mariposas que se liberan de sus crisálidas. Sus ojos, inicialmente llenos de confusión, se iluminaron al contemplar el fuego y la sonrisa cálida de Kayo.

"Hola", susurró la niña con las mejillas surcadas por lágrimas secas, su voz suave como el canto de un ave herida.

"Hola," respondió Kayo, esbozando una sonrisa tímida.

El chico de la cicatriz se acercó al fuego, extendiendo sus manos hacia el reconfortante calor de las llamas. "¿Qué hacemos hoy?", preguntó, su mirada inquisitiva fija en Kayo.

Kayo vaciló un instante, inseguro. No tenía ni idea de hacia dónde dirigirse, ningún plan concreto en mente. Apretaba el pájaro de paja en su mano, como buscando en él valor e inspiración.

"Vamos tras el pájaro," declaró finalmente, su voz impregnada de una convicción recién nacida. "Él nos guiará."

Un silencio desconcertante recibió su declaración. Los niños intercambiaron miradas inquisitivas, una mezcla de curiosidad e incredulidad se reflejaba en sus ojos.

"¿Seguir al pájaro?", repitió la niña, con una voz impregnada de cauta incertidumbre. "Pero... es solo un juguete."

Kayo levantó su pájaro de paja, blandiéndolo como una bandera. "No, no es solo un juguete", replicó con una convicción sorprendente para su corta edad. "Es un guía. Nos mostrará el camino hacia... hacia un lugar mejor".

La idea, por descabellada que pareciera, encontró eco en el corazón de los niños. Después de todo, ¿qué les quedaba más que la esperanza, por tenue que fuera? La guerra se los había arrebatado todo: sus familias, sus hogares, su infancia. ¿Podría un simple pájaro de paja, símbolo frágil de un sueño inalcanzable, guiarlos realmente hacia un futuro mejor?

El chico de la cicatriz, normalmente tan taciturno, asintió con la cabeza, un destello de esperanza brillando en sus oscuros ojos. "¿Por qué no?", murmuró. "No tenemos nada que perder de todos modos."

Y así, impulsados por una mezcla de esperanza desesperada y curiosidad infantil, los niños emprendieron su camino, siguiendo a Kayo y su pájaro de paja como si se tratara de una brújula mágica. Se adentraron en la espesura del bosque, donde la luz del sol luchaba por atravesar el follaje denso de árboles centenarios.

El camino era accidentado, plagado de obstáculos naturales: raíces nudosas que serpenteaban por el suelo como serpientes dormidas, lianas entrelazadas que formaban un laberinto vegetal impenetrable, arroyos fangosos que bloqueaban el paso.

Kayo, guiado por una intuición repentina, alzaba su pájaro de paja, escudriñando cada rincón del bosque como si buscara una señal, una indicación. A veces se detenía, vacilante, girando sobre sí mismo, el pájaro extendido frente a él como una varita de zahorí.

"Por aquí", susurró con voz insegura, señalando un sendero apenas perceptible entre la exuberante vegetación.

Los demás niños le seguían sin rechistar, aceptando sin cuestionar su papel de guía improvisado. Habían depositado en él, y en ese pájaro de paja que parecía dictar sus más mínimos movimientos, una esperanza frágil, un tenue resplandor en la oscuridad de su existencia.

Después de horas de abrirse paso a través de la espesura vegetal, el sol alcanzó su punto más alto. Sus rayos abrasadores perforaban el follaje denso, creando un juego de luces y sombras sobre la tierra húmeda. Una humedad sofocante inundaba la atmósfera, haciendo que el aire se volviera pesado y difícil de respirar.

Agotados por la caminata y el calor abrasador, los niños avanzaban con lentitud, sus pequeños cuerpos encorvados bajo un sol implacable. El hambre les carcomía las entrañas vacías, la sed les reseca las gargantas.

"Kayo... ¿podemos descansar un poco?", suplicó la niña con voz tenue, apoyándose en el tronco de un árbol imponente. Sus piernas esbeltas temblaban bajo su peso ligero.

Kayo se detuvo, consciente del cansancio que abrumaba a sus compañeros. Observó su pájaro de paja, como buscando una respuesta en él. "De acuerdo," asintió finalmente. "Descansaremos aquí un rato."

Los niños se desplomaron en el suelo, buscando un poco de sombra salvadora bajo los imponentes árboles. Sus cuerpos extenuados estaban cubiertos de sudor, sus ropas empapadas. Un silencio sepulcral se cernió sobre el grupo, solo interrumpido por el jadeo de los niños y el canto lejano de un ave tropical.

Kayo se sentó apartado, con la espalda apoyada en un árbol de raíces retorcidas. Observaba a sus compañeros de reojo, con una sensación de responsabilidad mezclada con impotencia que lo invadía. Los había guiado hasta allí, siguiendo ciegamente su intuición y esa ave de paja que le servía de brújula. Pero, ¿a dónde se dirigían? ¿Hacia qué destino incierto los llevaba?

De pronto, un leve susurro entre los matorrales llamó su atención. Se enderezó, con todos sus sentidos alerta, escudriñando la densa sombra del bosque.

"¿Qué pasa?", susurró el chico con la cicatriz, alzando la cabeza con inquietud.

« Shh... he oído algo, » murmuró Kayo, con el dedo en los labios.

El susurro se volvió más definido, acercándose. Un escalofrío glacial recorrió la espalda de Kayo. Se levantó, su pájaro de paja apretado en su mano húmeda, listo para enfrentar la amenaza, sea cual fuere.

Los niños se agruparon, sus ojos dilatados por el miedo, escudriñando la maleza con creciente aprensión. El susurro se convirtió en un crujido de hojas, luego en un crujido de ramas secas. Una figura oscura e indefinida se perfiló en la penumbra de la vegetación.

Un grito ahogado escapó de los labios de la niña. El chico con la cicatriz se levantó de un salto, tomando una piedra afilada del suelo, listo para defenderse. Kayo, con el corazón latiendo con fuerza, blandió su pájaro de paja como un talismán protector, aunque el objeto frágil no podía repeler ninguna amenaza real.

La silueta se deslizó lentamente desde la espesura de la maleza, dejando al descubierto a una joven mujer de figura esbelta y delicada. Vestía un sencillo vestido de algodón gastado, sus pies descalzos pisando el polvoriento suelo con una naturalidad asombrosa. Su rostro, enmarcado por trenzas finas, mostraba un profundo cansancio, pero sus ojos oscuros brillaban con una luz cálida y acogedora.

Un suspiro de alivio colectivo recorrió al grupo. No era un soldado, ni un animal salvaje, sino una simple mujer.

"No teman," susurró con una voz suave y melodiosa, alzando las manos en señal de paz. "No les deseo ningún daño."

La tensión palpable que había envuelto al grupo se disipó lentamente. Los niños bajaron la guardia, sus rostros contraídos por el miedo se relajaron paulatinamente.

"¿Quién eres?", se atrevió a preguntar Kayo, su mirada clavada en el rostro de la desconocida con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

"Me llamo Abeni", respondió la joven con una sonrisa tímida. "Vivo en un pueblo no muy lejos de aquí."

"¿Qué haces aquí, sola?", preguntó el muchacho de la cicatriz, con una cautela instintiva en su voz.

Una sombra de tristeza velaba la mirada de Abeni. "Busco... buscaba plantas medicinales", susurró, inclinando la cabeza. "Mi hijo está enfermo, y..."

Se detuvo en seco, un sollozo le apretaba la garganta. Los niños intercambiaron miradas compasiva. No necesitaban saber más para comprender la angustia de la joven. La enfermedad, al igual que la guerra, era una plaga que golpeaba sin miramientos, sin importar la edad o el estatus.

Kayo, conmovido por la angustia de Abeni, sintió una oleada de compasión hacia ella. Su mente se dirigió a su propia madre, a su ternura y bondad. La imaginó con precisión, atendiendo a los enfermos y confortando a los afligidos.

"¿Qué plantas buscan?", preguntó con un inesperado arranque de generosidad. "Quizás podamos ayudarles a encontrarlas."

Abeni alzó la cabeza, sorprendida por la oferta espontánea del niño. Sus ojos se posaron en el grupo de infantes, deteniéndose en sus rostros marcados por el cansancio y el hambre.

« ¿Tú... tú harías eso por mí? », susurró, la voz ahogada por la emoción. « Pero... eres tan joven... tan frágil... »

"No somos tan frágiles", replicó el chico con la cicatriz, esbozando una sonrisa melancólica. "La vida nos ha enseñado a ser fuertes."

Abeni los observó por un momento, una amalgama de melancolía y agradecimiento brillando en sus oscuros ojos. Parecía vacilar, dividida entre la esperanza que les ofrecía la ayuda de los niños y el temor de ponerlos en peligro.

"Simplemente díganme qué plantas buscan," insistió Kayo, extendiendo su pajarito de paja hacia Abeni como si ofreciera una muestra de su compromiso. "Haremos todo lo posible para ayudarles."

Conmovida por la sinceridad del jovencito, Abeni finalmente cedió. Una tenue sonrisa iluminó su rostro cansado, como si una chispa de esperanza volviera a encenderse en su corazón. "Es muy generoso de tu parte", susurró. "La planta que busco es rara y difícil de encontrar. Crece en lugares húmedos, protegidos de la luz..."

Ella describió con exactitud la apariencia de la planta: sus hojas dentadas, sus flores de un morado intenso, su aroma penetrante e inconfundible. Los niños la escuchaban con atención, grabando cada detalle en su memoria. No tenían ningún conocimiento de herbología, pero su deseo de ayudar a Abeni era más fuerte que su ignorancia.

"La encontraremos", afirmó Kayo con una convicción conmovedora. "¿No es así?"

Los demás niños asistieron con entusiasmo, sus cabezitas moviéndose en señal de aprobación. La idea de una búsqueda, una misión por completar, les devolvía un atisbo de propósito, de motivación en el mundo caótico que les rodeaba.

Guiados por Abeni, quien conocía el bosque como la palma de su mano, los niños emprendieron la marcha, adentrándose cada vez más en el laberíntico tejido vegetal. El aire se tornó más fresco, más húmedo, impregnado de los aromas embriagadores de las flores silvestres y la tierra húmeda. El sol, ocultado por la espesa copa de los árboles, luchaba por penetrar la penumbra que lo envolvía.

Caminaron junto a un arroyo sinuoso, sus aguas cristalinas serpenteando entre rocas cubiertas de musgo, el susurro apacible de su corriente entremezclándose con el canto melodioso de las aves tropicales. Kayo, con la mirada fija en el suelo, examinaba cada planta, cada mata de hierba, esperando descubrir la preciada flor violeta.

"¡Mira!" exclamó de pronto la niña, su voz aguda resonando en el silencio del bosque.

Señaló con el dedo un grupo de hojas dentadas de un verde oscuro, que brotaban a la sombra de una roca imponente. En el corazón de la vegetación exuberante, una flor solitaria de un violeta profundo florecía, desplegando sus pétalos delicados como para saludar al sol tímido que se filtraba a través del follaje.

"¡Es ella!", exclamó Abeni, una chispa de felicidad iluminando su rostro cansado.

Se acercó a la planta con cautela, como si se tratara de un tesoro invaluable, e inclinándose, la observó con detenimiento. Sus dedos finos acariciaron las suaves hojas, mientras sus ojos brillaban con una gratitud infinita.

"Gracias", susurró ella mientras se incorporaba, dirigiéndose a los niños con una emoción palpable. "Me han hecho un favor enorme".

La sensación de satisfacción que inundaba a Kayo y sus compañeros era indescriptible. Habían logrado algo útil, algo tangible. Por primera vez en mucho tiempo, ya no eran solo víctimas impotentes, juguetes rotos que la guerra había dejado abandonados a la vera del camino. Habían recuperado un atisbo de poder, un ápice de dignidad en un mundo que les había despojado de todo.

La fresca sombra del bosque ofrecía un respiro reconfortante del sol abrasador. Abeni, arrodillada junto a la planta salvadora, recogía con delicadeza sus flores violetas, susurrando palabras de agradecimiento en una lengua que Kayo no comprendía.

La niña, con una curiosidad innata, se acercó tímidamente. "Qué es lo que dicen?", preguntó, señalando la planta con un gesto vacilante.

Abeni sonrió con gentileza. "Agradezco a la floresta por su regalo invaluable", explicó mientras colocaba con cuidado las flores en una bolsa de tela que colgaba de su cintura. "Esta planta es un obsequio de la naturaleza, una fuente de sanación y esperanza."

Kayo, sentado a cierta distancia, contemplaba la escena con una mezcla de admiración e incomprensión. ¿Cómo se podía agradecer a un bosque, un conglomerado de árboles y plantas, por una simple flor? Para él, la naturaleza era un lugar hostil, impredecible, fuente de peligros tanto como de maravillas.

Se levantó y se acercó a Abeni, con su pájaro de paja apretado contra su pecho. "Esta planta... ¿curará a tu hijo?", preguntó, su voz llena de una preocupación genuina.

Abeni lo miró con ternura maternal. « Lo espero con todo mi corazón, » respondió ella, poniendo una mano suave sobre la cabeza de Kayo. « Es la única oportunidad que le queda.

Un silencio denso se cernió sobre el grupo. Los niños, conscientes de la gravedad de la situación, no encontraban palabras para expresar su compasión. Sabían que la enfermedad, al igual que la guerra, era un enemigo formidable, capaz de atacar sin previo aviso y arrebatar a sus seres queridos a quienes más amaban en el mundo.

"Deberíamos partir", proclamó Abeni de pronto, levantándose con un movimiento ágil. "Cuanto antes llegue al pueblo, antes podré atender a mi pequeño."

Los niños asintieron en silencio y reanudaron su marcha, siguiendo a Abeni por la maraña vegetal. El sol, declinando hacia el horizonte, proyectaba sombras largas y cambiantes sobre el suelo húmedo. El aire fresco del bosque estaba impregnado del aroma de la tierra húmeda y el perfume embriagador de las flores silvestres.

Mientras avanzaban por un sotobosque tupido, un sonido peculiar llegó a sus oídos: un canto lejano, melancólico y cautivador, que parecía susurrar en el aire inmóvil.

Kayo se detuvo, atento, el corazón latiéndole con fuerza. Era un canto de belleza inquietante, triste y bello a la vez, como una llamada proveniente de otro mundo.

« ¿Qué es eso? » susurró la niña, con su mano delicada aferrada al brazo de Kayo.

Abeni se quedó inmóvil, su rostro contorsionado por una emoción indescifrable. "Son... niños", susurró con voz apenas perceptible.

"¿Niños?", repitió el chico con la cicatriz, sus ojos abiertos como platos por la incredulidad. "¿Qué hacen aquí?"

Abeni no respondió. Se limitó a hacer un gesto a los niños para que la siguieran, adentrándose con cautela renovada en un sendero angosto que serpenteaba a través de la vegetación exuberante.

El canto se volvió más definido a medida que avanzaban, revelando una melodía cautivadora, impregnada de una tristeza inenarrable. Kayo, intrigado y preocupado al mismo tiempo, abrazó su pájaro de paja con fuerza, como buscando consuelo.

El sendero desembocó en un claro bañado por una luz dorada. En el centro del claro, una fogata crepitaba alegremente, proyectando sombras danzantes sobre los imponentes troncos de los árboles que rodeaban el lugar como un recinto protector.

Alrededor del fuego, sentados en círculo, una decena de niños, de cinco a diez años, entonaban una canción a coro, sus voces cristalinas ascendiendo en la suave calidez del atardecer.

Sus ropas estaban desgastadas, sus rostros marcados por la fatiga y el hambre, pero sus ojos brillaban con una luz extraña, una mezcla de tristeza y una fuerza indomable, como si hubieran presenciado más sufrimientos y maravillas de las que la vida podía ofrecer.

Kayo, conmovido por la escena, se detuvo en seco, sin aliento. Esos niños, perdidos en el corazón del bosque, tenían algo familiar, algo inquietante. Sus cantos melancólicos, sus rostros marcados por la vida, despertaban en él un dolor sordo, una compasión indescriptible.

El canto cesó abruptamente, como si una mano invisible lo hubiera silenciado. Los niños alrededor del fuego se volvieron hacia los recién llegados, sus miradas inquisitivas y cautelosas escudriñando cada rasgo de su aspecto.

Kayo, atemorizado por el silencio repentino y la intensidad de sus miradas, apretó el pájaro de paja contra su pecho, buscando un consuelo ilusorio en la textura áspera de la paja trenzada. Se sentía extrañamente vulnerable, expuesto en el corazón de esa arboleda secreta, como una presa entregada a la curiosidad de una jauría de niños salvajes.

Abeni, rompiendo el silencio que se cernía sobre ellos, avanzó con un paso vacilante. "Buenas noches," saludó con voz suave, alzando las manos en señal de paz. "No teman, somos viajeros perdidos. Solo buscamos un refugio para pasar la noche."

Una niña con una mirada seria, sentada junto al fuego, se levantó con un gesto elegante. Su vestido de algodón azul, desgastado por el tiempo y las inclemencias del clima, ondeaba alrededor de sus piernas delgadas como un halo de melancolía. "¿Quién eres?", preguntó con una voz sorprendentemente serena para su corta edad. "¿De dónde vienes?".

Abeni dudó por un momento, ponderando la prudencia de confiarles la verdad. ¿Podría confiar en esos niños, ellos mismos marcados por la brutalidad del mundo? Su instinto de supervivencia, su feroz solidaridad, le inspiraban una mezcla de temor y esperanza.

"Hemos recorrido un largo camino", respondió al fin, escogiendo sus palabras con cuidado. "La guerra... La guerra nos arrebató nuestros hogares, nuestras familias. Vagamos desde hace semanas, buscando refugio, un lugar seguro."

Un susurro de comprensión recorrió la asamblea. Los niños intercambiaron miradas elocuentes, sus ojos reflejando un dolor ancestral, una familiaridad inquietante con los estragos de la guerra.

"No están solos", susurró un chico de rostro delgado, abrazando con fuerza una toscamente tallada muñeca de madera. "La guerra... se llevó a nuestros padres, nuestros hermanos, nuestras hermanas. Nosotros también estamos solos en el mundo."

Un silencio denso se apoderó del claro, como si las palabras del niño hubieran vuelto a abrir una herida abierta, reviviendo el dolor crudo de la pérdida, la soledad inenarrable de los niños abandonados.

Una ola de tristeza inundó a Kayo. Esos niños, cantando con tanta melancolía, eran el reflejo de su propia historia. La guerra, ese monstruo insaciable, los había unido a todos en el dolor de la pérdida y la fragilidad del abandono. Aferró su pájaro de paja con más fuerza, como para conjurar la desesperación que amenazaba con tragárselo.

Abeni, con el rostro marcado por una compasión infinita, se aproximó al grupo de niños. Su voz, suave y reconfortante, rompió el silencio como una caricia. "No queremos molestarles", dijo con sinceridad. "Hemos viajado durante mucho tiempo, y solo buscamos un lugar donde descansar antes de continuar nuestro camino."

Un chico, mayor que los demás, se levantó y se acercó a ellos. Su mirada, de una madurez asombrosa para su corta edad, se posó en Abeni con un brillo de desafío. "¿Quién eres?", preguntó, su voz áspera delatando años de sufrimiento reprimido. "¿Qué quieres de nosotros?"

Abeni, comprendiendo la aprensión del muchacho, respondió con dulzura: "Me llamo Abeni, y estos son niños que encontré en mi camino. Huimos de la guerra, al igual que ustedes." Señaló a Kayo y a sus acompañantes con un gesto de su mano. "No les



deseamos ningún mal. Solo buscamos refugio para pasar la noche, y quizás un poco de compañía."

El chico escudriñó sus rostros, buscando un indicio de malicia, una huella de falsedad. Pero sólo encontró cansancio, miedo y un tenue resplandor de esperanza, similar al suyo. Tras un silencio que pareció una eternidad, asintió con la cabeza, una triste sonrisa iluminando su rostro demacrado. "Son bienvenidos entre nosotros", dijo señalando el espacio vacío alrededor del fuego. "Siéntense, caliéntense. La comida estará lista en breve".

Kayo y sus compañeros se acercaron al fuego con cautela, conscientes del honor que se les otorgaba. Se acomodaron entre los niños de la pradera, buscando calor y consuelo en la cercanía recién descubierta, sus cuerpos unidos en un abrazo silencioso.

Una jovencita, con los ojos llenos de curiosidad, se acercó a Kayo. "¿Qué es eso?", preguntó señalando con un dedo el pájaro de paja que Kayo sostenía con fuerza contra su pecho.

Kayo vaciló por un momento, inseguro de cómo su explicación sería recibida. "Es... es mi amuleto de la suerte", respondió finalmente, desviando la mirada.

"¿Tu amuleto de la suerte?", repitió la niña, una sonrisa divertida iluminando su rostro. "No parece gran cosa."

Kayo sintió un escalofrío de ira recorrer su cuerpo. "Es un regalo", replicó, acurrucando al pájaro contra su pecho. "Un regalo muypreciado."

La niña, al percibir la angustia del niño, se ablandó. "Lo siento", susurró, avergonzada, bajando la mirada. "No quise ofenderte."

Kayo, apaciguado por las disculpas de la niña, le dirigió una sonrisa tímida. "No pasa nada", susurró.

El chico mayor, que parecía liderar el grupo, se acercó a ellos con un recipiente de madera lleno de una humeante sopa. "Vengan a comer", les dijo, ofreciéndole un cuenco a Kayo. "Deben estar hambrientos".

Kayo tomó el cuenco con gratitud y llevó la cuchara a sus labios. La sopa, hecha con raíces y hierbas silvestres, era sencilla, pero tenía el sabor del consuelo y la esperanza. Alrededor del fuego, los niños comían en silencio, saboreando cada bocado como un festín.

A medida que la noche se extendía, la atmósfera se relajó. Los niños de la pradera, inicialmente celosos, se habían abierto a sus visitantes. Habían compartido su escaso

alimento, sus mantas y, sobre todo, sus historias. Historias tejidas con violencia, pérdida y terror, pero también con valor, resiliencia y esperanza.

Kayo, mecido por el calor del fuego y las voces tranquilizadoras de los niños, cerró los ojos, dejándose llevar por el sueño. Por primera vez desde el inicio de su pesadilla, se sentía seguro, rodeado de esta nueva tribu unida por el dolor y la esperanza. Mañana, retomarían su camino, ajenos al destino que les aguardaba. Pero por ahora, el presente bastaba, con sus destellos de calor humano y solidaridad en un mundo sumido en el caos.

## Capítulo 6: El Vuelo del Ave

El sol apenas asomaba en el horizonte, tiñendo el cielo con un resplandor anaranjado, cuando Kayo despertó de su sueño. Abrió los ojos, aún empapados por la suavidad de la noche, y miró a su alrededor. La pradera, inundada por una luz suave e irreal, parecía flotar en un silencio extraño. Sólo el crujido de la madera calcinada en el hogar apagado rompía la quietud del ambiente.

Se incorporó lentamente, sintiendo la rigidez de su cuerpo dolorido por el viaje y el suelo áspero. Su mirada se posó en los niños de la claro, acurrucados unos contra otros como un nido de plumas tostadas por el sol. La respiración tranquila y constante de cada uno era prueba de un sueño plácido, un sueño que él envidiaba.

Kayo llevó la mano a su pájaro de paja, que aún apretaba con fuerza contra su pecho. La textura áspera de la paja trenzada le proporcionaba un reconfort familiar, un vínculo tangible con la esperanza frágil que lo animaba. Acarició con la punta de los dedos las alas endebles, imaginando por un instante que el pájaro se elevaba en vuelo, surcando los aires con gracia y ligereza, para guiarlo hacia un futuro mejor.

Un leve gemido, proveniente de lo profundo del claro, lo sacó de su ensoñación. Giró la cabeza en dirección al sonido y divisó a Abeni, arrodillada junto a un montón de toscas mantas. Su rostro, iluminado por la tenue luz del amanecer, reflejaba preocupación y cansancio.

Kayo se levantó en silencio y se acercó a ella, sus pies descalzos hundidos en la tierra húmeda. Se detuvo a pocos pasos, vacilante en romper el silencio denso que los envolvía. Adivinó, por la expresión adolorida de Abeni, que algo andaba mal.

"¿Abeni?", susurró, su voz apenas perceptible. "¿Qué te ocurre?"

Abeni se sobresaltó levemente al oír la voz de Kayo. Giró la cabeza hacia él, sus ojos enrojecidos delatando una noche sin descanso. "Kayo", susurró, con la voz áspera. "¿Ya estás despierto?"

Kayo asintió con la cabeza, acercándose un poco más. Se arrodilló junto a ella, su mirada fija en la figura inmóvil que yacía bajo las sábanas. Entonces comprendió, con un nudo en el estómago, que el débil gemido que había escuchado no era un sonido de despertar, sino un grito de dolor reprimido.

"Es mi hijo," susurró Abeni, su voz quebrada por la emoción. "No se encuentra bien. Ha pasado una noche terriblemente difícil."

Kayo observó a Abeni, impotente ante su desesperación. No sabía qué decir, qué hacer para aliviarla. Era solo un niño, él mismo enfrentado a lo indescriptible, pero comprendía el dolor de la pérdida, el miedo de ver extinguirse una vida valiosa.

"La necesita," repitió Abeni, su voz cargada de una esperanza desesperada. "La planta que buscamos. Es su única oportunidad."

Kayo se irguió, una sensación de urgencia lo invadió. Se volvió hacia los niños en el claro, todavía dormidos, ajenos al drama que se desarrollaba a su lado. Tenía que actuar, despertarlos, alertarlos.

"Yo los ayudaré," dijo con determinación, su voz más segura de lo que él mismo creía. "Encontraremos esa planta, Abeni. Te lo prometo."

Un escalofrío recorrió el delgado cuerpo de Kayo mientras la gravedad de la situación se abatía sobre él. La promesa que acababa de hacer a Abeni resonaba en su mente como un juramento sagrado, un compromiso con la vida, con la esperanza. Se giró hacia los niños del bosque, sus rostros serenos contrastando con la sensación de urgencia que lo carcomía.

Se acercó a un chico cuyo rostro mostraba una cicatriz profunda, un testimonio brutal de la violencia que todos habían sufrido. Kayo vaciló un momento, dividido entre el miedo de despertarlos y la urgencia de actuar con rapidez.

"Despierta", susurró, colocando una mano vacilante sobre el hombro del chico. "Por favor, despierta."

El chico se giró, gruñendo levemente, con sus pesados párpados luchando por abrirse. Una mirada vacía y confusa recibió a Kayo, quien sintió que su corazón se apretaba ante la frágil inocencia que se reflejaba en sus ojos.

"¿Qué pasa?", murmuró el chico con voz pastosa, con los ojos todavía adormilados. "¿Por qué me despiertas?"

"Es crucial," insistió Kayo, su corazón latiendo con fuerza. "Tenemos que ayudar a Abeni. Su hijo está enfermo, muy enfermo."

La confusión en los ojos del chico se disipó, dando paso a un atisbo de comprensión. Se irguió lentamente, sus ojos se posaron sobre Abeni, postrada junto a su hijo. La seriedad de la situación pareció golpearlo con fuerza, borrando los últimos vestigios de sueño.

"¿Qué podemos hacer?", preguntó, su voz áspera revelando una mezcla de inquietud y resignación. "Ya lo hemos intentado todo."

"Abeni dijo que necesitaba una planta", explicó Kayo, aferrándose a esa tenue esperanza. "Una planta rara, que crece en el bosque. Tenemos que ayudarlo a encontrarla."

El chico se puso de pie, seguido de cerca por otros niños que habían despertado, intrigados por la conversación. En poco tiempo, un pequeño grupo se congregó alrededor de Kayo, sus miradas inquisitivas posándose sobre él.

Kayo respiró hondo, sintiendo una responsabilidad repentina sobre sus pequeños hombros. Tenía solo cinco años, pero la guerra lo había obligado a madurar demasiado rápido, a asumir un papel que nunca debió ser suyo.

"¿Quién sabe dónde encontrar esta planta?", preguntó, recorriendo con la mirada los rostros de los niños del bosque. "Abeni está desesperada. Tenemos que ayudarla a salvar a su hijo."

Un silencio denso se apoderó del grupo, cargado de dudas e incertidumbre. Los niños intercambiaron miradas furtivas, sus expresiones fluctuando entre la compasión y la impotencia.

"Es una planta que crece en las montañas", susurró finalmente una joven, sus ojos grandes y oscuros fijos en el suelo. "Mi abuela me hablaba de ella cuando era niña. Decía que tenía el poder de curar las enfermedades más severas."

Una oleada de esperanza recorrió el cuerpo de Kayo. "Tú conoces el camino, ¿verdad?", preguntó con vehemencia. "¿Puedes llevarnos allí?"

La joven dudó un instante, su mirada se extravió en el horizonte, como si reviviera recuerdos dolorosos. "Es un lugar peligroso", susurró, su voz apenas perceptible. "Muchos se han perdido allí, jamás han regresado".

"No hay otra opción," insistió Kayo, con una determinación que brillaba en sus ojos. "Tenemos que intentarlo. Por el hijo de Abeni."

El chico con la cicatriz se acercó, su mirada severa contrastando con la dulzura de sus palabras. "Te ayudaremos, Kayo", dijo colocando una mano reconfortante sobre su hombro. "Encontraremos esa planta. Juntos."

Un susurro recorrió el grupo de niños, una mezcla de inquietud y determinación. El sol, ahora más alto en el cielo, se filtraba a través de la espesura de los árboles, pintando manchas movedizas en el suelo del claro. La urgencia de la situación se impuso a todos: el estado del hijo de Abeni no podía esperar.

Abeni, con el rostro marcado por la angustia, observó cómo los niños se congregaban a su alrededor. Aferró a su pequeño hijo febril, buscando en la mirada de Kayo un rayo de esperanza al que aferrarse. Su voz, cuando se dirigió a la pequeña tropa, estaba teñida de

una gratitud desgarradora. "Que los espíritus del bosque los guíen y los protejan", susurró, los ojos empañados por las lágrimas.

La niña que había hablado de la planta, una frágil figura llamada Aïssa, tomó la delantera del grupo. Caminaba con paso firme, su rostro juvenil congelado en una expresión seria, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros.

Kayo caminaba justo detrás de ella, aferrando su pájaro de paja como un talismán. Observaba a Aïssa avanzar por ese laberinto vegetal, su pequeño cuerpo deslizándose con una destreza desconcertante entre las lianas y las raíces nudosas. Le fascinaba su seguridad, esa familiaridad con un entorno que a él le inspiraba tanto miedo como fascinación.

El bosque se hacía más denso a medida que avanzaban, la luz del sol luchando por atravesar la espesa copa de los árboles. El canto de aves desconocidas resonaba a su alrededor, una melodía extraña y cautivadora que acompañaba su viaje. El aire era pesado, saturado de humedad y del aroma embriagador de las flores silvestres.

Kayo sentía su corazón latir con más fuerza, una mezcla de emoción y aprensión lo inundaba. Escudriñaba el entorno, atento al más leve ruido sospechoso, a la más mínima silueta amenazante. La selva, refugio para algunos, podía transformarse en una trampa mortal para quienes osaran adentrarse en ella sin precaución.

"Ya casi llegamos", anunció Aïssa deteniéndose de golpe. Señaló con un dedo una abertura en la vegetación, bañada por una luz irreal. "La planta crece allí, cerca de la cascada."

Kayo siguió su mirada y sintió un escalofrío recorrerle la espalda. La cascada, un auténtico velo de agua plateada que se precipitaba desde lo alto de un acantilado escarpado, emanaba un aura de misterio y poder. Alrededor de la poza de agua cristalina que se extendía a sus pies, una vegetación exuberante florecía, aprovechando la humedad del ambiente.

"¿Ves esa flor?" Aïssa señaló una planta con pétalos de un azul profundo, casi irreal, que contrastaban con el verde oscuro de la vegetación. "Esa es la que necesitamos. Pero cuidado," añadió frunciendo el ceño, "no hay que tocarla con las manos. Su savia es tóxica."

Un silencio cauteloso recibió sus palabras. Kayo, a pesar de su corta edad, comprendió la advertencia implícita. La selva, fuente de vida y belleza, también ocultaba peligros invisibles, trampas tendidas a los incautos. Aferró a su pájaro de paja contra su pecho, como buscando consuelo, y observó a los otros niños.

El chico de la cicatriz, sin vacilar, tomó la delantera del grupo. Se acercó a la cascada con una seguridad desconcertante, su mirada explorando cada recoveco, cada grieta de la roca húmeda. Los demás niños le seguían de cerca, formando una cadena humana vacilante sobre las rocas resbaladizas.

Kayo, en el centro del grupo, se sentía dividido entre el deseo de retroceder y la determinación que brillaba en los ojos de Aïssa. La niña, con el rostro serio, parecía guiada por una fuerza invisible, una misión que solo ella comprendía en su totalidad.

Alcanzando la planta, formaron un círculo silencioso. La flor, de un azul profundo casi irreal, parecía brillar con una luz sobrenatural bajo las gotitas de agua de la cascada. Sus pétalos, de una finura translúcida, dejaban entrever nervaduras de un plateado luminescente. El aroma que emanaba era hipnótico, una mezcla embriagadora de miel salvaje y especias desconocidas.

Kayo se percató de que la belleza de la flor no despertaba admiración en los demás niños. Por el contrario, sus rostros reflejaban una mezcla de temor y reverencia, como si se encontraran ante una criatura sagrada y peligrosa al mismo tiempo.

"Necesitamos un cuchillo", dijo el chico con la cicatriz, su voz sin revelar ninguna emoción. "Y algo para transportarla sin tocarla".

Uno de los niños tendió un cuchillo oxidado, su mango envuelto en un trozo de cuero gastado. Otro depositó con cuidado una amplia hoja de plátano a los pies de la planta.

El chico de la cicatriz se arrodilló con cautela, sus ojos fijos en la flor de un azul intenso. Con un movimiento preciso, cortó el tallo en la base, procurando no tocarlo con sus dedos. La flor se tambaleó levemente, como si acabara de perder una parte de sí misma, y luego se enderezó con orgullo, desafiando al mundo con su belleza frágil.

Kayo observaba la escena, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Tenía la sensación de presenciar un ritual ancestral, transmitido de generación en generación, donde la línea divisoria entre lo real y lo mágico se desvanecía. La selva, testigo silencioso de sus mínimos movimientos, parecía contener la respiración, como si ella misma calibrara la importancia de lo que se estaba desarrollando bajo su espesa fronda.

El chico de la cicatriz se enderezó con lentitud, sujetando con delicadeza la hoja de plátano cerrada sobre la flor azul. Sus movimientos, de una economía y precisión asombrosas, delataban un conocimiento innato de la naturaleza, un respeto profundo por sus misterios y sus amenazas.

El regreso a la claro fue silencioso, cada uno pareciendo absorbido por sus propios pensamientos, acosado por la incertidumbre del futuro. Kayo caminaba junto a Aïssa, observando el juego de sombras y luces que bailaba sobre su rostro juvenil. Quería

agradecerle, decirle cuánto admiraba su valentía y su determinación, pero las palabras se agolpaban en su garganta, incapaces de cruzar la barrera de sus labios.

Se limitó a sonreírle tímidamente, una sonrisa que la niña le devolvió con una conmovedora seriedad. Su complicidad, nacida en la urgencia y el miedo, se alimentaba ahora de una frágil esperanza, una luz parpadeante en la oscuridad de su destino.

De vuelta en el claro, la atmósfera era densa, impregnada de una ansiedad palpable. Abeni, sentada junto al fuego reavivado, abrazaba a su hijo contra ella, como si quisiera transmitirle su propia fuerza vital. Su mirada, al divisar al grupo de niños regresar con la flor azul, se encendió con una esperanza desesperada, una súplica muda dirigida a esas jóvenes almas marcadas por la tragedia.

El chico de la cicatriz se acercó a ella con cautela, depositando la hoja de plátano a sus pies. Explicó, con una economía de palabras que contrastaba con la gravedad de la situación, cómo preparar la flor, qué precauciones tomar para evitar cualquier contacto con su savia tóxica. Sus palabras eran claras, precisas, desprovistas de cualquier emoción aparente, y sin embargo, Kayo intuía en él una profunda compasión, una empatía nacida de la sufrimiento compartido.

Abeni escuchó con atención, su rostro marcado por la inquietud, pero sus ojos no se despegaban de la flor azul, como si en ella viera la promesa de una sanación milagrosa, la posibilidad de escapar al destino trágico que la acechaba. Tomó la hoja de banano con gestos lentos, casi sagrados, y se retiró a un rincón del claro, a cubierto de las miradas.

Kayo la siguió con la mirada, el corazón apretado en su pecho. No podía hacer nada más que esperar, rezar para que esa flor milagrosa cumpliera sus promesas, para que la magia del bosque actuara, una vez más, para conjurar el mal y traer alivio a las almas afligidas.

La sombra de los árboles se extendía sobre el claro, tiñendo la tierra rojiza con un penumbra inquietante. El fuego, alimentado con frugalidad por los niños, proyectaba sombras danzantes sobre sus rostros, acentuando los rasgos marcados por el hambre y el cansancio. El silencio, denso y opresivo, solo era interrumpido por el crepitar de las llamas y el susurro lejano de la cascada.

Kayo, sentado en la periferia del grupo, observaba la escena con un nudo en la garganta. Sentía la angustia de Abeni como una ola glacial que inundaba el espacio, sofocando los más tenues destellos de esperanza. El destino del niño enfermo parecía pendular en un hilo, balanceándose entre la vida y la muerte en una lucha silenciosa e implacable.

Desde el regreso de Abeni a la arboleda, las horas se habían extendido con la lentitud de una noche sin luna. La joven mujer, recluida en un silencio acosado por la inquietud, había preparado con una precisión casi sagrada la decocción a base de la flor azul. Cada



movimiento, medido y delicado, delataba la inmensa esperanza que depositaba en ese remedio frágil, única arma contra el mal que carcomía a su hijo.

Kayo la había visto administrar la poción con una ternura infinita, depositando gota a gota el líquido ámbar sobre los labios resecaos del niño. Él había percibido en su mirada una mezcla de esperanza y terror, el miedo a que ese gesto desesperado fuera la victoria o la muerte.

Ahora, la espera se hacía insoportable. El niño, tendido sobre un lecho de hojas secas, parecía sumirse en un sueño febril, su pequeño cuerpo sacudido por temblores incontrolables. Abeni, postrada a su lado, no apartaba la mirada de él, buscando en su respiración entrecortada la más mínima señal de mejoría.

Kayo, incapaz de soportar más el silencio sofocante, se levantó y se acercó al chico de la cicatriz, quien atraía las llamas con un palo carbonizado.

"¿Podemos hacer algo?" La pregunta de Kayo fue apenas un susurro, escapando de sus labios como un aliento vacilante.

El chico con la cicatriz le miró, una expresión indescifrable en sus ojos. "¿Cómo qué?", preguntó.

Kayo apretó su pájaro de paja contra su pecho, buscando las palabras adecuadas, aquellas que pudieran aliviar la angustia que lo carcomía. "No sé, ¿cantar una canción? ¿Contar una historia? Mi madre, cuando yo estaba enfermo, siempre cantaba..."

Una sonrisa melancólica rozó los labios del chico con la cicatriz. "Tu madre se fue, hermanito. Aquí, las canciones ya no curan a nadie."

Kayo bajó la mirada, el corazón oprimido por una tristeza familiar. Sabía que el chico tenía razón, que la muerte era una huésped demasiado frecuente en su mundo, una sombra amenazante que se cernía sobre cada instante robado a la guerra. Y sin embargo, no podía resignarse a aceptar esa impotencia.

Fijó la mirada nuevamente en el chico con la cicatriz, una chispa de desafío en sus ojos. "Y si lo intentáramos de todos modos? Por ella, por Abeni. Al menos podemos intentar."

El chico de la cicatriz lo observó fijamente durante un largo rato, como si intentara desentrañar el misterio de su férrea determinación. A su alrededor, los demás niños habían enmudecido, sus miradas revoloteando entre Kayo y el chico de la cicatriz. La atmósfera, densa y silenciosa, parecía vibrar con una tensión palpable.

"¿Qué quieres cantar, hermanito?", preguntó finalmente el chico de la cicatriz, con una voz áspera que revelaba un toque de diversión.

Kayo se incorporó, orgulloso de aquella victoria inesperada. Cerró los ojos, buscando en su memoria una melodía familiar, una nana que su madre le cantaba para ahuyentar las pesadillas. Una canción dulce y melancólica, que hablaba de pájaros multicolores, de flores perfumadas y de ríos que cantaban. Una canción que contaba un mundo donde la guerra no existía, un mundo donde la esperanza brillaba como un sol eterno.

Y mientras su voz tenue se alzaba en la noche, apenas superando el crepitar de las llamas, Kayo sintió que algo cambiaba a su alrededor. Los rostros crispados de los niños parecían relajarse, sus miradas perdidas en la lejanía, como si ellos también viajaran hacia esa tierra distante donde los sufrimientos se desvanecían al ritmo de su voz.

El chico de la cicatriz, con los ojos cerrados, se dejaba mecer por la melodía, una expresión de tranquilidad adornaba su rostro demacrado. Alrededor del fuego, las sombras bailaban al compás de la canción, como si ellas también se vieran tocadas por la magia de ese instante suspendido en el tiempo.

Y por un instante, un fugaz instante robado a la oscuridad del mundo, la pradera se convirtió en un oasis de paz, un refugio frágil donde la esperanza resurgía de sus cenizas, impulsada por la voz de un niño que cantaba para conjurar la muerte.

La melodía frágil, tejida con recuerdos y esperanza, se mantuvo flotando durante un buen rato en el aire quieto del claro. Cuando Kayo bajó la mirada, una lágrima recorrió su mejilla sin que él lo notara, un silencio respetuoso había sustituido los crujidos del fuego y los susurros de inquietud.

Los ojos de los niños, fijos en él, reflejaban un brillo nuevo, una chispa frágil en la monotonía de su día a día. El chico de la cicatriz, con el rostro relajado, dejó escapar un suspiro que sonaba como un agradecimiento.

"Tu madre... cantaba muy bien", susurró, rompiendo el silencio con una voz suave, inusual en él.

Kayo asintió con la cabeza, incapaz de hablar, la garganta apretada por la emoción. Sabía que su canción era solo una gota en el océano de su dolor, pero por un instante, sintió que había aliviado el peso invisible que cargaban sobre sus hombros de niños demasiado pronto convertidos en adultos.

Un movimiento cerca del fuego captó su atención. Abeni, con el rostro pálido iluminado por una luz renovada, se inclinaba sobre su hijo. Kayo contuvo el aliento, el corazón latiéndole con fuerza, esperando cualquier señal, cualquier gesto.

Un débil gemido, casi imperceptible, escapó de los labios del niño enfermo. Abeni se irguió, los ojos muy abiertos, una mezcla de esperanza e incredulidad pintando sus rasgos demacrados.

"Se mueve", susurró, su voz apenas perceptible. "Ha tomado un poco de la poción..."

Un susurro recorrió el grupo de niños, un soplo de esperanza compartida en la oscuridad. Kayo se levantó de un salto, corriendo hacia Abeni y el niño enfermo. Se inclinó sobre el pequeño cuerpo frágil, buscando cualquier señal de vida, cualquier destello de esperanza en la penumbra.

Los ojos del niño, velados por la fiebre, se abrieron lentamente, posándose en Abeni con un brillo de reconocimiento. Una sonrisa frágil, como una promesa, iluminó su rostro demacrado.

"Mamá..."

La palabra, apenas susurrada, resonó en el claro como un grito de victoria arrancado a la noche. Abeni tomó la mano de su hijo en la suya, apretándola con una fuerza desesperada, como para evitar que volviera a caer en el limbo de la inconsciencia.

« Estoy aquí, mi amor, » susurró ella, con lágrimas corriendo por sus mejillas sin intentar detenerlas. « Todo va a estar bien ahora. Vas a mejorar.

Kayo observaba la escena, con el corazón rebosante de una alegría teñida de melancolía. Sabía que la batalla no estaba ganada, que el peligro acechaba constantemente en este mundo desgarrado por la violencia. Pero por el momento, la esperanza había encontrado su lugar alrededor del fuego, frágil como una llama en el viento, pero real.

El chico con la cicatriz se acercó a él, una chispa de diversión brillando en sus ojos. "Ves, hermanito," dijo, dándole una palmada suave en el hombro. "A veces, las canciones pueden hacer maravillas."

Kayo le sonrió tímidamente, apretando su pájaro de paja contra su pecho. No comprendía del todo lo que había sucedido, pero sabía que acababa de vivir un momento singular y valioso. Un momento en el que la música, la esperanza y la solidaridad habían superado el miedo, el dolor y la muerte.

La noche se extendía todavía, el camino por recorrer salpicado de obstáculos desconocidos. Pero por ahora, Kayo se dejaba mecer por el suave calor del fuego, el corazón colmado de una gratitud infinita por estos niños que, a pesar de las cicatrices del pasado y la incertidumbre del futuro, habían logrado ofrecerle un asilo, una familia.

El sol, como un ojo rojizo agonizante, se hundía en el horizonte, cubriendo el bosque con tonalidades púrpuras y anaranjadas. Las sombras se estiraban, espectrales y amenazantes, mientras un fresco húmedo emanaba del suelo. Kayo, sentado junto al fuego reavivado, sentía el peso de la noche que se avecinaba, incierta.

Abeni, meciendo a su pequeño que ahora dormía plácidamente, le dirigió una mirada colmada de una gratitud sin límites, una mezcla de lágrimas reprimidas y una sonrisa tan frágil como el titilar de las llamas.

"Gracias, Kayo," susurró, su voz áspera delatando el cansancio y la tranquilidad. "Has salvado a mi hijo. Nunca lo olvidaré."

Kayo, avergonzado por ese reconocimiento que no creía merecer, bajó la mirada hacia su pájaro de paja. Solo había cantado, tal y como su madre lo hacía por él en el pasado. ¿Acaso eso bastaba para ser considerado un héroe?

El chico de la cicatriz, que estaba ocupado alimentando el fuego con ramas secas, se volvió hacia él, una sonrisa burlona iluminando su rostro.

"Parece que has encontrado tu camino, hermanito," dijo, con una pizca de admiración en su tono. "El canto, quizás sea esa tu arma contra la mala suerte."

Kayo encogió los hombros, inseguro de la verdadera magnitud de su acción. Sin embargo, al observar el rostro sereno de Abeni y la respiración regular del niño acurrucado contra ella, una chispa de esperanza se filtró en su corazón a pesar de sí mismo.

Alrededor del fuego, los niños del bosque, mecidos por la tranquilidad recuperada, se preparaban para pasar la noche. Algunos se agrupaban, buscando el calor del contacto humano bajo improvisadas mantas. Otros, más solitarios, se dejaban llevar por el sueño con la mirada fija en las llamas danzantes, como hipnotizados por su baile eterno.

Kayo, a pesar del cansancio que le oprimía los párpados, no encontraba el descanso. Se sentía a la vez ajeno y familiar en el seno de esa tribu de niños unidos por la tragedia y la esperanza. Su valentía, su resiliencia ante la adversidad lo fascinaban, recordándole la fortaleza que su propia madre siempre había hallado ante las pruebas.

Cuando la noche se asentó por completo, envolviendo el claro en una oscuridad salpicada de estrellas, el chico de la cicatriz se acercó a él, tendiéndole una calabaza de madera.

"Toma," susurró, con un gesto inusual de cariño en la mirada. "Bebe esto, te ayudará a dormir."

Kayo tomó la calabaza con agradecimiento, reconociendo el aroma familiar de la infusión herbal que su madre le preparaba para calmar sus angustias. Bebió un sorbo, permitiendo que la calidez del líquido se extendiera por su cuerpo adolorido.

"Gracias," susurró, la mirada perdida en las llamas. "Es muy amable."

El muchacho con la cicatriz se sentó en silencio a su lado, también fijando la mirada en el fuego que crepitaba. Transcurrió un largo instante, marcado por el canto de los grillos y el lejano ulular de un búho.

"Sabes," retomó el chico de la cicatriz, con la voz áspera y apenas perceptible, "no podemos quedarnos aquí para siempre. Seguimos al bosque, él nos guía hacia... hacia lo que debe ser."

Kayo lo miró, intrigado. "¿Dónde, 'lo que debe ser'?"

El chico con la cicatriz se encogió de hombros, una sonrisa triste iluminando su rostro. "Nadie lo sabe con certeza. Un lugar seguro, tal vez. Un lugar donde la guerra no exista."

Un silencio pensativo volvió a descender sobre ellos. Kayo, mecido por el calor del fuego y la inesperada cercanía del chico de pasado misterioso, sintió que sus párpados se tornaban pesados. La imagen de su madre, su sonrisa bondadosa y sus canciones melodiosas, flotó por un instante ante sus ojos antes de desvanecerse en la oscuridad que se extendía.

Así se durmió, arrullado por el crepitar de las llamas y la extraña y novedosa sensación de pertenecer a esa tribu de niños perdidos, unidos por el destino y la fragilidad de una esperanza tenaz. Mañana, retomarían su camino, guiados por la espesura del bosque y por ese "lo que debía ser", dejando atrás la pradera y sus sombras proyectadas, preparados para enfrentar los peligros y las incertidumbres de un mundo que no había terminado de ponerlos a prueba.

## Capítulo 7: La Tierra Más Allá de las Nubes

El sol, antaño manantial de vida y regocijo, se abatía ahora sobre Kayo como un castigo celestial. Cada rayo parecía traspasarlo, abrasando su piel ya resquebrajada por la sed. La selva, otrora protectora y familiar, se había metamorfoseado en un laberinto hostil, cada árbol asemejándose a un gigante amenazante, cada susurro de hojas al aliento áspero de una bestia acechante en la penumbra.

La esperanza, esa llama vacilante que había logrado reavivar en su interior tras la recuperación del hijo de Abeni, se había ido apagando lentamente, dejando paso a una fatiga inmensa, un agotamiento que carcomía su cuerpo frágil y su espíritu infantil.

Apretaba contra sí su pájaro de paja, único vestigio palpable de un pasado que ya parecía pertenecer a otra vida. La paja, amarillenta y deshilachada, conservaba aún la huella de sus pequeñas manos, el fugaz recuerdo del reconfortante aroma del bosque.

"Mamá...", susurró, su voz ronca apenas perceptible en el silencio denso del bosque.

La palabra, pronunciada miles de veces en el silencio de sus pensamientos, resonaba ahora con la fuerza de un grito mudo, perdido en la inmensidad verde e indiferente.

El chico de la cicatriz, caminando unos pasos por delante, parecía ajeno al calor abrasador y a la fatiga que los agobiaba. Su rostro, cerrado e inexpresivo, no revelaba emoción alguna, su mirada penetrante escudriñaba cada rincón del bosque como si buscara desentrañar los secretos que albergaba.

"Deberíamos detenernos", jadeó Kayo, sus piernas temblorosas a punto de ceder bajo su peso. "Tengo sed... y hambre..."

El chico de la cicatriz se volvió hacia él, sus ojos oscuros clavándole una mirada inquietante.

"En breve", respondió con voz apática, sin rastro de compasión. "No debemos permanecer demasiado tiempo en el mismo lugar. Es peligroso."

Kayo no intentó saber más. El miedo, ese compañero constante, apretaba su garganta, impidiéndole hablar, pensar, sentir otra cosa que esa ansiedad sorda que lo envolvía.

Continuó su camino vacilante, tropezando con las raíces nudosas que obstruían el sendero improvisado. La espesura del bosque se intensificaba, los árboles se apretaban unos contra otros como para aprisionarlos en una jaula vegetal asfixiante.

"¿A dónde vamos?", terminó preguntando, su voz apenas un susurro en el aire denso y húmedo.

El chico de la cicatriz vaciló un momento, su mirada se extraviaba entre las espesas hojas.

"Hacia el río", respondió finalmente. "Allí, encontraremos agua... y tal vez algo para comer."

La palabra "río" encendió una chispa de esperanza en el corazón de Kayo. El río significaba la promesa de calmar su sed abrasadora, de refrescar su rostro y sus miembros doloridos. El río era también un recuerdo lejano de su vida anterior, de los juegos infantiles en el agua fresca, de las risas de su madre resonando en las orillas verdes.

Una energía renovada recorrió sus miembros delgados. Olvidando por un instante la voraz hambre que le carcomía el estómago vacío, aceleró el paso, siguiendo al chico de la cicatriz que se deslizaba con una destreza desconcertante entre los obstáculos vegetales.

El aire se volvió más fresco, impregnado de un aroma a tierra húmeda y musgo. El sol, velado por la densa copa de los árboles, perdía su fuerza, convirtiendo el bosque en un laberinto de verdes y marrones de contornos difusos.

Kayo creyó percibir el susurro lejano del agua, una melodía suave y esperanzadora que parecía brotar del mismo corazón del bosque. Su corazón comenzó a latir con más fuerza, una mezcla de esperanza y aprensión la invadió.

"Ya casi llegamos", anunció el chico con la cicatriz, aminorando el paso.

Señaló con un movimiento de barbilla una abertura de luz en el denso follaje. Kayo, conteniendo la respiración, avanzó con cautela, apartando las últimas ramas que bloqueaban el camino.

El claro se abrió ante él como un remanso de paz, una joya secreta enclavada en el corazón de la hostil selva. El río, serpiente de plata que centelleaba bajo los tímidos rayos del sol, fluía apaciblemente entre orillas cubiertas de helechos y flores silvestres. Mariposas de alas multicolores danzaban en el aire suave, y el canto melodioso de aves invisibles llenaba el silencio reconfortante.

Kayo se quedó inmóvil por un momento, cautivado por la belleza irreal del espectáculo que se extendía ante él. Era como si, después de un largo viaje a través de un desierto árido, finalmente hubiera encontrado un oasis exuberante, un refugio donde la vida renacía a pesar de las tinieblas que los rodeaban.

El chico de la cicatriz, tras una breve mirada circular, se dirigió con paso firme hacia la orilla.

"Bebemos, descansamos un poco y volvemos a la marcha", anunció, su voz carente de cualquier emoción. "No debemos quedarnos demasiado tiempo en el mismo lugar".

Kayo asintió, obligándose a apartar la mirada del cautivador río. Sabía que el chico de la cicatriz tenía razón. El bosque, a pesar de su engañosa belleza, seguía siendo un lugar peligroso. La guerra, omnipresente, podía alcanzarlos en cualquier momento, arrebatándoles este frágil respiro.

Se acercó a la orilla, se arrodilló junto al agua fresca. Sumergió sus manos en la corriente cristalina, dejando que el líquido gélido aliviara la quemadura de su piel. Bebió a grandes tragos, sintiendo cómo el agua fresca lo revitalizaba desde adentro, disipando la sequedad que le apretaba la garganta.

"Deberíamos comer algo", murmuró, la sed insaciable de alimento reclamando su atención con una intensidad renovada.

El chico con la cicatriz extrajo de la bolsa de sus pantalones gastados un puñado de bayas rojas, relucientes como rubíes.

"Toma," dijo, ofreciéndole las frutas a Kayo. "Encontré algunas más un poco más allá. Ten cuidado, algunas aún están verdes."

Kayo tomó las bayas con cautela, examinándolas con atención antes de llevárselas a la boca. La pulpa jugosa, dulce y ligeramente ácida, estalló en su lengua, un verdadero festín para sus papilas gustativas hambrientas.

Comió despacio, deleitándose con cada bocado, consciente de la fortuna que tenían de encontrar alimento en ese entorno tan adverso.

"¿Cómo sabes qué bayas son comestibles?", preguntó, con una pizca de intriga en su voz.

El chico con la cicatriz se encogió de hombros, observando el agua que se deslizaba entre las piedras.

"He aprendido," respondió con simpleza. "El bosque es como un libro abierto. Solo hay que saber leerlo."

Kayo observó al muchacho con la cicatriz con una admiración renovada. Este, a pesar de su corta edad, parecía poseer un conocimiento intuitivo de la naturaleza, una habilidad para descifrar sus señales y utilizar sus recursos a su favor.

"¿Crees que volveremos a ver a nuestras familias algún día?", preguntó de repente, la pregunta que lo atormentaba desde hacía días escapando de sus labios sin control.

El chico de la cicatriz se tensó levemente, casi sin darse cuenta. Un velo de tristeza oscurecía su mirada sombría. Se mantuvo en silencio por un largo rato, observando el fluir incesante del agua.



"No lo sé," respondió finalmente, su voz apenas un susurro. "La guerra... divide a la gente. A veces, para siempre."

Kayo sintió un nudo en la garganta, una opresión en el pecho que le impedía respirar. No quería creer las palabras del chico con la cicatriz, aferrándose con desesperación a la esperanza de volver a encontrar a su madre, de estrecharla entre sus brazos, de sentir de nuevo su aroma familiar, de escuchar su voz suave cantándole canciones de cuna para que se durmiera.

Aferraba con fuerza su pájaro de paja, como si ese objeto trivial pudiera resguardarlo de la cruda realidad, del dolor sordo que amenazaba con engullirlo.

"Pero... pero podemos esperar, ¿no?" insistió, su voz temblorosa delatando su angustia.

El chico con la cicatriz se giró hacia él, sus ojos oscuros clavándole una mirada nueva, llena de intensidad. Un largo silencio se extendió entre ellos, solo interrumpido por el suave susurro del agua que se deslizaba sobre las piedras.

"La esperanza, eso es todo lo que nos queda", murmuró finalmente, un brillo indefinido cruzando su mirada sombría. "Sin esperanza, ya estamos muertos."

Kayo se aferró a esas palabras como un náufrago a una boya salvavidas. Quería creer al chico con la cicatriz, creer que a pesar de la guerra, a pesar de la separación, la vida acabaría por imponerse.

El sol, más benévolo ahora, se escondía y aparecía entre el denso follaje, creando un espectáculo de sombras y luces sobre el agua centelleante. Kayo, mecido por el susurro apacible del río y el canto lejano de un ave, sintió que sus párpados se tornaban pesados. La fatiga, esa compañera demasiado familiar, lo invadía nuevamente, atrayéndolo a sus brazos insidiosos.

"Deberíamos marcharnos", anunció el chico con la cicatriz, levantándose de un salto. "La noche se acerca."

Kayo se levantó a su vez, sus piernas rígidas y adoloridas protestaban contra el nuevo esfuerzo. Lanzó una última mirada al río, lamentando ya la frescura de sus aguas, la promesa de paz y serenidad que parecía encarnar.

Reanudaron su marcha silenciosa, adentrándose de nuevo en el laberinto verde y hostil. La selva, como para enfatizar su partida, parecía cerrarse a su paso, las ramas bajas enganchándose a sus ropas desgastadas, las zarzas arañando sus pieles magulladas.

Kayo seguía al chico de la cicatriz en silencio, luchando por ignorar el hambre que le carcomía el estómago vacío, la sed que le abrasaba la garganta. La esperanza, esa llama tenue que el chico de la cicatriz había reavivado en él, iluminaba su camino incierto,

permitiéndole persistir a pesar del agotamiento, a pesar del miedo que lo acechaba en cada curva del sendero.

Mientras el sol iniciaba su lento declive hacia el horizonte, tiñendo el cielo con matices anaranjados y violetas, una explanada se abrió ante ellos, inesperada como una revelación. En el centro de ese espacio despejado, bañado por una luz irreal, se alzaba un árbol colosal, majestuoso como un rey en medio de su corte.

Su tronco, robusto como una vivienda, se alzaba hacia el cielo, sus ramas vigorosas se extendían hacia el horizonte como queriendo abarcar la inmensidad del bosque. Lianas gruesas como serpientes venenosas se enroscaban alrededor de su corteza áspera, y una multitud de plantas trepadoras, adornadas con flores de vivos colores, convertían este árbol milenario en un jardín colgante, un remanso de paz y belleza en medio del caos.

Kayo, cautivado por la magnificencia de aquel árbol extraordinario, se detuvo en seco, olvidando por un instante el cansancio que lo agobiaba. Jamás había contemplado algo semejante, ni siquiera en sus sueños más descabellados.

"¿Es... es un árbol mágico?", susurró, la voz llena de asombro.

El muchacho con la cicatriz, tras un instante de vacilación, asintió con la cabeza.

"Lo llaman el Árbol Ancestral", explicó en voz baja, casi con reverencia. "Dicen que ha estado allí desde el principio de los tiempos, que vio nacer el bosque y morir a los hombres. También se dice que protege a quienes saben escucharlo".

Kayo, intrigado, se acercó cautelosamente al árbol gigantesco. Apoyó la mano sobre su corteza rugosa, sintiendo bajo sus dedos la savia que fluía lentamente, como la sangre espesa y caliente de una criatura viviente.

"¿Crees que pueda ayudarnos?", preguntó, con la mirada perdida en la espesura del follaje. "¿Que nos ayude a encontrar a nuestras familias?"

El chico de la cicatriz se mantuvo en silencio durante un buen rato, observando el árbol con la mirada penetrante, como si intentara desentrañar sus misterios.

"Siempre podemos intentarlo," respondió finalmente, con un rayo de esperanza en la voz.

"Tenemos que hablar con él," susurró el chico con la cicatriz, señalando el árbol con un gesto de su barbilla. "Decirle lo que llevas dentro. Lo que más anhelas en el mundo."

Kayo, vacilante, se dirigió hacia el Árbol Ancestral. El sol poniente, deslizándose entre las ramas frondosas, proyectaba sobre el suelo del claro sombras fantasmagóricas que bailaban al son de una suave brisa. El aire era denso, cargado de humedad y un aroma

extraño, una mezcla de tierra húmeda, flores desconocidas y un olor acre que no lograba identificar.

Se acercó al árbol, arrodillándose torpemente sobre la alfombra de hojas secas que cubría el suelo. Posó su mano sobre la corteza rugosa, sintiendo bajo sus dedos la textura irregular, las asperezas que le arañaban la piel sensible. Cerró los ojos, intentando desterrar las imágenes terribles que lo atormentaban por las noches, el ruido de las armas, los gritos de los fugitivos, el rostro deformado por el miedo de su madre.

"Árbol Ancestral", susurró, su voz apenas perceptible en el silencio del claro. "Me llamo Kayo. La guerra se llevó mi hogar, mi aldea... a mi madre."

Su voz se quebró en un sollozo contenido. Apretaba contra sí su pájaro de paja, como buscando un consuelo fugaz, el recuerdo efímero de la presencia reconfortante de su madre.

« Ayúdenme, » repitió, las palabras escapándosele en un suspiro áspero. « Ayúdenme a encontrarla. Díganme dónde está. Solo quiero verla otra vez... decirle que la amo. »

El silencio descendió, denso e inexorable. Kayo aguardó, con el corazón latiéndole en el pecho, escudriñando cada movimiento de las hojas, cada crujido de las ramas, anhelando una señal, una respuesta a su desesperada súplica.

El sol continuó su lento descenso, desapareciendo gradualmente tras el horizonte. Las sombras se estiraron, fusionándose unas con otras en una danza macabra. Una brisa fresca recorrió el claro, haciendo susurrar las hojas del Árbol Ancestral en un murmullo extraño que se asemejaba a una lengua olvidada.

Kayo mantuvo los ojos cerrados, aferrándose a su tenue esperanza como un náufrago a un pecio. No sabía cuánto tiempo permaneció así, postrado al pie del árbol colosal, perdido en sus confusos pensamientos y silenciosas súplicas.

De pronto, sintió una presencia a su lado. Abrió los ojos y vio al chico de la cicatriz de pie frente a él, con el rostro serio, iluminado por una luz extraña.

"Levántate", susurró el chico con la cicatriz, extendiéndole la mano. "Tenemos que irnos".

Kayo se incorporó, la mirada inquisitiva. "¿Dónde? ¿Qué pasa?"

"Es hora", respondió el chico con la cicatriz, con un tono neutro, evitando su mirada. "El Árbol Ancestral ha escuchado tu súplica. Él te mostrará el camino."

Kayo, con el corazón latiéndole con fuerza, escudriñó el rostro del muchacho con la cicatriz, tratando de descifrar sus palabras enigmáticas. "¿Qué camino? ¿De qué hablas?", preguntó, la incertidumbre reflejada en sus ojos.

El chico con la cicatriz no respondió. Tomó la mano de Kayo y la arrastró a través del claro, adentrándose en el corazón de la selva que se hundía en una oscuridad cada vez más profunda.

La sombra del Árbol Ancestral se extendía ante ellos, una larga estela de tinta negra devorada por la voraz garganta del bosque. Kayo, con la mano húmeda en la del chico con la cicatriz, avanzaba en silencio, el corazón latiendo un ritmo irregular contra sus costillas.

A su alrededor, el bosque se había transformado. Los árboles, gigantes silenciosos bañados en una luz crepuscular, parecían inclinarse ante su paso, sus ramas nudosas entrelazándose para formar una bóveda impenetrable. El aire, denso y húmedo, estaba saturado de aromas desconocidos, una mezcla embriagadora de flores nocturnas y tierra húmeda. El canto de las aves diurnas había cedido paso a un silencio opresivo, roto únicamente por el crujido seco de las ramas bajo sus pies y el zumbido incesante de insectos invisibles.

Kayo, atormentado por el silencio opresivo y la oscuridad que se extendía, apretó con más fuerza la mano de su guía. Más que ver, intuía el camino, una senda apenas definida serpenteando entre los árboles, cubierta por un manto de hojas secas que amortiguaban sus pisadas.

"¿A dónde... a dónde vamos?" terminó preguntando, su voz apenas un susurro en el aire inmóvil.

El chico de la cicatriz, sin aminorar el paso, se limitó a una mirada oblicua. "Hay que confiar en el Árbol Ancestral", respondió, su voz neutra y distante. "Él nos guía."

Kayo no se sentía tranquilo. La idea de dejar su destino en manos de un árbol, por majestuoso que fuera, le parecía una locura, algo irreal. Sin embargo, en lo profundo de su ser, una llama persistente, una mezcla de esperanza y temor, le impedía dar marcha atrás. Se aferraba a la promesa del chico con la cicatriz, a la esperanza insensata de que el Árbol Ancestral, en su sabiduría milenaria, pudiera guiarlo hacia su madre.

Caminaron así por un buen rato, el tiempo extendiéndose como para poner a prueba su paciencia, su resolución. La noche, un verdadero depredador, había finalmente engullido los últimos rayos de sol, envolviendo el bosque en un manto de oscuridad impenetrable. Solo algunas estrellas, asomándose aquí y allá entre el denso dosel, ofrecían un brillo espectral, insuficiente para iluminar su camino.

Kayo, perdiendo poco a poco la noción del lugar, confiaba ciegamente en el chico de la cicatriz, siguiéndolo sin titubear, tropezando a veces con raíces invisibles. La fatiga, una pesada losa de plomo, se abatía sobre él, gravitando sobre sus párpados, entumeciendo sus músculos doloridos. Ya no distinguía las formas de los árboles, solo sombras movedizas en la oscuridad, amenazantes y fantásticas.

De pronto, el chico de la cicatriz se detuvo en seco, extendiendo la mano para frenar a Kayo en su carrera.

"Aquí estamos", susurró, su voz ronca resonando extrañamente en el silencio de la noche.

Kayo, con el corazón latiéndole en el pecho, frunció el ceño, tratando de discernir en la penumbra. Frente a ellos, a pocos pasos, un resplandor parpadeante rompía la oscuridad, asemejándose a un ojo amarillo e hipnótico.

Se acercaron con cautela, sus pasos silenciosos sobre la alfombra de hojas secas. La luz, ahora más intensa, emanaba de una fogata, pequeñas llamas danzando alegremente en el centro de un claro. Alrededor del fuego, sentados en círculo, se dibujaban siluetas en la penumbra, sombras silenciosas que fijaban las llamas con una intensidad inquietante.

Kayo, con el corazón oprimido en su pecho, reconoció los rasgos distintivos de los niños del bosque: sus rostros demacrados y marcados por el cansancio, sus ojos brillando como brasas en la oscuridad. Estaban allí, una decena quizá, congregados como espectros alrededor de la hoguera improvisada, únicos puntos de luz en la inmensidad tenebrosa de la selva.

El chico de la cicatriz soltó la mano de Kayo y se dirigió al grupo, desapareciendo por un instante en la penumbra antes de volver a emerger a la luz de las llamas. Un murmullo recorrió la congregación, una mezcla de asombro y aprensión, para luego desvanecerse en un silencio opresivo.

Kayo, vacilante en la orilla del bosque, se sentía como un animal perseguido atrapado en las luces de un automóvil. La mirada penetrante de los niños del bosque la fijaba, la escrutaba, la juzgaba. Aferró a su pájaro de paja, único amuleto contra el miedo que la inundaba.

Una joven, apenas mayor que Kayo, se separó del grupo. Su cabello, trenzado en finas trenzas adornadas con cuentas de colores vibrantes, enmarcaba un rostro delgado y delicado, marcado por una profunda melancolía. Sus ojos, grandes y oscuros como los de una cierva atemorizada, se posaron en Kayo con una mezcla de curiosidad y aprensión.

Dio unos pasos vacilantes hacia él, extendiendo una mano diminuta en su dirección. "No tengas miedo," susurró, su voz suave y melodiosa contrastando con el silencio opresivo del claro. "Estás a salvo aquí. El Árbol Ancestral te ha guiado hasta nosotros."

Kayo, reconfortado por el tono apacible de la joven, se aproximó con cautela al círculo de luz. Se acercó al fuego, extendiendo sus manos temblorosas hacia el reconfortante calor de las llamas. La fatiga, el hambre, el miedo, todo pareció desvanecerse por un instante ante esa luz cálida, ante la silenciosa presencia de aquellos niños que, como él, habían encontrado refugio en el corazón del bosque.

"¿Cómo... cómo te llamas?", logró articular, su voz ronca delatando su sed y su agotamiento.

"Me llamo Aïssa," respondió la joven, una leve sonrisa iluminando su rostro serio. "¿Y tú?"

"Kayo", susurró, dejando caer la mirada hacia su pájaro de paja.

"El Árbol Ancestral nos ha hablado de ti", continuó Aïssa, su mirada clavada en las llamas danzantes. "Ha sentido tu tristeza, tu esperanza. Nos ha pedido que te recibamos entre nosotros."

Kayo levantó la cabeza, intrigado. "¿El Árbol Ancestral... te habla?"

Aïssa asintió lentamente. "No con palabras, no. Sino con el viento, con las sombras, con los sueños. Hay que saber escucharlo, comprender sus señales."

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Kayo, una mezcla de fascinación y aprensión que lo atravesó por completo. El Árbol Ancestral, esa entidad milenaria y misteriosa, parecía tejer una red invisible a su alrededor, guiándolo hacia un destino que apenas podía intuir.

Un chico corpulento, con una larga cicatriz que le atravesaba la cara y le confería un aspecto amenazador, se inclinó hacia él, los ojos entrecerrados.

"¿De dónde vienes tú?", preguntó, su voz áspera y seca como el filo de un cuchillo al afilarse.

Kayo vaciló, dudoso sobre qué respuesta dar. ¿Podía confiar en estos niños, por más bondadosos que parecieran? ¿No eran ellos también víctimas de la guerra, perseguidos por los mismos espectros que él?

"Yo... yo vengo de lejos", balbuceó finalmente, evitando la mirada insistente del chico con la cicatriz. "Un pueblo cerca del gran río. La guerra... la guerra lo destruyó todo."

Un silencio denso cayó sobre el grupo. Los niños del bosque, como si hubieran escuchado esa historia mil veces, bajaron la mirada, con el rostro cerrado, encerrados en un luto silencioso.

Kayo los siguió, la duda se instaló en su mente como una maleza persistente. La esperanza, esa llama vacilante que lo había guiado hasta ahora, amenazaba con extinguirse bajo el peso de las sombras y el silencio opresivo del bosque. ¿Estaba cometiendo un terrible error? ¿El Árbol Ancestral, ese guardián mudo de los secretos de la selva, estaba realmente de su lado? ¿O los conducía hacia un destino aún más sombrío que el que huían?

Lanzó una mirada temerosa hacia los niños del bosque. Sus rostros, iluminados por las danzantes llamas del fuego, parecían oscilar entre la amabilidad y una desconfianza feroz. Algunos lo observaban con una curiosidad benévola, mientras que otros, especialmente el chico con la cicatriz en la cabeza, mostraban una hostilidad apenas disimulada. ¿Era realmente bienvenido entre ellos, este niño frágil y atemorizado, marcado a fuego por la violencia de la guerra?

Una ola de soledad lo invadió, gélida e implacable. Se sentía como un intruso, un ser ajeno en este mundo aparte, regido por las leyes despiadadas de la selva. La ausencia de su madre, ese dolor constante y punzante, lo carcomía por dentro, despojándolo de sus últimas fuerzas.

Aïssa, como si hubiera percibido su desasosiego, se acercó a él. Puso una mano suave sobre su hombro, un gesto de ternura inesperada que despertó en él una chispa de esperanza.

"Ven", susurró, su sonrisa tenue iluminando su rostro delicado. "Voy a presentarte a los demás. No te preocupes, no te harán daño."

Kayo la siguió con vacilación, deslizándose entre los niños del bosque que se abrieron ligeramente para hacerle un espacio junto al fuego. El calor de las llamas le proporcionó un alivio inmediato, disipando la húmeda frescura que se había impregnado en sus ropas desgastadas. Se sentó con cautela, con las piernas entumecidas por la fatiga de la caminata.

Aïssa le ofreció una copa de madera repleta de un líquido humeante y fragante. "Toma," dijo con suavidad. "Bebe esto, te hará bien."

Kayo tomó la copa con agradecimiento y llevó el líquido a sus labios. La infusión, amarga y ligeramente dulce, se extendió por su garganta seca, reconfortándolo desde adentro. Bebió unos sorbos, sintiendo cómo sus miembros entumecidos se relajan poco a poco.

"Gracias", susurró, entregándole la copa vacía a Aïssa. "¿Qué es esto? Es delicioso."

"Es una infusión de hierbas del bosque," respondió Aïssa con una leve sonrisa. "Mi abuela me enseñó a prepararla. Ayuda a recuperar fuerzas, a calmar los miedos."

Kayo la miró con agradecimiento. La bondad de aquella joven, su reconfortante presencia, lo reconfortaban más que nada en el mundo. Por primera vez desde el inicio de su pesadilla, se sentía seguro, rodeado de personas que, a pesar de sus propias tribulaciones, lo aceptaban sin juicio.

Alrededor del fuego, los niños del bosque lo observaban con curiosidad, susurrando entre ellos en un idioma que él no comprendía. Podía leer la compasión y la tristeza en sus ojos, el reflejo de sus propias historias destrozadas por la violencia de la guerra.

El chico de la cicatriz, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se acercó al fuego, atrayendo la atención de todos. Su rostro áspero, tallado a hachazos, se suavizó ligeramente al posar su mirada en Kayo.

"El Árbol Ancestral te ha guiado hasta nosotros", dijo con una voz áspera pero sin agresividad. "Debe haber una razón para esto. Cuéntanos tu historia, pequeño hermano. Dinos qué te trae aquí."

Kayo respiró hondo, preparándose para sumergirse nuevamente en el torbellino de recuerdos dolorosos. Sabía que para avanzar, para alimentar la esperanza de sanar sus heridas invisibles, debía enfrentarse a los fantasmas del pasado, compartir su historia con aquellos que pudieran comprenderlo.

Así, bajo la mirada compasiva de Aïssa y el fulgor hipnótico de las llamas que danzaban en la noche, Kayo comenzó su relato. Les habló de su vida anterior, de su aldea apacible y de su madre cariñosa. Les describió el horror del ataque, la pérdida brutal de sus referentes, la soledad gélida que lo había invadido. Les confió sus miedos, sus dudas, su tenaz esperanza de reencontrarse algún día con su madre.

Los niños del bosque lo escuchaban con detenimiento, sus rostros serios y concentrados reflejando sus propias emociones. No lo interrumpieron, dejándolo hilvanar el relato hasta su desenlace, hasta que el silencio se asentó, cargado del peso de las palabras pronunciadas.

Cuando Kayo terminó de hablar, el chico con la cicatriz se levantó y se acercó a él. Puso una mano en su hombro, un gesto torpe pero sincero.

"Eres uno de nosotros ahora, pequeño hermano," dijo con una voz ronca, pero llena de una emoción contenida. "Aquí encontrarás un refugio, una familia. Todos hemos pasado por esto, conocemos el dolor de la pérdida, el miedo a lo desconocido. Juntos, somos más fuertes."

Los demás niños del bosque asistieron con la cabeza, sus rostros iluminados por un brillo nuevo, una mezcla de solidaridad y esperanza. Kayo, conmovido por su recibimiento, sintió que sus propias defensas se derrumbaban. Por primera vez desde el inicio de su



pesadilla, se permitió sentir un sentimiento de pertenencia, una chispa de esperanza reavivándose en su corazón maltratado.

Sabía que aún no había llegado al final de sus sufrimientos. La guerra seguía rugiendo afuera, amenazando con alcanzarlos en cualquier momento. Pero esa noche, en el corazón de la selva, rodeado por esos niños unidos por la tragedia y la esperanza, Kayo se sentía preparado para afrontar el futuro. Ya no estaba solo. Había encontrado una nueva familia, un nuevo camino que seguir, guiado por la sabiduría silenciosa del Árbol Ancestral y la fuerza indomable de la esperanza. El mañana sería otro día, un nuevo comienzo en este mundo incierto. Y por primera vez en mucho tiempo, Kayo esperaba la salida del sol con un brillo de impaciencia en la mirada.

## Capítulo 8: Reencuentro en Silencio

El humo del fuego ascendía en espirales lentas, entrelazándose con las sombras danzantes de los árboles para tejer un velo de irrealidad sobre el claro. Kayo, acurrucado cerca de las brasas incandescentes, contemplaba el espectáculo con una mezcla de asombro y aprensión. El crepitar de las llamas, el canto nocturno de los insectos, el aroma a tierra húmeda y vegetación exuberante, todo contribuía a crear una atmósfera extrañamente apacible, a miles de kilómetros de las atrocidades que había vivido en las últimas semanas.

Sin embargo, bajo esa aparente serenidad, una corriente de tensión palpable vibraba en el aire. Los niños del bosque, reunidos en torno a la fogata, cuchicheaban entre sí en su idioma extraño, sus miradas esquivas delatando una creciente inquietud. El chico de la cicatriz, sentado a un lado, escudriñaba el borde del bosque con una intensidad feroz, sus dedos agarrotados al mango afilado de un cuchillo tosco.

Aïssa, sentada junto a Kayo, parecía notar su malestar. Le dirigió una sonrisa tímida, sus ojos color ámbar brillando con una luz incierta en la penumbra.

"No te preocupes, Kayo", susurró, colocando una mano reconfortante sobre su brazo. "No te quieren hacer daño. Es solo que... el bosque está lleno de peligros, especialmente de noche."

Kayo asintió con la cabeza, comprendiendo intuitivamente que las palabras de Aïssa solo revelaban una pequeña parte de sus temores. Él mismo había sentido, en lo más profundo de sus huesos, ese escalofrío glacial que recorría la arboleda, como si una presencia invisible se hubiera deslizado entre ellos, acechando en la oscuridad impenetrable de los árboles.

Un aullido estridente rasgó de repente el silencio de la noche, helándole la sangre en las venas. Kayo se sobresaltó, con el corazón latiéndole en el pecho, y se acurrucó contra Aïssa, buscando intuitivamente su protección. Alrededor del fuego, los niños del bosque se levantaron de un salto, sus rostros contorsionados por el miedo.

"¿Qué es esto?", logró balbucear con una voz tenue, jadeando.

Aïssa no respondió. Sus ojos, dilatados por el terror, escudriñaban la impenetrable oscuridad del bosque, como si intentara desentrañar los secretos que la noche celosamente guardaba.

El chico con la cicatriz se enderezó, su rostro rígido como tallado en piedra. Hizo un gesto a los demás niños para que guardaran silencio, y luego llevó una mano a su oído, escuchando con atención el susurro del viento entre las hojas.

« ¡Están ahí! », susurró con voz tensa. « ¡Prepárense! »

Un escalofrío de angustia recorrió la asamblea. Los niños del bosque se congregaron, formando un círculo protector alrededor de Kayo y Aïssa. Algunos empuñaban palos, otros piedras afiladas, sus rostros juveniles endurecidos por una determinación férrea que contrastaba cruelmente con su tierna edad.

Kayo, paralizado por el miedo, observaba la escena que se desarrollaba ante sus ojos como si fuera una pesadilla en vigilia. No comprendía qué estaba sucediendo, quiénes eran esos "ellos" que los niños del bosque parecían temer tanto, pero sentía, en lo más profundo de su ser, que algo terrible se avecinaba.

La espera, insoportable, pareció durar una eternidad. El silencio era sepulcral, solo interrumpido por el crepitar del fuego y el latido sordo del corazón de Kayo en su pecho. Luego, en un susurro de hojas secas y ramas quebradas, figuras sombrías emergieron de la espesura del bosque.

Eran cuatro, imponentes y amenazantes, envueltas en abrigo de cuero oscuro que se confundían con la penumbra circundante. Sus rostros estaban ocultos tras grotescas máscaras de madera, talladas con rasgos bestiales que inspiraban un terror instintivo. En sus manos enguantadas, blandían armas toscas, machetes afilados y garrotes con clavos que brillaban débilmente a la luz del fuego.

Un silencio denso y opresivo se apoderó del claro, interrumpido solo por el crepitar de las llamas y el silbido del viento entre las ramas. Kayo, paralizado por el terror, observaba la escena con ojos desorbitados, la respiración contenida en su garganta. Nunca había visto nada tan aterrador. Esas entidades parecían salidas directamente de sus peores pesadillas, criaturas de la oscuridad que habían venido a reclamarlo.

Una de las figuras enmascaradas dio un paso adelante, su voz ronca resonó bajo la máscara como el rugido de una bestia salvaje.

"Hijos del bosque," bramó, "saben por qué estamos aquí."

El chico con la cicatriz dio un paso adelante, su rostro impassible a pesar de la tensión palpable que emanaba de él. Empuñaba su cuchillo con firmeza, la hoja apuntando hacia los intrusos. Detrás de él, los otros niños del bosque se mantenían firmes, preparados para luchar, sus rostros jóvenes marcados por una determinación implacable.

"Déjenos en paz", silbó el chico con la cicatriz. "No queremos hacerles daño. Este territorio es nuestro."

Una carcajada ronca brotó de debajo de la máscara de la silueta.

« ¿La vuestra? » se rieron. « Este bosque no pertenece a nadie. Es de quien tenga la fuerza para tomarlo. Y hemos venido a tomar lo que nos corresponde por derecho. »

"¿Qué desea?" preguntó Aïssa con voz temblorosa.

"Tú lo sabes muy bien, pequeña," respondió la figura enmascarada. "Queremos al niño. El que no es de aquí. Entréganoslo, y te dejaremos con vida."

La sangre de Kayo se heló en sus venas. En ese instante comprendió que esas criaturas lo habían venido a buscar a él. ¿Pero por qué? ¿Qué le reprochaban? Era solo un niño, perdido y atemorizado, buscando desesperadamente un refugio en un mundo sumido en la locura.

Aïssa se volvió hacia él, su rostro pálido iluminado por las llamas danzantes. Sus ojos color ámbar brillaban con una luz de compasión y determinación. Ella apretó su brazo, transmitiéndole un mensaje silencioso de valentía y protección.

"¡Jamás!", exclamó con una voz clara y potente. "Él es uno de los nuestros ahora. No permitiremos que se lo lleven."

Un rugido de furia recorrió las filas de las figuras enmascaradas. Una de ellas alzó su machete, la hoja brillando siniestramente a la luz del fuego.

"Han elegido su bando, hijos del bosque," gruñó la figura. "Que los espíritus de la floresta se apiaden de vuestras almas."

Y con esas palabras, la batalla se desató.

El grito de guerra de los asaltantes rasgó la noche, seguido de un caos salvaje y confuso. Los hijos del bosque, pequeños guerreros curtidos por la necesidad, se defendieron con una ferocidad desesperada. Los bastones volaron, las piedras silbaron en el aire nocturno, encontrando la carne y la madera con un sonido sordo. El chico de la cicatriz, ágil como una pantera, brincaba de un enemigo a otro, su corta hoja trazando arcos de luz mortal en la oscuridad.

Kayo, atrapado en ese torbellino de violencia, se sentía como una hoja a merced de una tormenta furiosa. El miedo lo paralizaba, un yunque helado que le apretaba la garganta y le estrujaba las entrañas. Nunca antes había presenciado tal salvajismo, tal sed de sangre.

Aïssa, con el rostro contorsionado por el esfuerzo, repelió la embestida de un agresor que la doblaba en tamaño. Sus movimientos, ágiles y certeros, delataban un entrenamiento riguroso, un dominio de su cuerpo esculpido en el crisol de la supervivencia. Esquivó un golpe de garrote que rozó su rostro, respondió con una patada fulminante en el vientre de su adversario, y se echó hacia atrás de un salto, buscando un nuevo objetivo.

¡Kayo! gritó, al ver al muchacho paralizado por el terror. ¡Ve a buscar refugio! ¡Encuentra un árbol y trepa!

Su grito rasgó el fragor de la batalla, despertando en Kayo un instinto de supervivencia dormido. Se puso en pie, vacilante al principio, y luego corrió con todas sus fuerzas hacia el borde del bosque, buscando desesperadamente una vía de escape.

A su alrededor, la batalla rugía con furia. Gritos de dolor se entremezclaban con el sonido sordo de los golpes, las respiraciones entrecortadas de los combatientes. El hedor acre de la sangre y el sudor impregnaba el aire, mezclándose con el olor áspero del humo y la tierra húmeda.

Kayo divisó un árbol colosal, su tronco robusto que se alzaba hacia el cielo como una antigua columna. Se abalanzó hacia él, sus pequeñas piernas ardiendo con un esfuerzo sobrehumano. Sus pulmones le ardían, su corazón latía con fuerza, pero continuó corriendo, impulsado por un terror animal.

Al llegar a la base del árbol, se abalanzó contra la corteza áspera, buscando un punto de apoyo para trepar. Sus dedos febriles se deslizaron sobre la madera húmeda, incapaces de encontrar un agarre firme. Elevó la mirada hacia la cima invisible, un vértigo lo invadió al contemplar la vertiginosa escalada.

Un aullido de furia lo hizo sobresaltar. Se giró, sintiendo cómo la sangre se le helaba en las venas. Uno de los asaltantes, con la máscara de madera retorcida en una mueca demoníaca, se encontraba a escasos metros de él. En su mano enguantada, blandió la machete ensangrentada.

Kayo se sintió perdido. No tenía a dónde ir, ningún lugar donde esconderse. El miedo lo paralizó, convirtiéndolo en una estatua de sal frente a su verdugo. Cerró los ojos, esperando el golpe mortal.

Pero el impacto no llegó. Un grito agudo rasgó la noche, seguido de un golpe sordo. Kayo abrió los ojos, incrédulo. Aïssa se encontraba frente a él, con las piernas separadas, jadeando. En su mano, sostenía firme un palo afilado, cuya punta se clavaba en el pecho del atacante.

La máscara de madera del hombre se tambaleó hacia atrás, dejando al descubierto un rostro congelado en una expresión de asombro y dolor. Sus ojos, desorbitados, se clavaron en el vacío con un terror gélido. Luego, lentamente, como un árbol derribado por un rayo, se desplomó sobre el suelo, arrastrando a Aïssa en su caída.

Kayo lanzó un grito, un sonido desgarrador que se perdió en el fragor de la batalla. Se abalanzó hacia Aïssa, el corazón latiéndole con fuerza, olvidando por un instante el peligro que lo acechaba. La imagen de la joven desapareciendo bajo el peso inerte de su

agresor lo golpeó de lleno, despertando en él un terror visceral, un dolor punzante que superaba la simple miedo.

Se abalanzó sobre el hombre tendido en el suelo, sus pequeños puños golpeando a ciegas la coraza de cuero, la furia dándole una fuerza desconocida. Anhelaba golpear una y otra vez, hasta que la muerte liberara a Aïssa de su garras, hasta que el mundo volviera a tener un atisbo de coherencia.

¡Alto! ¡Basta! ¡Se acabó!

La voz áspera del chico con la cicatriz lo sacó de su trance. Kayo levantó la vista, las lágrimas ardientes nublando su visión. El muchacho se hallaba sobre él, su rostro marcado por el esfuerzo y la preocupación. La batalla había cesado. Los asaltantes, puestos en fuga por la férrea resistencia de los niños del bosque, se habían retirado en la oscuridad, dejando atrás a sus compañeros caídos en el combate.

Kayo se incorporó con esfuerzo, las piernas temblorosas, y se giró hacia Aïssa. La joven yacía en el suelo, inmóvil, con el rostro pálido bajo la luz vacilante del fuego. El bastón afilado había rodado hacia un lado, dejando una mancha oscura que se extendía por la túnica rasgada de Aïssa.

"¿Ella es...?" Kayo no pudo terminar la frase. Las palabras se le atragantaron en la garganta, ahogadas por la angustia.

El chico de la cicatriz se arrodilló junto a Aïssa y colocó dos dedos sobre su cuello, buscando un latido de vida. Un largo instante se extendió, interminable, marcado por el crepitar del fuego y el canto insistente de los insectos nocturnos. Entonces, el chico levantó la cabeza, un rayo de alivio cruzando sus facciones tensas.

"Todavía respira", susurró. "Se ha desmayado, nada más. Tenemos que llevarla de vuelta al campamento. ¡Rápido!"

Kayo ayudó al chico a levantar a Aïssa con sumo cuidado. Su cuerpo estaba flácido, ardiente de fiebre, y un lamento sordo se escapó de sus labios entreabiertos. Kayo apretó los dientes para contener un sollozo. No podía permitirse desmoronarse ahora. No mientras Aïssa se debatía entre la vida y la muerte.

Seguidos por los demás niños del bosque, silenciosos y con el rostro grave, se pusieron en marcha a través de la arboleda, llevando a Aïssa como una ofrenda frágil a merced de la oscuridad. El sendero, familiar horas antes, se transformaba en un laberinto amenazante bajo las ramas nudosas de los árboles centenarios.

Kayo caminaba como un autómatas, ajeno al cansancio, al frío húmedo que se colaba por entre sus ropas gastadas. Un único pensamiento lo habitaba, lo perseguía como una

plegaria silenciosa: Aïssa debía vivir. No podía soportar la idea de perderla, ella que lo había recibido con tanta amabilidad, que le había brindado un refugio en este mundo que se había vuelto loco.

A su alrededor, el bosque parecía contener la respiración, como si él mismo estuviera en vilo, aguardando el desenlace incierto de aquella noche fatídica.

El campamento, anidado en el hueco de una depresión natural del terreno, se les ofrecía como un precario remanso de paz en ese mundo devastado. Un puñado de chozas rudimentarias, construidas con ramas entrelazadas y hojas secas, se erguían alrededor de un hogar central cuyas brasas rojizas proyectaban largas sombras danzantes sobre los árboles circundantes. Kayo, exhausto por el peso de Aïssa y las emociones contradictorias que lo agitaban, sintió a pesar de todo un vago sentimiento de alivio al penetrar en ese espacio cerrado, como si las invisibles paredes de la selva pudieran protegerlos de los horrores del mundo exterior.

El chico de la cicatriz, abriendo camino con paso firme, condujo al pequeño grupo hacia una cabaña más grande que las demás, aislada del resto del campamento. Un aroma a plantas secas y hierbas medicinales se filtraba desde el interior, revelando una presencia acogedora y reconfortante. Kayo, con el corazón latiendo de esperanza y aprensión, ayudó al chico a depositar con cuidado a Aïssa sobre un lecho de hojas frescas dispuestas directamente sobre el suelo.

Una anciana, con el rostro curtido por el sol y las vicisitudes de la vida, se encontraba cerca del hogar, sosteniendo una decocción humeante en sus manos. Sus ojos oscuros, de una intensidad inquietante, se posaron en Aïssa con una solicitud maternal que encendió una chispa de esperanza en el corazón de Kayo.

"Ha sido valiente, la pequeña", susurró la anciana acercándose a Aïssa. "Quizás demasiado valiente. Pero los espíritus del bosque velan por ella. No la dejarán marchar de nuestro lado."

Kayo, incapaz de descifrar la mezcla de tristeza y esperanza que se reflejaba en la mirada de la anciana, se limitó a asentir en silencio, aferrándose a sus palabras como un náufrago a un pecio. Se sentía terriblemente inútil, un espectador impotente de una batalla cuyos motivos no comprendía. Deseaba poder hacer más, proteger a Aïssa, librarla del cruel destino que parecía ensañarse con ella.

La anciana, arrodillándose junto a Aïssa, se dedicó a examinar sus heridas con una destreza sorprendente. Sus dedos nudosos, surcados por finas cicatrices, parecían danzar sobre la piel magullada de la joven, aplicando bálsamos y cataplasmas con una precisión metódica. Kayo, hipnotizado por el espectáculo, se sentía extrañamente reconfortado por

la presencia tranquila y reconfortante de la anciana. Percibía en ella una fuerza insospechada, una sabiduría ancestral extraída del corazón mismo de la selva.

"¿Qué ha sucedido?", preguntó la anciana, sin apartar la mirada de Aïssa. Su voz, ronca pero amable, pareció resonar en el silencio del campamento, imponiendo respeto y confianza.

El chico con la cicatriz tomó la palabra, narrando concisamente el ataque de los hombres enmascarados, la férrea defensa de los niños del bosque, la valentía de Aïssa al interponerse para proteger a Kayo. La anciana escuchó en silencio, su rostro impassible no revelaba ninguna emoción.

"Regresarán", dijo ella con simpleza cuando el niño terminó su relato. "Van tras ese niño. No nos darán tregua."

Un silencio denso se apoderó de la cabaña, oprimiendo los hombros de Kayo como un presagio funesto. Se sentía atrapado en una telaraña invisible, tejida por fuerzas oscuras que no comprendía.

"¿Quiénes son?", preguntó finalmente, incapaz de soportar más la carga del enigma. "¿Por qué me quieren hacer daño?"

La anciana giró lentamente la cabeza hacia él, sus ojos oscuros clavándose en los suyos con una intensidad inquietante. Kayo, por primera vez desde que la conocía, creyó percibir un atisbo de temor en su mirada.

Son susurro, áspero como la arena, susurró: "Son los niños perdidos de la guerra. Almas quebradas, consumidas por el odio y la violencia. No conocen la piedad, ni la compasión. Solo la ley del más fuerte impera en sus ojos."

Kayo, a pesar de su corta edad, comprendía intuitivamente el significado de esas palabras. Él mismo había sido testigo de la locura destructora que se había apoderado de los hombres, convirtiéndolos en monstruos sedientos de sangre. Pero lo que no lograba comprender era la razón de su empeño en su persona. ¿Qué tenía él de tan valioso, de tan amenazante para atraer su atención y su crueldad?

"¿Pero por qué me quieren? –exclamó, la voz quebrada por la angustia. ¿Qué he hecho para merecer esto?"

La anciana se irguió lentamente y se acercó a él. Posó una mano suave sobre su mejilla, su contacto le recorrió un escalofrío extraño, a la vez reconfortante e inquietante.

"Eres diferente, Kayo", susurró, sus ojos brillando con una luz extraña en la penumbra. "Llevas dentro algo que la guerra no ha logrado destruir. Un atisbo de esperanza, una llama frágil que las tinieblas intentan apagar."



Kayo la observó, perdido en los laberínticos recovecos de sus palabras enigmáticas. No comprendía del todo su significado, pero sentía, en lo más profundo de su ser, que su existencia había dado un vuelco hacia un mundo donde la realidad se mezclaba con las sombras, donde la línea divisoria entre el bien y el mal se diluía en el caos que los rodeaba.

Una frescura inusual se colaba por las rendijas de las paredes de ramaje, contrastando con el calor sofocante que había impregnado la selva durante todo el día. Kayo, sentado junto a la improvisada cama de Aïssa, sintió un escalofrío. La niña seguía sumida en un sueño febril, su respiración entrecortada puntuada por gemidos que desgarraban el corazón del joven. Él no se había movido de su lado, observando cada movimiento de sus párpados cerrados, cada temblor de sus dedos finos como si en ellos se escondiera el secreto de su despertar.

La anciana, a quien todos en el campamento conocían simplemente como Mama África, se movía entre los heridos, dispensando infusiones calmantes y palabras reconfortantes. Su rostro curtido, que habitualmente irradiaba una serenidad inquebrantable, mostraba los signos del cansancio y una inquietud sorda. La batalla, aunque victoriosa, había dejado cicatrices profundas en la frágil tranquilidad de su refugio.

"Es fuerte, nuestra Aïssa," susurró Mama África acercándose a Kayo, como si hubiera adivinado sus pensamientos. "Los espíritus del bosque la protegen, estoy segura. Pero el camino de la sanación es largo y lleno de peligros."

Kayo la observó, buscando en sus oscuros y profundos ojos un atisbo de seguridad, una señal tangible de que sus palabras no eran solo vanas promesas destinadas a calmar su creciente angustia. Pero el rostro de la anciana permaneció impasible, como una estatua de madera esculpida por el tiempo y las adversidades.

"¿Qué va a suceder ahora?", preguntó Kayo, su voz apenas un susurro en el silencio asfixiante de la cabaña.

Mama Afrika se sentó a su lado, su cuerpo nudoso se doblaba con una flexibilidad sorprendente. Tomó la mano de Kayo entre las suyas, su palma áspera contrastando con la piel suave y frágil del joven.

« El mundo se ha vuelto un lugar peligroso, pequeño, » dijo con una voz suave pero llena de una solemnidad grave. « La guerra ha despertado viejas heridas, resentimientos profundos que envenenan el corazón de los hombres. Aquellos que te atacaron no son más que títeres, marionetas manipuladas por fuerzas oscuras que ni ellos mismos comprenden. »

Kayo escuchaba con atención, sus ojos redondos como platos fijos en el rostro de la anciana. Comprendía las palabras, pero su significado profundo aún se le escapaba, como un rompecabezas del que no tenía todas las piezas.

"¿Qué quieren de mí?", repitió, la pregunta que lo perseguía desde su llegada al bosque. "¿Por qué yo?"

Mama África suspiró, un sonido lastimero que emanaba de las profundidades de su alma. Fijó su mirada en las llamas danzantes del hogar, como si en ellas se escondieran las respuestas a las interrogantes que la atormentaban.

"Eres diferente, Kayo", repitió, como un eco de sus palabras anteriores. "Llevas dentro algo precioso, algo que muchos han perdido y buscan desesperadamente recuperar."

"¿Pero qué?" exclamó Kayo, exasperado por el enigma que lo envolvía como una espesa niebla. "Soy solo un niño pequeño. No soy diferente a los demás."

Mama África se detuvo un momento, como si vacilara en continuar. Luego, como si hubiera tomado una decisión, se inclinó hacia Kayo, su rostro a escasos centímetros del suyo.

"Eres el niño de la profecía, Kayo", susurró, su voz apenas perceptible. "Aquel que, según la leyenda, trajo la paz a esta tierra."

Kayo la observó, con los ojos desorbitados, la respiración entrecortada por una incomprensión absoluta. La profecía, el niño de la paz, todo eso no eran más que palabras, cuentos susurrados al calor del hogar para adormecer a los niños. ¿Cómo podía él, Kayo, un simple niño arrancado de su tranquila vida, ser el epicentro de un destino tan grandioso?

Una risa nerviosa se le escapó, pero se transformó en un hipo ahogado al cruzarse con la mirada seria de Mama África. La anciana no bromeaba. En sus ojos oscuros, cargados de una sabiduría milenaria, leyó una convicción profunda, una certeza absoluta que lo heló hasta los huesos. "Pero yo no soy nadie," balbuceó, con la voz temblorosa. "No sé luchar, ni curar, ni hablar con los espíritus del bosque. Solo soy un niño, Mama África."

La anciana, con un gesto silencioso, colocó un dedo sobre sus labios, pidiéndole que guardara silencio.

La profecía no habla de fuerza bruta, ni de poderes mágicos, Kayo. Habla de esperanza, de valentía y de la luz que arde en el fondo de cada ser humano, incluso en las horas más oscuras. Esa luz, la veo brillar en ti, pequeño. Débil quizás, pero tenaz, como la llama de una vela que se niega a apagarse.

Kayo, a pesar de sus dudas, sintió una chispa de esperanza encenderse en su interior, tan frágil como una estrella fugaz en la inmensidad de la noche. ¿Y si Mama África decía la verdad? ¿Y si, en lo profundo de su ser, se escondía una fuerza insospechada, un destino extraordinario que lo trascendía?

La mano de la anciana se posó sobre la suya, el calor de su contacto lo rescató de sus pensamientos turbios. "El camino será largo, Kayo, y lleno de obstáculos. Pero no estás solo. Los espíritus del bosque están contigo, al igual que aquellos que creen en la profecía."

Su mirada se posó entonces en Aïssa, aún dormida en su lecho de hojas. "Ella también tiene un papel que desempeñar, pequeño. Será tu guía, tu protectora. Juntos, encontraréis el camino."

Kayo, de pronto imbuido de una nueva determinación, estrechó la mano de Mama África. No sabía qué le deparaba el futuro, ni cómo un simple niño podía aspirar a traer la paz a un mundo sumido en la locura. Pero una cosa era segura: no se rendiría. Lucharía para proteger a los que amaba, para honrar la memoria de los que había perdido y para demostrar al mundo entero que incluso la más pequeña de las llamas podía vencer las tinieblas.

Al amanecer del siguiente día, Kayo se encontraba sentado junto a la cama de Aïssa cuando la joven finalmente abrió los ojos. Sus párpados revolotearon por un instante antes de posarse sobre él, una sonrisa cansada iluminando su rostro demacrado.

"Kayo", susurró con voz tenue. "Estás aquí."

Kayo, con el corazón rebotante de alegría y alivio, le tomó la mano. "Por supuesto que estoy aquí", respondió. "Nunca más te dejaré."

Aïssa le devolvió el apretón, sus dedos cerrándose sobre los suyos con una fuerza inesperada. En sus ojos color ámbar, Kayo creyó distinguir el mismo fulgor de determinación, la misma llama indomable que ardía en él. Habían sobrevivido a la noche, a las sombras y a los monstruos. Su viaje no hacía más que empezar.

## Capítulo 9: La Sonrisa del Sol

El sol, un disco incandescente en un cielo sin una sola nube, vertía su luz abrasadora sobre la sedienta sabana. Cada brizna de hierba marchita, cada grieta en la tierra agrietada, atestiguaba la sed insaciable del mundo. El aire vibraba con un calor sofocante, haciendo cada respiración una tarea ardua, cada movimiento un esfuerzo penoso.

Kayo avanzaba con paso lento, arrastrando los pies sobre la tierra reseca y caliente. Su cuerpo, demacrado por la falta de alimento y agua, parecía una sombra frágil a punto de disolverse en la luz cegadora. Sus labios, agrietados y ásperos, habían perdido la fuerza para reclamar el agua que tanto necesitaba. Solo sus ojos, dos brasas oscuras en un rostro demacrado, conservaban un atisbo de conciencia, fijos en un punto invisible en el horizonte.

A su lado, Aïssa, con el rostro marcado por la fatiga, también luchaba contra el agotamiento. Su paso, antes ágil y ligero, se había vuelto vacilante, su cuerpo flexible se había endurecido por el dolor. La herida en el hombro, mal atendida, le ardía con cada movimiento, reviviendo los recuerdos del ataque nocturno.

"Kayo..." Su voz, un susurro ronco apenas perceptible, delataba su agonía. "Deberíamos... deberíamos detener... recuperar fuerzas..."

Kayo se detuvo en seco, como despertando de un sueño. El mundo a su alrededor, borroso e irreal, volvió a balancearse bajo el efecto del calor. Giró la cabeza hacia Aïssa, su mirada se encontró por un instante con la de la joven antes de perderse de nuevo en la lejanía.

"Pronto," susurró, su voz áspera como el viento cálido que barría la llanura. "Pronto, habremos llegado."

¿Dónde? Aïssa ya no estaba segura. Su huida del campamento, unos días antes, les había parecido la única salida, la única forma de escapar de las sombras que los perseguían. Pero la selva, su refugio durante tanto tiempo, ya era solo un recuerdo lejano, una mancha verde engullida por la inmensidad árida de la sabana.

"¿Te acuerdas... recuerdas lo que Mama África... dijo?" La voz de Kayo, tenue pero firme, rompió el silencio opresivo.

Aïssa cerró los ojos, hundiéndose en las profundidades de su memoria en busca de las enigmáticas palabras de la anciana. "Habló... de un lugar seguro... un refugio... para aquellos que llevan la marca..."

La marca. Aïssa llevó instintivamente la mano a su cuello, rozando con la yema de los dedos el símbolo grabado en su piel. Un círculo imperfecto, trazado con tinta negra, idéntico al que adornaba el brazo de Kayo. La marca de los Hijos de la Profecía, aquellos destinados a restaurar la paz en un mundo devastado por la guerra.

"Un pájaro...", susurró Kayo, como si leyera sus pensamientos. "Habló de un pájaro... que nos mostraría el camino..."

Aïssa abrió los ojos, escudriñando el cielo desesperadamente vacío. Ni un soplo de viento, ni un aleteo de ave rompían la inmovilidad sofocante de la sabana. El sol, implacable, continuaba su marcha implacable hacia el cenit, como un verdugo implacable.

La desesperación, similar al calor sofocante, amenazaba con engullir a Aïssa. "Tal vez Mama Afrika se equivocaba", susurró, su voz áspera apenas perceptible. "Quizás no existe ningún ave, ningún refugio..."

Kayo se detuvo en seco, clavando sus pies en el suelo polvoriento. Su cuerpo se tambaleaba, a punto de sucumbir al peso de la fatiga, pero sus ojos, ardiendo con una luz salvaje, se clavaron en Aïssa. "No", dijo, su voz sorprendentemente fuerte a pesar de la debilidad que lo carcomía. "Hay que creer. Mama Afrika nunca ha mentado."

Un silencio denso cayó sobre ellos, solo interrumpido por el silbido del viento cálido en las hierbas secas. Aïssa observó a Kayo, con una pizca de admiración mezclada con inquietud en la mirada. Era tan joven, tan frágil, y sin embargo, una fuerza insospechada parecía animarlo, impulsándolo hacia adelante a pesar de la adversidad. ¿Sería la marca, se preguntó, ese símbolo misterioso que los unía, el que le confería esa determinación inquebrantable?

"¡Mira!" exclamó Kayo de pronto, señalando con el dedo un punto en el horizonte.

Aïssa siguió la dirección de su mirada, su corazón latiendo un poco más rápido. En la lejanía, apenas perceptible contra la línea del horizonte cegadora, se perfilaba una silueta oscura. ¿Un árbol? ¿Una roca? A esa distancia, era imposible discernir la forma con exactitud.

"¿Un refugio?", aventuró Aïssa, un atisbo de esperanza renaciendo en su voz.

"Quizás", respondió Kayo, una nueva luz brillando en sus ojos. "O tal vez... algo más."

Continuaron su camino, más lento y penoso que nunca, pero con una chispa de esperanza que les reconfortaba el alma tanto como el sol abrasaba sus pieles. A medida que se acercaban, la silueta se definía, tomando la forma de un árbol gigantesco, sus ramas

nudosas extendiéndose hacia el cielo como brazos suplicantes implorando la clemencia del sol.

"Un baobab", susurró Aïssa, reconociendo el árbol sagrado de las leyendas de su infancia. "Se dice que pueden vivir miles de años, que han visto nacer el mundo y lo verán morir."

Kayo no respondió, demasiado absorto en la contemplación del majestuoso árbol que se alzaba ante ellos, como un gigante benévolo en medio de un desierto de desolación. Su tronco macizo, agrietado y nudoso, era testimonio de los siglos transcurridos, mientras que sus ramas, adornadas con un follaje escaso, prometían una sombra reconfortante.

"¡Kyo, mira!", exclamó Aïssa de pronto, su voz cargada de una mezcla de incredulidad y esperanza.

Encaramado en la rama más alta del baobab, un ave de colores vibrantes los observaba con sus penetrantes ojos. Su plumaje rojo intenso, contrastando con el azul profundo de sus alas extendidas, parecía encender el aire con una luz irreal.

El ave de la profecía.

Un silencio atónito los petrificó en su lugar, el aliento suspendido por la aparición repentina. Aïssa jamás había presenciado algo semejante. El ave, más imponente que un águila, emanaba un aura casi sobrenatural, como si estuviera tejido de luz y leyenda. Sus plumas centelleaban bajo el sol implacable, cada movimiento desprendía una gracia salvaje, indomable.

Kayo, con los ojos abiertos de asombro, dio un paso vacilante hacia el árbol. Una ola de esperanza, tan poderosa como inesperada, lo inundó, disipando la letargía de la sed y el hambre. El ave de la profecía, la que debía guiarlos hacia el refugio... estaba allí, real, tangible, vibrante en el aire abrasador de la sabana.

"Es precioso", susurró Aïssa, su voz ronca apenas perceptible. El miedo, que la había atenazado durante días, parecía desvanecerse, sustituido por una fascinación mezclada con un respetuoso temor.

El ave giró la cabeza, sus ojos de obsidiana fijándose en ellos con una intensidad inquietante. Aïssa sintió que leía en lo más profundo de su alma, escudriñando sus pensamientos más recónditos, sus miedos más profundos. Un escalofrío le recorrió la espalda, mezclando horror y exaltación.

Entonces, en un batir de alas majestuoso, el ave se elevó en el aire. Ascendió hacia el cielo incandescente, trazando un círculo sobre ellos antes de posarse en una rama más baja del baobab, al alcance de su mano.

Kayo y Aïssa intercambiaron una mirada, una mezcla de incredulidad y esperanza fulgurante en sus ojos. El ave los seguía observando, con una mirada fija y penetrante. Parecía esperarlos, invitándolos a seguirlo.

"¿Qué hacemos?", susurró Aïssa, con la voz ligeramente temblorosa.

Kayo respiró hondo, buscando en su interior la valentía que parecía habitarlo a ratos. "Lo seguimos", dijo, su voz más firme de lo que hubiera creído posible. "No tenemos otra opción."

Dio un paso hacia el árbol, extendiendo la mano con vacilación. El pájaro no se movió, mirándolo fijamente con sus penetrantes ojos. Entonces, con una nueva confianza, Kayo se acercó y posó delicadamente su mano sobre el tronco nudoso del baobab. La madera, caliente y rugosa bajo sus dedos, pareció vibrar con una energía extraña, como si el árbol mismo estuviera dotado de una vida propia.

"Ven", le dijo a Aïssa, sin apartar la mirada del pájaro.

Aïssa vaciló por un segundo, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. La idea de seguir a esa ave, criatura extraña y maravillosa salida directamente de una leyenda, la atraía y la aterraba a la vez. Pero la mirada decidida de Kayo, la promesa de un refugio en sus ojos ardientes, disipó sus dudas. No tenía a dónde ir, salvo hacia lo desconocido, guiada por esa esperanza frágil como un ala de pájaro.

Con un profundo suspiro de valor, se acercó a Kayo al pie del baobab. La sombra del árbol gigante los envolvió en una inesperada frescura, aliviando sus pieles abrasadas por el sol. Aïssa elevó la mirada hacia el ave, que seguía posada sobre su rama, y una extraña sensación de familiaridad la recorrió. No era miedo, ni admiración, sino algo más profundo, como un reconocimiento instintivo, un vínculo invisible que los unía.

« ¿Nos vamos? » susurró Kayo, con su mano apretada alrededor de la de ella.

Aïssa asintió, incapaz de hablar, con el corazón latiéndole con fuerza. Juntos, comenzaron a trepar, utilizando las ramas nudosas del baobab como si fueran escalones hacia lo desconocido.

La ascensión resultó más fácil de lo que Aïssa había imaginado. El tronco del baobab, agrietado e irregular, ofrecía numerosos puntos de apoyo para sus manos expertas, y las ramas gruesas, semejantes a miembros de gigante, les brindaban soporte en su avance. El ave, mientras tanto, los observaba desde lo alto, girando la cabeza de vez en cuando como para animarlos.

Pronto, llegaron a una plataforma natural formada por la bifurcación de dos gruesas ramas. Desde allí, la vista de la sabana era impresionante, un océano de hierbas

amarillentas se extendía hasta el horizonte bajo un cielo implacablemente azul. En la lejanía, Aïssa creyó divisar una línea oscura que se recortaba en el horizonte, pero era imposible determinar si se trataba de una colina, un bosque o una simple ilusión óptica.

El ave se posó frente a ellos, desplegando sus magníficas alas en un crujido de seda y luz. De cerca, sus colores parecían aún más vivos, más intensos, como si hubieran sido pintados con los tonos mismos del ocaso. Inclínó la cabeza hacia ellos, sus ojos de obsidiana centelleando con una inteligencia extraña.

"Quiere que lo sigamos", murmuró Kayo, con la mirada fija en el pájaro. "Estoy seguro."

Aïssa no dudó ni por un instante. Había en la actitud del ave, en su mirada penetrante, algo que trascendía el comportamiento animal. Era como si una voluntad superior lo guiara, una misión que debía cumplir y para la cual había elegido servirse de ellos.

En silencio, ascendieron a la rama más alta del baobab, donde el árbol parecía rozar el cielo. El ave los aguardaba, imperturbable, con sus alas ligeramente extendidas como señalando el camino.

Entonces, con un aleteo potente, se lanzó al vacío, elevándose en el cielo azul como una llama viva en la inmensidad celeste. Por un instante, Aïssa pensó que se desvanecería en la azur, dejando tras de sí un silencio ensordecedor. Pero el ave hizo una pausa en su ascenso, planeando sobre ellos como en espera. Luego, se dirigió hacia el este, donde la línea oscura en el horizonte parecía definirse, y comenzó a volar con un vuelo lento, majestuoso, como si quisiera asegurarse de que lo seguían.

Aïssa respiró hondo, saboreando el aire fresco que circulaba a esa altura. El viento, hasta entonces ausente, les acarició las mejillas, desterrando la humedad del esfuerzo y trayendo consigo un aroma a especias y tierra húmeda. Lejos de la árida y abrasadora sabana, el paisaje se metamorfoseaba paulatinamente ante sus ojos.

Kayo, aferrado a una rama nudosa, señaló con el dedo un punto en el horizonte. "Mira, Aïssa, ¿ves? Parece... ¡parece un bosque!"

Aïssa entrecerró los ojos. En efecto, la línea oscura que había divisado desde el suelo se definía con mayor claridad. No era una colina, ni un espejismo, sino una extensión verde que rompía la monotonía ocre de la llanura. La esperanza, frágil como un brote delicado en un suelo reseco, floreció en su corazón.

El pájaro, como para animarlos, aceleró el ritmo, surcando el aire con una gracia soberana. Kayo y Aïssa, olvidando casi la fatiga y el hambre que los carcomían, se dejaron llevar, fascinados por la escena que se desplegaba ante sus ojos.



Cuanto más se acercaban al bosque, más definidos se volvían los detalles. Aïssa distinguió primero las copas de los árboles, un mar de verde oscuro que se recortaba contra el azul del cielo. Luego, a medida que descendían, percibió la riqueza de la vegetación: lianas entrelazadas, follajes exuberantes, flores de colores vibrantes. El aire mismo parecía distinto, saturado de una humedad benéfica y del aroma embriagador de las flores silvestres.

El ave, tras conducirlos al corazón del bosque, se posó sobre una rama baja, en el borde de un claro bañado por una luz suave e irreal. Aïssa y Kayo se dejaron caer al suelo, con las piernas temblorosas tras su largo viaje. Estaban exhaustos, pero una nueva emoción los mantenía en vilo.

El claro, un verdadero oasis de paz en medio de la exuberante vegetación, se extendía ante ellos como un Edén secreto. En su centro, un arroyo cristalino serpenteaba entre los árboles, su murmullo cristalino se elevaba en el aire inmóvil. Mariposas con alas multicolores revoloteaban entre las flores silvestres, mientras que aves de plumajes brillantes lanzaban trinos melodiosos.

Sin embargo, lo que realmente captó su atención fue la presencia de niños. Unos diez, de entre seis y quince años aproximadamente, jugaban cerca del arroyo. Algunos reían a carcajadas, otros se perseguían entre los árboles, y otros más estaban sentados en círculo, inmersos en una actividad silenciosa.

Aïssa y Kayo intercambiaron una mirada, un cóctel de inquietud y esperanza en sus pupilas. ¿Quiénes eran esos niños? ¿Serían aliados o adversarios?

El ave, como respondiendo a su silenciosa interrogación, lanzó un grito agudo que resonó en el claro. Inmediatamente, todas las miradas se dirigieron hacia ellos. El silencio se apoderó del lugar, repentino y absoluto. Los niños los observaban, la curiosidad mezclada con una cierta desconfianza.

Entonces, un chico, un poco mayor que los demás, se acercó con paso firme. Tenía una mirada vivaz e inteligente, enmarcada por una espesa cabellera negra y despeinada. Alrededor de su cuello, Aïssa notó una fina cadena de cuero de la que pendía un colgante con forma... de ave. Un ave con las alas extendidas, extrañamente familiar.

El chico se detuvo a unos pasos de ellos, con los brazos cruzados sobre su pecho desnudo. Su mirada, directa y escrutadora, recorrió a Aïssa y Kayo, deteniéndose un momento en sus ropas rasgadas, en sus rostros marcados por el cansancio. Una tensión palpable cayó sobre el claro, el silencio solo roto por el murmullo del arroyo y el canto lejano de un pájaro.

"¿Quién eres?", preguntó el muchacho, su voz grave en contraste con su corta edad. "¿Y qué vienes buscando aquí?".

Kayo, intimidado por la intensidad de la mirada del chico, se giró instintivamente hacia Aïssa. Sentía sobre sí el peso de las miradas curiosas de los demás niños, algunos acercándose con cautela mientras otros permanecían a distancia, con un aire de desconfianza.

Aïssa respiró hondo, buscando las palabras adecuadas con cuidado. "Nos llamamos Aïssa y Kayo", dijo con voz tranquila pero firme. "Hemos... viajado durante mucho tiempo para llegar hasta aquí."

"¿Viajado?" El chico arqueó una ceja con escepticismo. "¿De dónde vienes? ¿Y cómo has encontrado este lugar? Poca gente conoce el camino a la Claro de las Murmullos."

"Es..." Aïssa dudó, preguntándose cuánto podía revelar a estos desconocidos. La mirada penetrante del chico la ponía nerviosa, como si pudiera leer lo más profundo de sus pensamientos. "Es el pájaro quien nos ha guiado," dijo finalmente, señalando con el mentón al magnífico ave que aún permanecía posado en su rama.

Un murmullo recorrió la multitud de niños. Algunos parecían impresionados, otros incrédulos. El chico, en cambio, no se inmutó. Observó al pájaro con una mirada penetrante, luego sus ojos volvieron a posarse en Aïssa, una extraña luz danzaba en sus pupilas negras.

"El pájaro de fuego", susurró, más para sí mismo que para Aïssa. "Escoge a sus mensajeros con esmero."

Aïssa sintió un escalofrío recorrerle la espalda. El pájaro de fuego... ¿Así lo llamaban? Había en esa denominación, en el tono grave del chico, algo sagrado, ancestral. Como si la aparición del ave no fuera una simple casualidad, sino una señal, un presagio.

"¿Qué... qué quieres decir?", preguntó, su voz apenas más que un susurro.

El muchacho no respondió de inmediato. Se acercó unos pasos más, y Aïssa notó que su colgante, el pájaro de alas extendidas, parecía vibrar ligeramente contra su pecho. Volvió a mirar a Kayo, su mirada posándose esta vez en el brazo del chico, donde la marca de la profecía estaba grabada en su piel.

Una sonrisa lenta, casi carnívora, floreció en los labios del chico. "Bienvenidos a la Claraboya de los Susurros", dijo finalmente, su voz resonando con una extraña alegría. "Parece que el destino finalmente los ha traído a buen puerto."

Por un instante, Aïssa se quedó congelada, petrificada por la extraña mezcla de triunfo y amenaza que emanaba del chico. Un malestar difuso se apoderó de ella, disipando la

esperanza incipiente como una nube oscura que eclipsa el sol. La sonrisa del chico, en vez de tranquilizarla, la heló hasta los huesos. Había en sus ojos, habitualmente chispeantes de inteligencia, un brillo febril que la turbó profundamente.

Kayo, ajeno al peligro que acechaba, se despertó de su letargo. "¿El destino?", repitió, con los ojos abiertos de asombro. "¿Sabes por qué estamos aquí? ¿Sabes qué debemos hacer?"

El chico soltó una risita seca, sin pizca de gracia. "El destino es un camino sinuoso, hermanito," dijo, posando una mano sobre el hombro de Kayo. "Rara vez se muestra a quienes lo buscan con demasiada avidez."

Aïssa sintió que su inquietud se intensificaba. La actitud del chico, su tono enigmático, todo en él le parecía sospechoso ahora. Intentó liberar a Kayo del agarre del joven, pero su mano se cerró sobre su brazo, firme y gélida como un grillete.

"No te preocupes, hermanita," le dijo el chico, atrapando su mirada. "Cuidamos de aquellos que el ave de fuego nos envía. ¿Verdad?"

Un susurro de aprobación recorrió el grupo de niños. Algunos sonreían, pero sus ojos, Aïssa lo notó con un escalofrío de terror, permanecían fríos y distantes, como los de un depredador acechando a su presa.

Un terror glacial, sordo y paralizante, invadió a Aïssa. La sonrisa carnívora del chico, la mirada vacía de compasión de los demás niños, el claro en sí mismo, perdiendo sus colores vibrantes para teñirse de una sombra amenazante... Todo conspiraba para transformar lo que había parecido ser un remanso de paz en una trampa espantosa.

"¡Suéltalo!" exclamó, su voz temblorosa pero firme.

Su repentino brillo sorprendió al chico, quien se giró hacia ella con una ceja arqueada en señal de diversión. Apretó el hombro de Kayo con un poco más de fuerza, como para recordarle que él era el que llevaba las riendas del juego. Kayo, sintiendo el miedo de Aïssa atravesar su contacto, se soltó de golpe y retrocedió un paso, su mirada interrogativa pasando de uno a otro.

"¿Qué te pasa, Aïssa?", preguntó con voz vacilante. "¿Por qué tienes miedo?"

« Esas... esas personas no son nuestros amigos, » susurró ella, con la mirada fija en el chico del colgante de pájaro. « ¡Tenemos que irnos de aquí, ahora mismo! »

El chico dejó escapar una sonrisa despectiva. "¿Marchar? ¿Pero a dónde querrían ir, pequeñas criaturas perdidas? La selva es vasta e implacable. Solos, no tienen ninguna posibilidad de sobrevivir."

"No estamos solos", respondió Aïssa, señalando al ave de fuego que los observaba fijamente desde su rama, silenciosa e impasible. "El ave nos protegerá."

Un silencio gélido recibió sus palabras. Los niños intercambiaron miradas cómplices, y algunos no pudieron contener una leve sonrisa burlona. El chico con el colgante de pájaro, por su parte, se limitó a mirarla con una mezcla de lástima y diversión.

"El ave de fuego es solo un guía", dijo finalmente, su voz suave y llena de una falsa compasión. "Te ha traído hasta aquí, es verdad. Pero ahora, su función ha terminado."

Dio un paso hacia ellos, y los demás niños le imitaron, rodeando a Aïssa y Kayo con un muro de cuerpos hostiles. La trampa se cerraba sobre ellos, lenta e implacable como una telaraña. Aïssa sintió que su corazón se apretaba en su pecho, el miedo la inundaba progresivamente, fría y asfixiante.

"No pueden mantenernos cautivos", exclamó con voz temblorosa. "¡No hemos hecho nada malo!"

"El mal es una noción relativa, hermanita," respondió el chico con una sonrisa cruel. "Aquí, somos nosotros quienes decidimos tu destino."

Alzó la mano, y un silencio sepulcral se apoderó de la arboleda, tan profundo que el susurro de las hojas movidas por el viento se volvió ensordecedor. Aïssa comprendió que ya era demasiado tarde. Habían caído en una trampa, conducidos por el ave de fuego hacia un destino que no podía ni siquiera empezar a imaginar.

Un escalofrío gélido recorrió la espina dorsal de Aïssa cuando el niño levantó la mano, una señal muda que congeló la sangre en sus venas. Los otros niños, con sus rostros juveniles ahora deformados por una crueldad glacial, se acercaron, sus sombras se estiraban en el suelo como para engullirlos.

Kayo, finalmente consciente del peligro que los acechaba, se acurrucó contra Aïssa, sus ojos dilatados por el miedo. "Aïssa, tengo miedo", susurró, su pequeña mano aferrándose a su túnica como a un salvavidas.

El corazón de Aïssa se partió al presenciar el terror palpable en los ojos de Kayo. Ella ya no tenía derecho al miedo, no ahora. Tenía que proteger a Kayo, incluso si eso significaba enfrentarse sola a esa jauría de niños hostiles.

"No tengas miedo, Kayo," susurró ella, acariciándole el cabello con un gesto protector. "Estoy aquí, te protejo."

Su mirada desafió la del chico con el colgante de pájaro, un destello de desafío ardiente en sus ojos. "Si nos quieren hacer daño, tendrán que pasar sobre mi cadáver."

Un silencio denso se apoderó del claro, roto únicamente por el canto lejano de un ave y el latido sordo de corazones a punto de estallar. El muchacho con el colgante de pájaro la observó un instante, una chispa de curiosidad brillando en sus ojos oscuros. Entonces, una sonrisa salvaje le estiró los labios, mostrando dientes de un blanco casi irreal.

"¿Valor, hermanita?" dijo con una voz melosa que contrastaba con la amenaza que impregnaba el ambiente. "Me gusta eso en un pajarillo que ha caído del nido. Pero el valor no siempre basta ante las garras del halcón."

Dio un paso adelante, y los demás niños se prepararon para saltar, sus rostros adoptando una expresión de depredadores hambrientos. Aïssa sintió que la sangre se le helaba en las venas, pero no retrocedió. Aferró a Kayo contra sí, decidida a protegerlo hasta su último aliento.

De pronto, un grito agudo rasgó el silencio, un sonido penetrante y poderoso que hizo temblar las hojas de los árboles. El ave de fuego, como si hubiera percibido el peligro que los acechaba, se precipitó desde el cielo en un torbellino de plumas rojas y azules. Se abalanzó sobre el grupo de niños, sus garras afiladas listas para atacar.

El grito del ave tuvo el impacto de una bomba. Los niños, presa del pánico, se dispersaron en todas direcciones, protegiéndose el rostro con los brazos. El chico con el colgante de pájaro, sorprendido por el repentino ataque, retrocedió un paso, a punto de tropezarse.

Aprovechando el caos general, Aïssa arrastró a Kayo tras de sí. Corrieron a toda velocidad a través del claro, abriéndose paso entre los niños aterrorizados, sin importarles la dirección que tomaban. Su único objetivo era escapar de esos niños hostiles, de ese claro que se había convertido en una trampa mortal.

Escucharon a sus espaldas gritos de furia, improperios e imprecisas amenazas, pero no se detuvieron. Corrieron sin parar hasta que sus pulmones ardían y sus piernas se negaron a llevarlos más lejos.

Al fin, rendidos por el esfuerzo, se desplomaron al pie de un árbol gigantesco, el aliento entrecortado, el cuerpo temblando de miedo y agotamiento. A su alrededor, la selva recuperaba su calma tranquilizadora, el canto de las aves y el susurro del viento entre las hojas cubrían los últimos ecos de la persecución.

Aïssa cerró la puerta de Kayo contra ella, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Estaban a salvo, por ahora. Pero, ¿por cuánto tiempo? El ave de fuego los había rescatado una vez, pero ¿podría protegerlos eternamente en este bosque extraño y peligroso?

Aïssa alzó la mirada hacia la densa copa de árboles que los envolvía en una sombra protectora. El sol se filtraba a través de las hojas, dibujando manchas de luz y sombra sobre el suelo cubierto de musgo. En la distancia, creyó oír de nuevo el característico canto del ave de fuego, pero quizás solo su imaginación le jugaba una mala pasada.

Una cosa era segura: no podían quedarse allí, a merced del azar y de la malevolencia de los niños de la Claro del Susurro. Tenían que encontrar otro refugio, un lugar seguro donde pudieran descansar y decidir el rumbo de su aventura.

Aïssa observó a Kayo, quien se había dormido acurrucado contra ella, con el rostro pálido pero sereno. Sonrió con tristeza. Era tan joven, tan inocente. ¿Cómo iba a sobrevivir en este mundo despiadado e implacable?

Tomó una profunda inspiración, buscando en lo más hondo de su ser la valentía y la determinación que nunca la habían abandonado. Tenía que ser fuerte, por Kayo, por sí misma, por la frágil esperanza que aún ardía en sus corazones.

"Vamos, Kayo," susurró, sacudiéndolo suavemente. "Es hora de irnos."

Kayo abrió los ojos, su mirada aún velada por el sueño. Observó a Aïssa, luego la espesura de la selva que los rodeaba, un ligero fruncimiento de cejas se instaló en su joven rostro.

"¿A dónde vamos?", preguntó con una voz tenue y desorientada.

"Todavía no lo sé", respondió Aïssa mientras le ayudaba a ponerse de pie. "Pero encontraremos nuestro camino. Juntos."

Y de la mano, se adentraron en la espesura del bosque, dos sombras tenues avanzando en un universo de penumbra y luz, guiados por la esperanza tenaz de un futuro mejor.